

Casa de Cristal

Michelle Reid



Bianca

CASA DE CRISTAL

Michelle Reíd

CAPITULO 1

SENTADA y con las manos entrelazadas sobre su regazo, Lily contempló con ojos opacos el aspecto utilitario del ambiente que la rodeaba: paredes pintadas de gris, un par de cortinas azules y grises que no merecía la pena describir, sillas forradas de vinil azul colocadas con orden alrededor de una mesa de café repleta de revistas viejas y bastante usadas, y una taza todavía llena de un té que no había tocado.

La habían dejado sola desde que le sirvieron el té, pues a la joven enfermera lá llamaron para que atendiera otra emergencia.

«Emergencia». Se estremeció y cerró los ojos para no pensar en la urgencia con la que curaron a Daniel durante el corto y aterrador trayecto en la ambulancia. El ulular de la sirena le contrajo el estómago mientras corrían por las calles. El impacto emocional, la confusión, la incredulidad atontada con que observaba lo que sucedía. Y, en medio de todo ese caos, una mujer policía se sentó a su lado para pedirle con suavidad el relato de lo que había ocurrido.

Desde el momento en que internaron a Daniel en ese hospital, y a ella la metieron en esa salita, la expresión de la enfermera fue suficíente para que el cerebro de Lily, estremecido por los horrores que presenciaba, se negara a funcionar para preservar la cordura. Dejó de pensar, ni siquiera consideró el resultado del accidente. Se quedó sentada, rodeada de un silencio agobiante, un silencio que aumentaba y profundizaba la puerta gris, cerrada contra los sonidos atareados y la actividad al otro lado de la habitación. Esperó…

Cuánto tiempo, no importaba. Sus propias heridas y verdugones no importaban. El estado de su ropa y el hecho de que sintiera frío, mucho frío, no importaba.

«Daniel».

Pasó saliva. Lo imaginó como lo vio la última vez, sobre el suelo, torcido y sangrando. El miedo la sacudió acomodándose dentro de su estómago, enfermándola. Pasó saliva de nuevo, con la boca seca,

convulsa.

La puerta se abrió y Lily contempló a la mujer policía que entró.

—¿Todo bien? —preguntó. Lily asintió. La policía observó la taza de té intacta—. ¿Le gustaría que le trajera una bebida caliente?

Lily negó con la cabeza.

La oficial titubeó, sin saber qué hacer, después se acercó y tocó con suavidad el hombro de Lily.

—Están tratando de salvar a su esposo, señora Norfolk —le aseguró; se volvió y salió de la habitación.

«Tratando», se repitió Lily. Pero ¿ese intento sería suficiente? Ella vio el estado en que se encontraba Daniel. Quizás estaba en shock, pero no era estúpida. Sabía, se daba cuenta.

«Dios». Separó las manos y se cubrió los ojos. Con dedos helados y temblorosos se tocó los párpados, estaban secos y le ardían.

La puerta se abrió de nuevo. Lily bajó la mano para observar al médico que entraba en la salita. Le lanzó una mirada a la cara y el corazón se le detuvo; el estómago se le contrajo de miedo una vez más.

—¿Señora Norfolk? —inquirió, rompiendo el pesado silencio en la habitación.

Ella asintió, tragando en seco de nuevo. Su mirada ansiosa no se apartó del rostro del médico mientras éste cerraba la puerta. El galeno hizo una pausa, como preparándose, luego se acercó y se sentó al lado de la cama.

—Lo siento —murmuró ronco—, le tengo malas noticias… —estiró el brazo y cubrió las manos de Lily con las propias—. Su marido murió hace unos minutos.

Aunque lo esperaba, la noticia fue como un puñetazo en el pecho que la hizo inclinarse para rechazar el impacto. Las lágrimas le bañaron los ojos y un instante después desaparecieron debido a la conmoción. Un velo helado la cubrió, impidiéndole absorber el horror de aquellas palabras.

El doctor la estudió, sus ojos brillaban de compasión.

—Si acaso la consuela… —continuó de manera inadecuada, resistiéndose… Su naturaleza siempre se opondría, no importaba cuántas veces repitiera la información… a dar esa clase de noticias. La ira lo invadió… por la pérdida de una vida útil. Una amarga sensación de derrota lo estrujaba, como cada vez que perdía una batalla desesperada. Y, debajo de ese cúmulo de emociones, comprendía que no sólo le había fallado a su paciente, sino también a esa mujer; esa mujer joven, pálida, de ojos opacos, que confió en su habilidad para hacer un milagro—. Nunca recobró la conciencia, así que no sintió dolor…

—Dios mío —susurró. Su cuerpo, cuya frágil estructura ósea no

parecía lo bastante fuerte como para resistir un golpe, mucho menos uno de tal magnitud, se estremeció. Lily alzó una mano para cubrirse la cara.

Una frustración rabiosa contrajo las facciones del galeno; la urgencia ácida de golpear algo… de preferencia al monstruo borracho que mató al esposo de esa mujer, lo mantuvo tenso mientras esperaba a que la joven recobrara la compostura. El ebrio había escapado, desde luego y según sabían, sin sufrir un rasguño. Sólo tuvo que arrastrarse por debajo de los hierros torcidos en que se convirtió el auto robado que conducía para poner pies en polvorosa, dejando a esa pobre mujer contemplando a su esposo que se desangraba, sin poder evitarlo.

—¿Hay alguien quien usted desee que la acompañe en estos momentos? —emitió la pregunta acostumbrada en casos semejantes.

—¿Qué?

Aún no entendía lo que estaba pasando, adivinó el médico por la mirada perdida que le lanzó.

—¿Alguien a quien quiera llamar? —repitió con dulzura—. Un nombre. Un número de teléfono.

Un nombre, se dijo Lily entre nieblas, tratando… tratando con insistencia de que su cerebro funcionara. Un nombre.

Mark, recordó de pronto. ¡Oh, Dios, el pobre de Mark debía enterarse! Pero no contestaría el teléfono. Jamás lo contestaba cuando trabajaba. Estaría encerrado en su estudio, con el teléfono desconectado, desconociendo, para su fortuna, la tragedia que acababa de ocurrir mientras él se concentraba en sus proyectos. No, la única forma de interrumpir a Mark cuando trabajaba era presentándose en su casa y…

—Un amigo íntimo, señora Norfolk —intervino la voz del galeno. Y, aun sin querer, bajó la vista hasta su reloj de pulsera y su mente se desvió hacia los incontables pacientes que esperaban ser atendidos en la sección de emergencias de ese enorme hospital londinense. ¿En dónde estaba esa maldita enfermera que se suponía que debía reemplazarlo? Lo apenaba el caso, pero debía volver a sus ocupaciones —. O un miembro de la familia, quizá…

Un miembro de la familia… Dios del cielo.

—Dane —musitó con voz espesa y se estremeció. Había olvidado a Dane.

—¿El señor Dane, señora Norfolk? —el doctor atrapó el nombre con avidez—. ¿Tiene su número de teléfono o su dirección?

¿Estaba en Londres? Su atontado cerebro se esforzó por recordar el breve resumen que Dane les hizo de su itinerario, la última vez que lo vieron. ¿Primero viajaría a Nueva York? ¿O a Washington, Tokio, Bonn…? No recordaba por qué no había prestado atención. Se

estremeció, repitiendo en su mente lo que hizo en aquel entonces… bebérselo con los ojos, atormentarse, luchar contra sí misma para no descubrir sus sentimientos: el miedo, el odio y esa intensa y devastadora necesidad de…

Se cubrió la boca con la mano en un movimiento brusco; la náusea le revolvió el estómago. Daniel acababa de morir… ¡de morir! Y ella estaba sentada allí, pensando en…

—¿Señora Norfolk?

—Dane Norfolk —se obligó a exhalar entre sus labios tensos y fríos —. El her… hermano de mi… marido.

Le dio el número de teléfono y el médico lo anotó, después de alzar las cejas debido a la sorpresa. Así que esa mujer pertenecía a los Norfolk, pensó impresionado.

—Lo llamaré de inmediato; usted permanezca…

—Quizá no lo encuentre —agregó ansiosa—. El… él…

En ese momento la puerta se abrió y una enfermera entró. Con un silencioso suspiro de alivio, el médico se puso de pie y permitió que su asistente ocupara su sitio. Posó un brazo sobre los hombros de Lily para darle consuelo.

—No se preocupe, lo encontraremos —sí, alguien lo hará, agregó en silencio mientras salía. Los hombres tan importantes como Dane Norfolk siempre podían localizarse en alguna parte, cuando era necesario. Existían muchas personas en altos puestos, que sabrían dónde hallar a Dane Norfolk.

Dane Norfolk se introdujo en su apartamento suspirando de cansancio.Estaba exhausto por el vuelo, el cambio de horario y la irritación. Tokio lo frustró con sus interminables esperas, Nueva York por la pérdida de tiempo y…

—¿Qué demonios…?

Un sonido proveniente de alguna parte de lo que debía ser su silencioso apartamento, hizo que sus cejas se unieran sobre el puente de la recta y delgada nariz. Sus labios, apretados en una línea adusta, se fruncieron en un gesto de desagrado. Se quedó parado, sin moverse, para escuchar. Sus ojos, de un gris acerado, recorrieron el vestíbulo, pasando de una puerta cerrada a otra, hasta que detectaron aquella de donde provenía el ruido.

Entonces lo vio, ahí estaba el zapato de brillante tacón de aguja, tirado en el mismo sitio en que lo aventó su dueña, justo a la mitad de la habitación.

—Maldición —refunfuñó—. ¡Maldición del infierno! Esa estúpida e irritante…

Pasándose un mano por los cabellos negrísimos, se dirigió a su dormitorio. Adivinaba lo que encontraría al abrir la puerta.

Lo último que necesitaba esa noche era a Judy jugando a seducirlo,

en su cama. Necesitaba dormir durante días, no participar en una maratón con esa insaciable arpía que nunca entendía el significado de la palabra «basta».

—¿Cómo diablos entraste? —gruñó al irrumpir en su habitación.

Estaba desnuda… lo apostaba porque la conocía mejor que la palma de su mano… bajo una delgada sábana blanca. Había empujado las colchas con negligencia sobre la alfombra azul para que formaran un montón desordenado, y su cabello, esa larga y sedosa melena de un rojo vivo, resaltaba de modo estratégico contra la almohada para aumentar la belleza de ese exquisito rostro.

Exquisito, se repitió con sequedad al detenerse al pie de la cama; puso sus puños cerrados sobre las caderas y posó la mirada sobre las seductoras líneas del cuerpo bajo la sábana.

—Te hice una pregunta —le advirtió con frialdad—. ¿Cómo entraste aquí?

Ella hizo un puchero ante el tono de voz de Dane.

—Jo-Jo me dejó entrar —le informó y luego sonrió coqueta—. Quería sorprenderte y lo logré, ¿verdad?

«Oh, me sorprendiste mucho», pensó, sintiendo que una tibieza familiar empezaba a permear sus ijares. Una rabiosa frustración lo invadió, pues presintió que sin importar con cuánta eficiencia funcionaran sus instintos, esa noche no podría hacerles justicia.

Y de todos modos le enfurecía que esa torpe se sintiera tan segura de la posición que ocupaba en su vida, que se considerara con derecho a invadir su hogar y su cama, sin previa invitación.

A nadie le daba ese derecho. ¡A nadie!

De repente, sin que lo esperara, el rostro de Lily flotó ante sus ojos y su belleza dulce, plácida, se impuso a las suculentas facciones de Judy. Entonces la tibieza de sus ijares se convirtió en un calor que lo consumía.

> «¡Asquerosa maldición de Satanás!», pensó regañándose por la indeseada reacción que siempre experimentaba cuando evocaba a Lily. El detestaba la clase de belleza de esa mujer, despreciaba el aire de frágil inocencia tan engañosamente proyectado. ¡Porque sólo era una infernal mentira!

Sin embargo, la deseaba con una lujuria que en privado lo asqueaba. Y el hecho de que esa falsa, ¡de entre todas las mujeres de este maldito mundo!, fuera la única que no estuviera a su alcance, sólo agravaba su obsesión.

Aunque ella lo ignoraba. Y jamás lo descubriría… Mientras su hermano viviera no permitiría que Lily se diera cuenta de que tenía hambre de su cuerpo, algunas veces con una desesperación que lo llevaba al borde de la locura. Y el hecho de que Daniel fuera siete años menor que él, volvía la perspectiva de vivir más que él una

posibilidad remota, en el mejor de los casos.

Pero Dane mismo se encargó de que esa intrigante supiera que él la odiaba. Oh, sí, odiaba a Lily. La despreciaba por ser una zorra mercenaria; incluso le dijo que comprendía con exactitud lo que se proponía… también se lo dijo a Daniel con la esperanza de que su pobre hermano recuperara el sentido común y enviara muy lejos a la angelito. Pero estaba demasiado enamorado, demasiado ciego con la máscara con la que Lily se cubría con tanta serenidad.

Tratar de salvar a Daniel de un destino peor que la muerte sólo tuvo como resultado alejarlo de su hermano. Y por esa razón odió todavía más a Lily… con un odio reconcentrado pues, cuando al fin se reconcilió con Daniel, tuvo que agradecérselo a ella.

Lily… Lily, ¡la mancha del apellido de los Norfolk!, se mofó.

—¡Zorra mercenaria! —la había acusado… poco después de que se propuso desgarrar en jirones la máscara de inocencia y pureza tras la cual esa ambiciosa se ocultaba. La besó hasta casi desmayarla y, ¡que Dios lo ayudara!, todavía evocaba la maldita dulzura de su boca. Sin miramientos, la redujo a una temblorosa masa de lujuria que tuvo en sus brazos y a su merced antes de enterrarle el puñal y hundirlo en la herida—. Daniel es la respuesta a todos tus problemas, ¿verdad? Está dispuesto a casarse contigo, pagará las deudas de tu padre sin esperar nada a cambio, excepto esa sonrisita boba en tus bellos y mentirosos labios… antes de un rápido entrar y salir de su cama.

—¡Dios, cuánto te desprecio! —jadeó—. Amo a Daniel. ¡Lo amo! ¿Me entiendes?

Pero incluso en ese momento, dos años después, aún podía ver la expresión de terror en los ojos azul cielo, sentir el acelerado latir del corazón bajo su mano, que le indicaba con más claridad que cualquier otro detalle, que no se equivocó acerca de los motivos por los que Lily se casó con su hermano.

—Daniel es todo lo que tú no eres, Dane. No actúa con tu crueldad, tu orgullo ni tu rudeza. No va por la vida hiriendo a las personas del modo en que tú lo haces.

—También tiene un débil apetito sexual —intervino él con desdén —. Entonces, ¿cómo reaccionarás cuando el horno en que bullen tus deseos carnales, que escondes con tanta cautela, al fin se desborde…?, pues eso sucederá sin duda. Tu lujuria desconcertará a mi callado, plácido y rígido hermano, lo sabes muy bien. Descúbrele una décima parte de lo que me has mostrado y saldrá corriendo para meterse debajo de la cama, chillando de horror al darse cuenta de lo que su adorada Lily realmente es.

En ese momento le volvió la espalda, mientras la culpa hacía que el delgado cuerpo de la chica temblara de asco. Y él no pudo evitar acercarse un palo para apretarla contra su pecho y moldearle los senos

con las manos, gozando en secreto de esa plenitud que lo sorprendía, de la redonda firmeza que palpaba. Oprimió los labios contra su cuello, e inhaló la intoxicante fragancia que sólo ella poseía, al mismo tiempo que con la lengua probaba salaz, la sedosa piel. La apretó más y Lily se arqueó, gimiendo, incapaz de resistirse o de dejar de responder a sus exigencias.

—Tú no amas a mi hermano —se burló—. O no me corresponderías de este modo. Amas su dinero y lo que sus millones pueden hacer por tu desagradecida familia.

—No olvides que Daniel gana muchísimo casándose conmigo —la obligó a defenderse cuando se apartó de él.

—Oh, no lo he olvidado —replicó—. Daniel recibirá el resto de su fortuna, como siempre quiso, pero eso sucederá dentro de cinco años, de todos modos. No. Tú te casas para beneficiarte, por avaricia. No por Daniel, ¡que Dios lo ayude!

—Te odio —casi se ahogó. La tristeza en su rostro conmovió algo oscuro en el interior de Dane—. Manchas todo lo que tocas y te odio.

—Pues me odies o no —ironizó, tentándole con un dedo un seno cuyo pezón despertó al instante irguiéndose—; no puedes negar que saboreas mis atenciones. ¿Qué harás, mi sensual Lily, para reprimir todo esto, cuando Daniel se haya saciado? ¿Te prostituirás para encontrar alivio a tu mal?

Entonces ella lo abofeteó. Y quizá se lo merecía.

—¿Te refieres a que debo imitarte? —le escupió, retándolo con su brillante hermosura, con su mirada mentirosa—. ¿A ti, que te das a cada mujer que se cruza en tu camino? —insistió—. No tienes discreción, ni límites que te niegues a traspasar. ¡Llegarías incluso a seducir a la futura esposa de tu propio hermano! Quizá te dé asco, pero sólo la mitad del que tú me inspiras a mí.

—Asco o no asco, me deseas —y antes de que ella pudiera atacarlo, la encerró en sus brazos para recordarle con cuánta facilidad podía reducirla a una temblorosa masa de pasión insensata.

Nunca logró olvidar la mirada de desprecio que Lily le lanzó cuando al fin se libró de su abrazo.

—Como te aconsejé, querida, prostituyete; pues tú, el ángel de Daniel, tienes instintos de buscona.

—Supongo que le contarás lo que sucedió esta noche, ¿verdad?

No importaba cuánto tratara, Lily no pudo suprimir la asustada agitación de su voz. El gozó con ese miedo, sabiendo que le temía porque lo creía capaz de destruir sus cuidadosos planes.

—No me consideraría un buen hermano si no lo hiciera —asentó sarcástico.

Y cumplió su amenaza… le contó todo a Daniel…

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Daniel, o más bien un gesto

amargo que intentaba convertirse en sonrisa. Por primera vez en su vida Dane saboreó una experiencia acida: su hermano lo contempló con verdadero asco. Daniel no le creyó, desde luego… ¿quién lo habría hecho cuando sólo necesitaba mirar el dulce rostro de Lily para que desapareciera la verdad? Pequeña, frágil, delgada, de lacio cabello rubio y enormes ojos de cielo, representaba la inocencia de cupido antes de conocer la cúspide del amor.

Una representación falsa…

—Zorra —murmuró Dane.

—No te muestras muy galante —opinó Judy con voz petulante.

Dane parpadeó, descartando los nubarrones de ira que ensombrecían sus pupilas grises, borrando el rostro de su hermano y los reminicencias de esa batalla contra Lily Brennan, ahora señora Norfolk. Pero todavía evocó las últimas palabras de aquel encuentro: «¡Conozco a Lily y si respondió a ti de ese modo fue porque tú trataste de seducirla! ¡Dios! El desprecio de Daniel lo hirió más que nada.«¿Tienes que manchar todo lo que es limpio y hermoso, Dane? Sólo porque nuestro padre caminó por la vida manchando lo que tocaba, no significa que tú debas seguir sus pasos».

—Por lo menos papá captaba la vida como realmente es —suspiró—, no a través de lentes teñidos de rosa, como los que usas. Por el amor del cielo, Danny… ¡ten sentido común! Tu novia te manipula.

—Eso crees, ¿eh? —en ese instante Daniel se convirtió en un desconocido—. Pues tu opinión demuestra lo poco que sabes de ella… o de mí.

—Pude hacerla mía allí… sobre la alfombra del dormitorio —gritó furioso.

—Desde luego —admitió Daniel, seco—. Acepto como un hecho indiscutible que puedes seducir a cualquier mujer si te lo propones. Pero jamás pensé que descendieras al grado de intentarlo con mi prometida… ¡con la mujer con quien me voy a casar! ¿No respetas ni el honor, ni el cariño entre hermanos?

—Aquí no se trata de honor o de respeto —argüyó cansado—, sino de obligarte a ver lo que ella es, antes que resulte demasiado tarde.

—Sé quién es Lily —afirmó Daniel—: la mujer que convertiré en mi esposa, ¡y que Dios ayude a aquél que intente herirla, porque deberá pasar sobre mi cadáver, Dane! Sobre mi cadáver —la advertencia resonó con claridad; la batalla se había perdido—. Así que llévate tu desprecio hacia otra parte y déjanos en paz. No quiero verte o hablar contigo de nuevo.

Y lo habría cumplido si el abuelo no hubiese enfermado de gravedad. Por el bien del viejo se encontraron en una reunión y fingieron que nunca habían peleado. Pero en privado, Daniel apenas lograba dirigirle palabras corteses, el distanciamiento aún

existía Lily se esforzó en que Daniel lo perdonara, convenciéndolo de que ya era hora de olvidar los rencores. Así que, a su pesar, Dane debía agradecérselo; amaba a su hermano. Daniel era, quizá, la única persona en el mundo a quien amaba.

Pues, ciertamente, ni siquiera le tenía un poco de aprecio a la mujer que ahora estaba tendida sobre su cama.

—Levántate, Judy —le ordenó—. Levántate, vístete y lárgate.

Sin lanzarle una segunda mirada, salió de la habitación y se dirigió a su estudio sin detenerse hasta que llegó al bar donde se sirvió un buen trago de aguardiente.

—No sé por qué te aguanto —la voz de Judy perdió su tono sensual. En su papel de amante frivola, se negaba a aceptar un rechazo aunque él se lo restregara en la cara—. Eres tan… ¡tan impredecible!…

La contempló, apoyado contra el marco de la puerta, envuelta en una delgada sábana blanca de la cama. Le pareció raro que a la luz artificial de la cantina, las facciones de esa mujer adquirieran un matiz duro, lo mismo que el vibrante color de su cabello rojo. Y, por primera vez en varios meses de asociación íntima, se preguntó si ese tono caoba no salía de un frasco de tinte. Sin embargo, reconoció que su amante tenía buen cuerpo, bien cuidado. Firme.

—¿Por qué te permitió entrar Jo-Jo? —su sirviente no acostumbraba permitirle el paso a nadie, sin una excelente razón.

Y una sorpresa no cumplía con el requisito; Jo-Jo lo sabía.

—Oh —los ojos de Judy se agrandaron ante un recuerdo repentino —. Tenía que ir a alguna parte con urgencia… en este momento no sé a dónde, aunque estaba muy nervioso cuando llegué. Me explicó algo acerca de una llamada telefónica y que debía pasar por ti al aeropuerto; pero por si acaso no lo lograba, me pidió que me quedara aquí. Desde luego —una seductora sonrisa distendió su rostro—, me encantó esperarte. De hecho, no podía pensar en algo mejor para…

Dane ya no la escuchaba; frunció el ceño, preguntándose qué pudo suceder para que su sirviente saliera corriendo con tal pánico a buscarlo.

—¿Te dijo el motivo por el que necesitaba verme con urgencia?

—No —los cremosos hombros de Judy se encogieron—. Sólo dijo que te esperara aquí y —su mirada se ensombreció con una promesa— … que no me moviera sino hasta que tú…

El teléfono empezó a sonar. Dane se puso rígido de pronto y un extraño presentimiento le recorrió la espina dorsal. Apuró el contenido de su vaso y se dirigió hacia la puerta.

Al pasar frente a Judy, la mujer estiró una mano para acariciarle la mandíbula.

—No contestes —le pidió ronroneando—, y métete en la cama

conmigo. Yo te necesito más que cualquiera que te llame por teléfono, Dane; mucho, muchísimo más…

Al fin un brillo divertido iluminó los ojos grises.

—Judy —bromeó con sequedad—, tú siempre necesitas más… por tal motivo te considero un «acostón» delicioso.

—No me parece gracioso —repuso mirándolo con dolor.

—¿Gracioso? —repitió frío—. ¿Desde cuándo me esfuerzo por ser gracioso? Tú no me deseas por mi fino sentido del humor, ni por mi amabilidad. De hecho, te aburriría un hombre amable, Judy —predijo justo antes de besarla con sensualidad. Ella se aferró a él como una lapa… como una lapa hambrienta de sexo—. Y a ese pobre tipo lo acalambrarías de terror —continuó, cuando sus bocas se separaron—. Ahora, lárgate —repitió librándose de esos blancos brazos para entrar en su estudio y cerrar la puerta de golpe, deliberadamente.

Tendría que deshacerse de ella, decidió. Esa mujer empezaba a ponerle los nervios de punta y…

—Habla Dane Norfolk —anunció, apretando el auricular con la mano—. ¿Jo-Jo? —se enderezó al oír la voz de su sirviente—. ¿Qué demonios crees que haces permitiéndole el paso a esa maldita mujer para que invada mi casa? Esa…

No llegó más lejos. Jo-Jo lo interrumpió con la voz ronca por la angustia. Mientras Dane escuchaba sus explicaciones, el presentimiento se transformó en una realidad dura y tuvo que sentarse en una esquina del escritorio.

La náusea le llenó el estómago, seguida del inevitable azoro emocional. El impacto le zumbó en los oídos, para después viajar igual que melaza por sus venas hasta consumirlo.

—¿Cuándo? —preguntó, atontado—. ¿En dónde? ¿Y él…? — debió prepararse para preguntarlo, pero al fin lo hizo—. ¿Estaba con Lily? — cerró los ojos, luchando contra la oscuridad que lo envolvía, que amenazaba con engullirlo—. ¿No le pasó nada? — el suspiro de alivio se ahogó en un agobiante frío—. ¿Dónde se encuentra ahora? ¿Sola? ¡Dios! —se sofocó—. ¿Quieres decir que la han tenido allí todo el tiempo? ¿Qué diablos se creen esos…?

Apretó la mandíbula y cerró los ojos para controlar sus emociones caóticas mientras escuchaba los detalles que Jo-Jo le proporcionaba. Después exhaló, para dominarse.

—De acuerdo —murmuró—. Voy en camino… No —negó con la cabeza—.Yo estoy más cerca del hospital que tú. Regresa y… y prepara una habitación para recibir a mi cuñada… No, Jo-Jo —suspiró —. No planeo conducir, pero soy capaz de llamar un auto de alquiler. Y la señora Norfolk me necesita a mí, a nadie más.

«A nadie más», se repitió con pesadez al dirigirse con pasos rápidos, hacia la puerta.

«Daniel… Dios… Daniel».

Por un momento tuvo que dejar de caminar, pues el dolor lo dominaba. Después avanzó de nuevo, salió del estudio, y se dirigió hacia le vestíbulo. Olvidó a Judy. Se olvidó de todo, excepto de la necesitad de llegar al hospital…

De llegar al lado de Lily… de Lily, quien lo necesitaba.

CAPITULO 2

UNA hora. Había estado sentada allí durante una hora, desde que le informaron que Daniel había muerto y todavía no captaba el peso aplastante de la noticia. Una interminable fila de enfermeras entraba en la habitación para acompañarla durante algunos minutos. No hablaban mucho; ni tampoco ella, consciente de que observaban su estado mientras la consolaban en medio de esa espera larga y sombría.

Alzó la cabeza, sostenida por un cuello que no parecía capaz de soportar el peso y contempló sin ver la pared. El dolor de su hombro izquierdo la taladró e hizo un gesto.

La enfermera sentada a su lado la observaba con atención..

—¿Qué le duele, señora Norfolk?

Lily negó con la cabeza.

—Nada —mintió porque no quería que la tocaran, que la curaran, que la examinaran… no en ese hospital donde Daniel…

Las lágrimas le cerraron la garganta, abriendo unos centímetros el pozo donde encerraba sus emociones, como si una banda de acero las mantuviera apresadas en su pecho. Debía enfrentar otra batalla antes de irse…

A Dane.

Él estaba en camino. Una enfermera entró para anunciarle su llegada hacía unos minutos… ¿había pasado más tiempo? No recordaba. El tiempo parecía carecer de sentido desde que Daniel…

Pasó saliva, esforzándose por mantener el control. Daniel, tan diferente de Dane… no en lo físico, sino en el carácter, a tal grado que no parecían hermanos.

Si los ponía en la misma habitación, Daniel atraía, en tanto que Dane intimidaba. Su presencia y su estatura dominaban la habitación y Daniel se retraía con un brillo divertido en los ojos para observar a hombres y mujeres que competían por atraer la atención de su hermano, diciendo estupideces porque estaban nerviosos y regodeándose si lograban arrancarle una de sus raras sonrisas o tartamudeando si él fruncía el ceño.

—Con ese carisma, debió ser actor —le había comentado Daniel una vez, contemplando el gentío que rodeaba a Dane—. Ya habría ganado cien millones de dólares con sus películas.

—Un Rodolfo Valentino cualquiera —musitó ella, luchando por

evitar la ironía en su voz.

—O un Rambo segundo —sonrió Daniel—. No has visto su cuerpo. Yo mataría para tener la estructura ósea de Dane.

Lily se sonrojó y Daniel se rió, golpeándole con suavidad en la barbilla porque interpretó ese rubor como un signo de tímida inocencia.

Su futuro marido ignoraba que ella conocía el cuerpo de Dane mejor que el de cualquier otro.

La joven se estremeció al evocar la escena que Dane preparó con toda intención. Se trataba de una cena en su apartamento… con el propósito de celebrar la próxima boda de su hermano; la habitación de huéspedes estaba destinada para el uso exclusivo de la futura cuñada porque debía viajar a Londres luego de separarse de su madre enferma, quien se encontraba internada en la clínica de Devonshire, y necesitaba un lugar para bañarse y cambiarse de vestido; la fingida indiferencia con que entró en el dormitorio, cubierto tan sólo con una bata azul marino y llevando dos copas en las manos…

—Daniel llegará un poco tarde —anunció, mientras ella se ataba el cinturón de su propia bata, ruborizada por la furia porque la sorprendía acabando de salir de la tina y sin preocuparse por cubrir su desnudez—. Así que pensé que podríamos compartir una copa de champaña antes de que te vistas. Ten —extendió el brazo, observándola con sus fríos ojos grises, retándola a que se acercara. Sabía que ella evitaba aproximarse siquiera a un metro de distancia de él, si podía. Era consciente de cuánto la asustaba y la intimidaba y cuan nerviosa la ponía con sólo mirarla.

Lily tomó la copa, y los largos y fuertes dedos de Dane la rozaron.

—No te simpatizo mucho, ¿eh, Lily? —preguntó con sequedad.

—Yo… —la simpatía no formaba parte de las emociones que ese tipo le provocaba—. Yo… te tengo desconfianza, es todo —murmuró ronca, y le arrebató la copa porque no soportaba que la tocara.

—¿Y sabes por qué desconfías de mí? —se rió desafiándola. Sus crueles pupilas también se burlaban del modo tan revelador, en que se apartó de él—. Porque adivinas que veo a través de tu disfraz, ¿verdad?

—¿Disfraz? —indagó temblorosa, ya no con desconfianza sino aterrada—. ¿Qué… qué disfraz?

—Ese, con el que finges ser un ángel inocente para atraer a mi hermano, mientras que debajo de la máscara no dejas de verme con ansia.

—¡Mentira! —gritó, pero aun al negarlo sintió que la culpa le quemaba las mejillas.

Dane también lo notó y sonrió con crueldad.

—¿Mentira? —repitió tocándole con un dedo el pulso que latía en

el cuello. Lily retrocedió de un salto, jadeando. El leve contacto despertaba olas de pasión en su cuerpo… así como un nerviosismo contra el cual luchaba desde que lo vio por primera vez, hacía dos larguísimas semanas… un nerviosismo que ella le achacaba al miedo.

La carcajada resonó de nuevo, aumentando el color que bañaba sus mejillas.

—Me pregunto, Lily —continuó Dane con un tono seductor y perezoso—, ¿qué harías si yo desbarato ese nudo que tanto trabajo te costó atar, para exponer tu hermoso cuerpo a la curiosidad de mi mirada… y después tú hicieras lo mismo conmigo?¿Qué sucedería, inocente Lily —murmuró, retándola—, si te tomara entre mis brazos y moldeara nuestros cuerpos desnudos, apretándonos? ¿Si invadiera con mi lengua esos labios deliciosos? '

—¡Basta! —jadeó, caminando hacia atrás, con los ojos muy abiertos por el temor—. ¡Basta, Dane! Te prohibo que…

—¿Qué? —se mofó, arqueando las cejas—. ¿Que no trate de darte lo que has estado pidiéndome desde hace días? No seas tonta, muñeca. Sabes bien que quieres esto… que estás enferma de deseo…

Entonces se acercó para atraparla y en un último intento por defenderse, Lily le arrojó el contenido de su copa a la cara, tomándolo por sorpresa. Todavía recordaba el silencio atónito que siguió; Dane permaneció inmóvil, con las mejillas mojadas por el champaña, apretando la boca y con la mandíbula como tallada en roca. La ira lo sacudió y Lily retrocedió otro paso, acosada por el terror.

—¡Sal de aquí, Dane! —ordenó temblando.

—¿Y desperdiciar este exquisito champaña? —la tomó del brazo y la aplastó contra él—. Lámelo —exigió, ronco de pasión—. Es tu champaña, así que lámelo.

—¡No!

La protesta fue sofocada por un beso. Y que Dios la protegiera, pero todavía recordaba la dulzura del vino que saboreó en los labios de su agresor, que le transmitió con la lengua, mientras dominaba con facilidad la intención de combatirlo.

Lily se estremeció ahora, avergonzándose de su debilidad.

Volvió a escuchar el suave ruido de la copa de Dane al caer sobre la alfombra color crema. Después él le había arrebatado la suya y también la descartó para oprimir a la joven contra sí. Con la antipatía que palpitaba entre ambos, el beso se convirtió en un duelo de voluntades que sólo incrementó la pasión, en lugar de apagarla.

—¿Quién es Mark? —preguntó Dane de pronto contra sus labios.

—¿Mark? —apenas era capaz de pensar en alguien que no fuera Dane… en lo que despertaba.

—Ya sabes —murmuró con sensualidad, sin apartar la boca de la de ella—. Ese Mark con quien te encuentras en secreto varias veces

por semana, en un pequeño restaurante no lejos de tu casa.

Lily, azorada por haber permitido que eso sucediera, lo contempló con horror.

—¡Me seguiste! —lo acusó.

El cerró el cerco de sus brazos para que sintiera la potencia de su fuerza. Asintió serio.

—Yo no soy Daniel, Lily. Las apariencias no me engañan y tú, querida, te pareces demasiado a los ángeles para que me trague esta farsa. Tienes a mi hermano flotando en el quinto cielo, a mi abuelo babeando por ti, y a tu padre haciendo malabarismos para que el idilio desemboque ante un altar. Contemplas a mi hermano con la clase de amor que estremece de éxtasis a los presentes; sin embargo, allá, en el fondo, está Mark. Alto, poéticamente bello, pertenece a la misma clase que mi hermano. Pasan horas tomados de la mano, ante tazas de café que nunca beben, contemplándose a los ojos con miradas amorosas que empequeñecen las que le lanzas a Daniel.

—Es… es un amigo. Sólo un amigo —insistió, esforzándose por pensar, por pensar con rapidez y eficiencia. No podía permitir que Dane revelara la existencia de Mark, pues arruinaría todo—. Ha tenido una época di… fícil últimamente. Se… enamoró de…

—¿De ti?

—¡No! —negó al instante, pero el rubor que le invadió ante esa posibilidad la convirtió en mentirosa y la boca de Dane se frunció por el desprecio.

—Te lo advierto —asentó seco—, no dejaré que lastimes a mi hermano. Daniel es demasiado confiado para mi gusto, pero no puedo cambiarlo y haré todo… todo lo que sea necesario, ¿entiendes?, para impedir que alguien lo hiera.

—¡Déjanos en paz! —exclamó y quiso agregar: «y deja en paz también a Mark». Pero no se atrevió. Ese ruego revelaría demasiado—. Mira… —cambió de táctica tratando con desesperación de obligar a su cerebro a funcionar de manera adecuada, mas no resultaba fácil. A pesar de la molesta discusión que sostenían, Dane no la había soltado y su proximidad la intoxicaba, estrujándola por dentro, de modo que le costaba un trabajo tremendo pensar en algo más—.Daniel sabe lo de Mark. El… él sabe lo de nuestra amistad y los pro… problemas de… Mark. El… entiende.

—Pues yo no —gruñó—, ni tampoco entiendo… esto.

La cubrió de nuevo con los labios y esa vez ninguno de los dos fingió desconocer la meta de ese beso. Dane la besaba con la intención rabiosa de derrotarla. Y ella cedió; sintió que se quebraba en mil fragmentos pequeñitos cargados de electricidad pura y cuando su verdugo murmuró: «¡Me deseas!», sólo pudo gemir de angustia aferrándose a Dane mientras él metía la mano entre sus cuerpos para

desatar los cinturones de un tirón. Lily gritó cuando el calor de ese hombre se fundió con el suyo.

—Lo sabía —exhaló triunfante, y presionó su boca ardorosa contra el sedoso arco de su cuello—. Desde el primer momento en que nuestros ojos se encontraron supe que el deseo brillaba en tus pupilas, no el asco que pretendías.

—Te odio —susurró y no mentía., aún sentía ese odio, pues Dane convertía su vida en un infierno; cuando podía, ser hermosa. La obligó a ser consciente de las necesidades de su propio cuerpo, de la tumultuosa ansiedad sexual que enardecía las puntas de sus nervios convirtiéndolos en una pulpa cosquillante y dolorosa…

—Lily.

Lily levantó la vista; la desolación de su viaje al pasado se mezcló con el dolor del presente al descubrir que se enfrentaba al duro rostro de Dane. Por instinto, en un acto de autodefensa, se puso de pie.

—¡Dios bendito —gruñó él—, mira el estado en que te hallas!

Debía ser pésimo. Se estudió a sí misma y observó por primera vez sus medias: rotas, que revelaban los rasguños en sus rodillas, la blusa desgarrada manchada de sangre… de la sangre de Daniel…

—¡Oh, Dios! —se ahogó sintió que se caía.

Algo cruzó el rostro de Dane al estirarse para atraparla. Cualquiera que fuera el antagonismo que experimentaba hacia esa hipócrita, lo hizo a un lado por la compasión que le inspiraba la patética figura de Lily. La joven se estremeció cuando él la tomó por los hombros para observarla.

—Estás herida —siseó. Entonces su mirada revisó la pequeña sala de espera y se clavó en la enfermera, acusándola—. ¿Por qué no la han curado? —exigió impaciente—. Maldición de Lucifer… ¿aquí sólo atienden a los muertos?

La explosión desconcertó a la enfermera. No se necesitaba de mucha perspicacia para comprender que ese hombre reaccionaba al impacto de la pérdida de su hermano. Sin embargo, la empleada se defendió:

—La señora Norfolk nos impidió examinarla —explicó con sequedad.

Gruñendo un epíteto no muy agradable, Dane sentó a Lily sobre la silla y luego se acuclilló ante ella para mirarla con detenimiento. Palideció al ver el verdugón y la hinchazón de un lado de la cara. Su brazo izquierdo colgaba sin fuerza, provocando un segundo estallido de indignación en Dane.

—¿Qué demonios pasa? —la regañó con dureza—. ¿Por qué no los dejaste examinarte?

—Daniel —murmuró ausente—. Daniel necesitaba…

—¡Por amor del cielo! —su temperamento hirvió—. Daniel está

muerto, Lily. ¡Muerto! Ya no necesita de los cuidados de nadie.

—¡No! —gritó y la negación le desgarró la garganta, mientras se apartaba de él, contemplándolo con horror—. No —sollozó—. ¡No!

La enfermera lo fulminó con la mirada y después colocó un brazo protector sobre la espalda de Lily. Dane hizo un gesto, aceptando que merecía esa clase de mirada. Se comportaba como un patán. Reaccionaba… reaccionaba a muchas cosas, pero como si no fuera suficiente haber encontrado a su hermano tendido en ese cuarto helado y antiséptico, ahora se topaba con Lily sufriendo lo indecible, y eso derramó la gota de agua, ¡la maldita gota de agua! Parecía una niña confundida y engañada, a quien dejaron en un rincón y olvidaron.

—Lily… —con un esfuerzo inyectó cierta dulzura en su voz. La chica temblaba con violencia, con el rostro escondido entre sus manos. Entonces se le ocurrió que su cuñada aún no entendía la verdad por completo, que el desconcierto se lo impedía.

Con un esfuerzo supremo sofocó sus propias emociones y la liberó del brazo de la enfermera.

—No se preocupe —le dijo a la empleada que se negaba a soltar a Lily—. Yo me encargo de ella. Vaya y busque a alguien que pueda curar sus heridas. ¿Lily?… —con suavidad hizo que apoyara la cabeza sobre su hombro.

La enfermera obedeció y él adivinó, con traviesa ironía, que pregonaría, a diestra y siniestra, que la pobre señora Norfolk tenía a un bastardo por cuñado.

Y no se equivocaba… él era un bastardo cruel.

Los temblores disminuían y la fatiga obligó a Lily a apoyar su peso en Dane. Después de unos minutos, el millonario le levantó la barbilla para inspeccionar las contusiones. No parecían tan graves como temió. Tenía la boca hinchada, igual que si la hubieran golpeado. Apretando los dientes para dominar la violencia que le quemaba, Dane sacó un pañuelo y le limpió la herida con delicadeza, mientras ella permanecía quieta, cediendo a sus atenciones. No la miró a los ojos; no se atrevió. Había observado a Lily bajo muchos aspectos, pero nunca débil y vulnerable como en ese momento.

Y él tampoco se había sentido tan vulnerable antes. Daniel era su único hermano. Primero murieron sus padres, luego el abuelo y ahora… ahora Daniel.

—El brazo —musitó—. ¿En dónde te duele?

—En el hombro —contestó—. Me lo torcí cuando Daniel… —se interrumpió, cerrando los ojos para no evocar la escena que amenazaba repetirse en su cerebro. No, se ordenó con desesperación, no…

—¿Puedes moverlo?

Ella abrió los ojos, sobresaltada, para mirar de frente el pálido rostro de Dane. Apretaba la boca y la tensión distendía sus labios.

La joven asintió, levantando el brazo para hacerlo girar, aunque le dolía.

—Bien… perfecto —la alentó—. Pero supongo que deben tomarte una radiografía antes de que nos vayamos…

—¡No! —exclamó Lily—. No. No quiero quedarme aquí más tiempo —un estremecimiento la sacudió al recorrer la habitación que se había convertido en una cámara de torturas en las últimas horas—. Yo… quiero irme a casa, ahora… a casa… —las lágrimas fluyeron y Dane suspiró tomándola en sus brazos.

—De acuerdo, Lily, de acuerdo. Regresaremos a casa en cuanto creas que puedas ponerte de pie.

—Ahora —dijo al instante. Y con lo que tuvo que ser un esfuerzo monumental se enderezó, sosteniéndose sobre sus dos pies sin ayuda —. Quiero irme ahora.

Con otro suspiro, Dane se le acercó para protegerla con su brazo. Caminaron despacio, igual que dos ancianos para dirigirse hacia la puerta. Ya allí, Lily se detuvo apoyándose en él.

—¿De… debo firmar algo? ¿Debo hacer algo… algo por Daniel?

—No —la voz sonó cortante y fría aun a los oídos de Dane; le dolía hablar de las formalidades que debió efectuar antes de que le permitieran ver a Lily—. Ya me encargué de todo. Ten —cerró el tema quitándose la chaqueta para ponérsela sobre los hombros. No fue sino hasta que ella se acurrucó contra el calor de la prenda que se dio cuenta de que tenía frío, aunque Dane no se la dio por esa razón, sino para ocultar la blusa manchada de sangre de la mirada de los curiosos.

De la sangre de Daniel, pensó, y casi vomita…

—Vamonos —le pidió ronco—. Salgamos de este sitio de inmediato.

Jo-Jo los esperaba justo al otro lado de la puerta, paseando de un lado a otro como león enjaulado. Al verlos salir corrió hacia ellos.

—Pensé que me necesitarían —comentó explicando su presencia.

Dane asintió, agradeciendo en silencio la intuición de ese hombre.

—Trae el auto; estaciónalo frente a la entrada.

—Ya lo hice —la eficiencia del oriental obligó a Dane a sonreír por unos segundos. Después acomodó a Lily bajo la curva de su brazo y avanzó.

La sala de espera estaba atestada. Las personas los observaban en silencio, pues adivinaban una tragedia. La enfermera que acompañaba a Lily cuando Dane llegó los vio e hizo un movimiento como si intentara abordarlos, luego cambió de opinión al distinguir el gesto sombrío de Dane.

Cobarde, pensó el magnate mientras conducía a Lily al exterior, en

medio de una noche clara y tibia. Y otra vez la breve sonrisa distendió los labios pálidos.

El trayecto hacia su apartamento lo efectuaron en silencio. Una vez dentro del enorme automóvil, con Jo-Jo al volante, Lily pareció encogerse en sí misma, arrebujándose en la chaqueta de Dane y se refugió en un rincón del asiento posterior. No se movió de ahi sino hasta que se estacionaron y su anfitrión la ayudó a bajar del vehículo.

Sólo cuando subían en el ascensor al quinto piso, la joven empezó a darse cuenta de dónde estaban.

—Aquí vives —observó asombrada.

—Sí —admitió él en voz baja, sin agregar más.

—Pero yo quiero ir a mi casa.

—No —contestó de manera seca, para negarse—. No tienes nada que hacer allí en este momento, Lily —opinó sin andarse con rodeos —. Así que te quedas conmigo.

Nada que hacer. Las palabras rebotaron en el vacío de su mente al apoyarse en el hombro de su cuñado, sin ofrecer más resistencia.

Las puertas del ascensor se abrieron y Jo-Jo salió primero para desactivar la alarma de seguridad del apartamento, mientras Dane ayudaba a Lily. Cuando se reunieron con el sirviente, en el vestíbulo, les fue fácil descubrir por qué reinaba un tenso silencio.

—Vaya, vaya, vaya, el correcaminos regresa a su dulce hogar —se mofó una voz sarcástica y acida.

—Te dije que te fueras —declaró Dane cortante.

—¿En serio, querido? —Judy se encogió de hombros moviendo el lujoso vestido de seda dorada que al fin se había puesto—. No te oí.

—Me oíste muy bien —la atajó Dane.

Lily alzó la vista al escuchar la voz ronca, con un tono tan familiar que llamó la atención de su mente atontada, justo cuando Judy notó que se encogía bajo el brazo de Dane.

—¡Dios bendito, Lily! —exclamó Judy—. ¿Qué te pasó? Parece que acaba de atropellarte un camión.

La joven palideció, trastabillando. Dane maldijo y la alzó en vilo para impedir que cayera al suelo porque las piernas se le doblaron.

—¡Lárgate en este instante! —le ladró a Judy.

—¡Dios, lo siento, jefe! —intervino Jo-Jo; acompañó a su patrón y casi golpeó a Judy al pasar frente a ella—. Me olvidé de esta señorita…

—Sácala del apartamento en este instante —siseó Dane y cerró de golpe la puerta del dormitorio, ante el azorado rostro de los otros dos.

—No eres muy amable, Dane —murmuró Lily cuando él la colocó sobre la cama—. Judy no podía saber que casi da en el clavo.

—Esto no le incumbe —objetó.

—Cierto —concedió Lily, empezando a temblar con violencia—.

¡Dios, tengo mucho frío! —susurró.

—Por lo que has sufrido —diagnosticó Dane.

—Por lo que ambos hemos sufrido —agregó Lily, reconociendo en esas explosiones de ira la descarga de muchas emociones.

—Sí, yo también estoy temblando —le confió—. ¡Cielos santos, mírate, Lily! —añadió después—. Esa tonta tiene razón: estás hecha un desastre. Necesitas un baño, que te cure esas heridas y meterte en la cama. Después te daré algo fuerte para tranquilizarte.

—Me siento usada —confesó y, de manera inesperada, las lágrimas le nublaron la vista.

—No me extraña —suspiró, soltando un poco de la tensión que guardaba en el pecho—. Has vivido una experiencia horrorosa. Recibiste golpes, rasguños y estás exhausta.

—Gracias por preocuparte por mí —murmuró.

—Tendría que ser un bruto para tratarte como una leprosa en este momento —repuso, comprendiendo que a Lily le sorprendía que no la agrediera como acostumbraba.

—Por lo general no te portas así de amable conmigo —corroboró ella, todavía cubriéndose con la chaqueta de Dane. Sentado a su lado, él también parecía exhausto.

—Lo siento, Lily —musitó sombrío—. No eres una leprosa, ni nunca lo has sido.

—Lo hice feliz, ¿sabes? A pesar de todas esas cosas horribles que crees de mí, hice feliz a Daniel.

—Lo sé —se puso de pie, titubeante—. Quítate la ropa, si puedes. Yo te prepararé el baño —y desapareció en el cuarto de baño antes de que la presión en su pecho estallara.

Cuando regresó, la joven se sentaba sobre el borde de la cama, luchando con la manga de la blusa sobre su brazo lastimado. La observó durante varios segundos, luego se le acercó y se acuclilló ante ella.

—Permíteme —le pidió.

Despacio, le quitó la blusa y luego observó los verdugones en el hombro.

—Estás peor de lo que pensé —murmuró—. Quizá deba insistir en que te tomen una radiografía.

—No, se curará solo —le prometió.

Consciente de su desnudez, se puso de pie, intentando pasar frente a él para refugiarse en la intimidad del baño, antes de que Dane intentara quitarle otra parte de sus ropas rotas y sucias. Pero el simple esfuerzo de apoyarse en sus pies la mareó y su anfitrión tuvo que sostenerla para que recobrara el equilibrio.

Dane refunfuñó algo al ponerse de pie, sin soltarle el brazo lastimado.

—Maldición, Lily, ¿por qué te esfuerzas en que resulte obvio que odias que te toque?

—No es eso —se defendió; la fatiga la obligaba a hablar con sinceridad—. Sólo que… me parece que no debería estar aquí, contigo, medio desnuda…

—¿Por lo que pasó la última vez? Ven, apóyate en mí —con dulzura la acercó a su cuerpo hasta que la mejilla de la joven descansó sobre la camisa tibia que cubría el torso de Dane. Y ella no tuvo fuerzas para impedir que le desabrochara la falda de un rojo oscuro, para después deslizar la cremallera.

—No —movió la cabeza objetando—. Porque somos cuñados. No está bien —repitió en voz baja.

—Saca las piernas de la falda —le ordenó y la tomó de la cintura cuando lo obedeció—. ¿Y qué importa nuestro parentesco?

—Soy la esposa de tu hermano —se escandalizó.

—La esposa de mi hermano que acaba de morir —la corrigió.

Esa crueldad provocó un temblor a lo largo del cuerpo de Lily.

—Por favor —susurró mirándolo suplicante, con ojos llorosos—, por favor, no lo digas, Dane. Todavía no. No estoy preparada para aceptarlo y…

—¿Y tú crees que a mí me gusta recordarlo? —inquirió y sus ojos se cerraron para sofocar un brillo sospechoso—. Quédate quieta mientras me encargo de esto —serio, abrió el broche que mantenía el breve sostén en su sitio. Un momento después sus senos se aplastaban contra la tibieza del pecho masculino y ella tuvo que contener el aliento o un gemido de placer—. Lo vi, Lily —le confió conmovido—. Lo vi y tengo que aceptarlo.

—¡Oh, Dios! —empezó a estremecerse y escondió la cara en el cuello de Dane cuando las lágrimas hicieron su aparición—. Lo siento. Siento mucho que hayas tenido que ser tú.

—¿Y quién más podía ser? —indagó—. Sólo me reconforta que tú… —se detuvo, con la garganta cerrada por un cúmulo de emociones—. Vamos —refunfuñó—, tienes razón; no es el momento para esto. Te meteré en la tina y…

—Puedo arreglármelas sin tu ayuda, gracias —advirtió Lily con petulancia.

—¿Eso crees? —Dane se rió, ronco—. Lily, no puedes llegar a la puerta del baño, mucho menos meterte en la tina; así que deja de actuar como una tímida virgen, que ese papel ya no te queda. Y de cualquier manera tu cuerpo, aunque hermoso, ya lo he visto. Todo —puntualizó sin rodeos—. Por lo tanto, verlo de nuevo no será ninguna revelación.

Con eso y mientras ella se tragaba la manera humillante en que la ponía en su lugar, Dane la llevó en brazos al baño. Después, en

silencio y con eficiencia, descartó el resto de la ropa y la ayudó a meterse en la tina llena de agua tibia.

Lily suspiró al sentir el líquido perfumado y jabonoso sobre su piel, cerró los ojos y se recostó con una inmensa sensación de alivio.

—Te dejo para que goces relajándote.

Ella asintió; apenas oyó cuando Dane cerró la puerta con cautela. El cuerpo le dolía, la mente le dolía, los horrores de esa noche se agazapaban como sombras, aguardando el momento de asaltarla, el momento en que se debilitara el dominio de sus emociones.

Cuánto tiempo se quedó allí, flotando adormilada, borrando todo, excepto esa agua tibia y tranquilizadora, no lo sabía. Pero el sonido de un suspiro impaciente la obligó a abrir los ojos para encontrar a Dane observándola con expresión traviesa.

—¿No puedes hacer nada por ti misma? —se burló, con sequedad.

—No —sonrió y cerró los ojos otra vez, borrándolo igual que borraba lo demás, rezando para que se fuera y la dejara en paz.

Desde luego, Dane no lo hizo. El nunca hacía lo que ella deseaba. En lugar de ello acomodó un banquillo y se sentó, para empezar a enjabonarla. La bañó como lo haría con una niña y Lily se lo permitió ya que no tenía la energía para oponerse… ni siquiera la intención de oponerse.

—Nunca creí que fueras una buena enfermera —murmuró ella, en medio del silencio y el vapor que los rodeaba.

—Yo tampoco creí pertenecer a esa clase —hizo una mueca y entonces, sin venir al caso, indagó—: ¿Y qué pasó con Mark Radley… también les pediste que lo llamaran?

CAPITULO 3

MARK!

Abrió los ojos de pronto y se le hizo un nudo de angustia en la garganta. Se incorporó y apartó la mano de Dane de su cuerpo, tratando de ver a través del vapor que los envolvía.

—¡Oh, Dios! —suspiró—. ¡Mark! ¿Cómo pude olvidarme de Mark? Tengo que salir —jadeó poniéndose de pie. Sus fuentes de energía, repletas de nuevo de alguna manera, la impulsaron a actuar con tanta rapidez que no vio que el rostro de Dane se convertía en granito.

—¿Qué? —se mofó—. ¿Así? —sus ojos la recorrieron con cinismo, clavándose en el cuerpo desnudo, cubierto con una capa acuosa de jabón.

Lily parpadeó recorriendo con sus pupilas el mismo camino que él, para después sonrojarse hasta la raíz de los cabellos y darse cuenta, por primera vez, de que había tolerado una situación demasiado íntima. Se cubrió con los brazos, con un movimiento brusco que le lastimó el brazo golpeado y la hizo encogerse de dolor.

—No, no así —le aseguró temblorosa, odiando lo que esos ojos grises le hacían: sentirse desesperadamente viva—. Ne… necesito una toalla.

Apartó la vista y revisó el baño tratando de localizar su objetivo. Temblaba. Ya no por el impacto recibido, sino porque de pronto fue consciente de Dane como hombre, no como otro doliente que compartía su pena. Y, al igual que siempre que él la veía de ese modo, su pulso empezó a palpitar, sus senos se volvieron pesados, los sensibles pezones le cosquillaron mientras se contraían para formar sonrosadas perlas de deseo frustrado.

El sonrió, con la ironía de la experiencia y se levantó despacio provocando un caos mayor al seguir observándola. Dane siempre catalogaba de odio esa conciencia aguda de sí misma que, sin variar, la sacudía cuando él la sorprendía con la guardia baja, como en ese momento.

—Saber cuánto te deseo te excita, Lily —se burló con crueldad—. Y no puedes remediarlo, ¿eh?

—¡No me toques! —el hecho de que ese hombre estirara la mano la lanzó en un remolino de pánico irracional.

Dane se rió y ese duro sonido unió sus miradas. En ese instante,

Lily descubrió la toalla que le tendía y trató de arrebatársela, sólo para percatarse de que él no la soltaría.

—Lily—le recordó sarcástico—, he estado tocándote todo el cuerpo… Así que, ¿para qué te irritas?

La vergüenza la carcomió.

—M… Mark me necesita —le escupió el nombre por la desesperación, esperando y viendo que la expresión burlona era reemplazada por un gesto duro, de asco—. Debo ir a su lado.

Su anfitrión le entregó la toalla antes de volverle la espalda.

—Eres una zorra, Lily —afirmó sin alterarse—. Si debes ver a tu amante, vete. Después de todo… —negó con la cabeza para fulminarla con las pupilas—… Daniel ya no puede protestar, ¿verdad? Así que haz lo que se te pegue la gana.

La puerta del baño se cerró con un golpe estremecedor que dejó temblando a Lily, todavía parada en la tina; el agua se enfriaba. Momentos después, el ruido de otra puerta al cerrarse, la del dormitorio, la hizo sonreír. Acababa de ganar el último encuentro con Dane, pero a costa de la frágil armonía que habían logrado. Sus ojos se llenaron de lágrimas calientes y su boca luchó contra la amargura que surgía de alguna parte de su cuerpo, que ella no podía nombrar.

Se enredó en la toalla y salió de prisa de la tina. Dane era el tormento de su desdichada vida, decidió con pesimismo. Pero en ese momento no debía recordar más que a Mark, que la necesitaba.

Se secó con rapidez y corrió al dormitorio para buscar su ropa. Entonces se detuvo en seco. Examinó con la mirada la habitación. Nada. Su ropa había desaparecido. No quedaba ni una prenda; ni la blusa arruinada, ni el sostén, ni los zapatos. Giró para mirar al baño. ¡Ni siquiera sus pantaletas, ni sus medias rotas estaban allí! No vio que Dane las recogiera, pero sólo él pudo hacerlo.

—¡Cerdo! —maldijo, y lágrimas de frustración volvieron a anegarle los ojos—. ¡Cerdo… cerdo!

Le tomó varios minutos recordar que Jo-Jo siempre se aseguraba de que hubiera una bata de baño. Corrió al baño y encontró una colgando detrás de la puerta. Se la puso.

El pasillo estaba vacío cuando Lily salió de la habitación. Apretando los dientes caminó con los pies desnudos sobre la fría loseta, atravesó el vestíbulo y abrió la puerta.

Dane estaba reclinado sobre un sofá, exhausto. El presentimiento de que también sufría por la pérdida de Daniel enfrío la ira de la chica, mientras se le acercaba.

—Dane —murmuró de manera tentativa—, necesito mi ropa. ¡Por favor, Dane! —le rogó, cuando él ni parpadeó—. ¡Tengo que ver a Mark!

—¿Para qué? ¿Para celebrar tu nueva libertad?

Era una acusación cruel. Pero los años de práctica, empleados en defenderse de los cortantes comentarios de Dane, la ayudaron a absorber sus palabras sin indignarse demasiado.

—Mark es el mejor amigo de… Daniel —afirmó en voz baja—. Lo devastaría enterarse de la noticia por el radio u otra fuente. Me parece mucho más compasivo si yo se lo digo.

—*Era* el amigo de Daniel —la corrigió Dane—. Quizá traicionó esa amistad y no merece ya ese título, pero el verbo debe conjugarse en pasado, de todos modos. Daniel está muerto, recuérdalo.

—Dios —palideció ante su rudeza—. ¿Cómo puedes ser tan cruel?

—¿Contigo? —al fin clavó las pupilas en ella, duras como guijarros —. Con mucha facilidad. ¡Hasta que mencioné a ese patán, ni siquiera habías pensado en él! Así que tu posición de amante amorosa no es muy convincente.

«Actúa igual que un bastardo insensible y egoísta», pensó Lily sumiéndose en una silla. Se llevó la mano a la frente y con dedos temblorosos se tentó la piel adolorida.

—Estás exhausta —afirmó Dane con sequedad—. No puedes ir a ninguna parte.

—Pues veré a Mark —advirtió, necia.

—Entonces, te sugiero que uses el teléfono —se mofó y cerró los ojos de nuevo, ignorándola.

Lily negó con la cabeza. El teléfono no serviría de nada. Cuando Mark trabajaba lo desconectaba para que nadie lo molestara. No, sólo había una forma de ponerse en contacto con él y esa era ir a Chelsea y abrir la puerta de la casa con su propia llave.

Chelsea… una ola de náusea la hizo tambalearse. Hacía sólo unas cuantas horas que ella y Daniel habían dejado allí a Mark, después de compartir una agradable cena en un pequeño restaurante donde siempre se reunían cuando estaban en Londres.

Después subieron en su auto y… No, no pensaría en esa escena… de nuevo.

—Si no me regresas mi ropa —lo amenazó—… pediré un coche de alquiler y me iré así.

—¿En serio? —abrió los ojos alzando las cejas con ironía—. ¡Envidio al chofer! —se mofó—. ¡Qué suerte tendrá de pasearte por las calles en paños menores!

Negándose a enzarzarse en una discusión inútil, Lily suspiró, se dio la media vuelta y se dirigió a la puerta. Podía burlarse de ella todo lo que quisiera, pero vería a Mark aunque se muriera…

Oh, Dios. No debía pensar esas cosas tan terribles. ¡Daniel! ¡Oh, Daniel!, ¿por qué tuvo que suceder esta tragedia, cuando la situación estaba a punto de componerse? Pasó saliva, sofocó las lágrimas y le ordenó a sus pies caminar hacia el estudio de Dane. Acababa de

llevarse el auricular al oído cuando Dane apareció en la puerta.

—De acuerdo. Buscaré cualquier cosa para que te la pongas. Tu ropa se arruinó, así que será algo diferente —parecía harto de ese asunto, notó la joven cuando Dane se volvió para cumplir su promesa.

Una de las barreras que la chica erigió con tanto cuidado se desmoronó. El problema con Dane era que siempre lograba conmoverla, y justo entonces, cuando lo vio tomar el picaporte, Lily sintió que su corazón latía, compadeciendo ese rostro tenso y ese ademán de derrota.

A pesar de que representaba un cúmulo de defectos que la joven despreciaba, no podía negar que Dane amaba a su hermano. Hasta que la presencia de Lily los separó, siempre estuvieron unidos… muy unidos; Daniel se lo dijo. Sin embargo, debió equivocarse en algo, porque de lo contrario Dane habría entendido mejor la complicada relación entre ella, Daniel y Mark.

—Ten —al regresar, Dane le tendió una sudadera y un pantalón de lona—, pertenecían a Danny, así que no creo que te queden tan mal.

Lo llamó «Danny» sin pensar, pero el diminutivo le llenó los ojos de lágrimas a Lily. Dane era la única persona que llamaba así a Daniel. «Privilegio de hermano mayor», le comentó alguna vez su marido. «Si otro tratara de imitarlo, le rompería la cara de un puñetazo».

—Te quería mucho, Dane —se oyó decir, sin saber la razón. Las lágrimas le empañaban la vista y su boca tembló al agregar ronca—: Estaba muy orgulloso de ti. Le dolía que no pudieras aceptarme como su esposa.

—No te rechazaba a ti, sino los motivos por los que te casaste con él —admitió con dificultad.

—Le tenía un enorme cariño… ¿qué más puede pedir un hombre?

—Fidelidad.

—¡Nunca le fui infiel!

—Mientes —gruñó y se puso furioso de nuevo, los ojos le brillaban de rabia—. Traicionabas a Daniel cada vez que mirabas los ojos de ese cerdo y ambos se olvidaban de las tazas de café. Lo traicionabas cada vez que me observabas con deseo —su boca se curvó con una mueca desagradable—. ¿En dónde está tu *fidelidad,* Lily, si ansiabas poseer el cuerpo de otro hombre mientras te aferrabas a mi hermano? Y no te atrevas a afirmar que adorabas a tu marido porque no te perdonaría esa farsa.

La chica se volvió y huyó. Era lo único que podía hacer, o se desmoronaría ante Dane perdiendo su dignidad. Le costó un enorme trabajo ponerse la sudadera y el pantalón que le prestó; el hombro le dolía, lo mismo que la cabeza, y el deseo… el deseo angustioso de acurrucarse para llorar a mares la roía igual que un perro callejero lo hace con un hueso.

Se dio cuenta de que le faltaban sus zapatos. Eso significaba que debía regresar para rogarle a Dane que se los diera. Apretando los dientes se arrastró fuera del dormitorio para encontrarlo ante la puerta, balanceando los zapatos en una mano y las llaves del auto en la otra.

—Te llevaré a donde quieras —cedió con la mandíbula tensa y dejó caer el calzado a los pies de la joven.

Ella se inclinó para terminar de vestirse.

—Podría pedir un…

—No —la atajó inflexible—. Si estás decidida a buscar a tu amante, te acompañaré.

—Mark no es mi amante.

—De todos modos pienso que es un peligro que vayas sola —repuso, ignorando su negativa—. Y, aunque no quieras, me considero responsable de ti de cierta manera, ya que eres la viuda de mi hermano…

Entonces Lily lo golpeó. Aunque no cesaba de insultarla, sus últimas palabras la hicieron reaccionar con violencia, pues referirse a ella como la viuda de Daniel volvía oficial su muerte y algo en su interior le indujo a perder el control.

Sin más palabras, Lily se volvió y se dirigió hacia la puerta principal. Tenía suficiente, más que suficiente, con los cuidados generosos que Dane le prodigaba, ¡Como para que le durara toda la vida!

Se metió con ella al ascensor. No se miraron; sin embargo Lily era consciente de la presencia a su lado, De la ira que lo atormentaba y del riesgo que Dane Norfolk representaba cuando ella sobre pasaba ciertos límites.

¿Lo habría provocado demasiado? Reflexionó sobre ese punto y descubrió que no le importaba. No le importaba nada excepto llegar a Mark antes de que la noticia se supiera.

Las puertas del ascensor se abrieron y ambos salieron, sin hablar o tocarse, pero juntos. La limosina seguía estacionada donde Jo-Jo la dejó. Dane la ayudó a sentarse y luego se acomodó al volante.

—¿A dónde? —inquirió.

Le dio la dirección; a pocas calles de distancia de donde ocurrió el accidente. Dane debió hacer la conexión porque tomó una larga desviación para no pasar por ese sitio en particular.

Se detuvo ante la casa de Mark, apagó el motor e intentó bajarse del vehículo.

—No —Lily lo detuvo con una mano—. Yo entraré sola, Dane —afirmó—. Esto no tiene nada que ver contigo y quiero estar sola.

—¿Para que los dos se regodeen con la desgracia de mi hermano?

—Si eso crees, entonces no tienes ningún derecho de incluirte en

esta visita —repuso, aceptando la crueldad de su enemigo y los golpes bajos que le lanzaba.

—Si no quieres que me inmiscuya, Lily —contraatacó, entrecerrando los párpados para estudiarla con suspicacia—, significa que dirás cosas que no deseas que oiga.

—Correcto —asintió—, cosas que no te incumben.

—Daniel me incumbe —le advirtió.

—Te incumbía, Dane, conjuga en pasado —lo hirió con el mismo sarcasmo que él empleó antes, y lo vio palidecer igual que ella palideció en el apartamento—. Lo que suceda bajo ese techo a nadie le importa, excepto a Mark y a mí. Ni siquiera Daniel puede intervenir.

—Quizás ese pobre tonto sienta alivio de no estar metido en esto —siseó con malicia.

—Quizás —aceptó Lily y esa admisión pareció contener más verdad, vacía y triste, que la provocativa ironía de Dane—. No me tardo —le prometió y salió del auto.

De hecho, se quedó allí una hora. Y cuando al fin salió de la casa, le sorprendió que Dane todavía la aguardara. No esperaba encontrarlo en ese sitio, pero le agradó… le agradó porque había vaciado sus reservas de energía y apenas tuvo fuerzas para meterse en el coche. Apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento, cerrando los ojos que le ardían.

Dane la contempló por un rato y la chica se tensó, pensando que la cubriría de reproches. Pero sus insinuaciones malignas no llegaron y cuando sólo se inclinó sobre ella para abrocharle el cinturón de seguridad, Lily se permitió un suspiro de alivio.

Al estacionarse frente a su hogar, Dane se dio cuenta de que Lily dormía. No, se corrigió, más que eso. Casi había entrado en estado comatoso. Su reserva de energía al fin se había extinguido del todo.

Dane suspiró y se recostó sobre el volante, pensando que ese día había cerrado un trato comercial que le había proporcionado muy pocas satisfacciones, por el terreno que tuvo que ceder para firmar el contrato. El único placer que conquistó en un mes de viaje fue comprar una potranca que en ese momento viajaba para que él se la regalara a Daniel.

Daniel. Un líquido ácido le llenó los ojos… a pesar de que su madre siempre decía que él nunca lloraba cuando niño. Su hermano si, llenando el corazón materno con el amor que nunca logró que le diera su esposo… o su primogénito, reflexionó. Oh, ella lo amaba a él también, desde luego, pero con reservas. Su instinto acertado, aún de niño, le advirtió que su madre lo sofocaría con su amor, si él se lo permitía. Igual que sofocó a su marido y sólo consiguió ahuyentarlo y orillarlo a refugiarse en los brazos de otras mujeres menos exigentes.

Igual que sofocó a Daniel.

A su hermano, según su madre, le tomó tiempo madurar. Las muchachas no le atraían y, sí salía con alguna, era en grupo. Incluso en la universidad prefería las reuniones de ambos sexos a una cita privada y no parecía interesarle ninguna chica.

Hasta que conoció a Sonia. Dane entornó los párpados, melancólico. Ese año el abuelo enfermó y Dane ocupó su puesto en la compañía. Sonia Cranston representó para Daniel la primera excursión en el peligroso mundo de las mujeres y el sexo. A diferencia del resto de sus amigos, Sonia no pertenecía al ambiente universitario. Era una ayudante en la granja del abuelo… Dane nunca estuvo muy seguro de cuan lejos había llegado esa relación hasta que Daniel le puso un freno; pero sí notó que en las breves visitas de su hermano a Lefton, durante las vacaciones de verano, empezó a seguirlo una sombra que lo idolatraba. Recordó que él bromeaba con Daniel sobre el asunto.

—Es una patada en el trasero —había refunfuñado el muchacho—. Cree… cree que está enamorada de mí y… y no me deja en paz. No entiende que a mí no me interesa… eso.

Todavía podía percibir el bochorno de su hermano, mientras él se burlaba de sus palabras.

—¿En serio? ¿Ni un poquito?

El rubor de su hermano aumentó y Dane recordó que se mofó, divertido:

—¡Oh, vamos, Danny! A mí me parece linda. Acepta el consejo del experimentado de tu hermano y toma lo que te ofrece. No te arrepentirás, te lo aseguro.

Después, Dane viajó por varios meses y al regresar se encontró con que Sonia Cranston había dejado la granja y una bomba de tiempo a sus espaldas… El abuelo amenazaba desheredar a Daniel.

—Entiendo que a los muchachos les guste divertirse —había dicho el anciano—, yo lo hice en mi juventud; pero no aceptaré que esos juegos se vuelvan demasiado serios. ¡Una chica que ayuda en los establos, por el amor del cielo! —se indignó asqueado—. Quizás el padre de ustedes manchó el nombre de los Norfolk viviendo como un donjuán; sin embargo, nunca se rebajó a comprometerse con una maldita empleada.

Daniel… ¿imitando a su padre? Lo absurdo de esa idea casi hizo que Dane soltara una carcajada, pero se contuvo porque el abuelo temblaba de rabia y quizá se le habría roto una vena al oírlo reír.

Sin embargo, pensar que Daniel puso en práctica su consejo y probó un poco de «eso», lo llenaba de satisfacción… en el fondo, empezaba a preocuparle la actitud de su hermano menor.

—Te lo advierto, Daniel —su abuelo continuó, furioso—, se necesitó de mucho tiempo para que el nombre de los Norfolk recuperara la respetabilidad, después de lo que hizo tu padre; así

que no permitiré que alguno de ustedes dos se comprometa con nuestras sirvientas. Encuentren a una niña de buena familia para sentar cabeza y demuéstrenme que no seguirán las huellas de su padre… ¡o no les dejaré nada cuando me muera!

Se refería a la granja, al criadero de caballos, desde luego; la gran pasión de Daniel, lo único que ambicionaba del vasto imperio de los Norfolk.

Entonces apareció Lily…

Dane alzó la cabeza para contemplar a la joven que dormía. Llegó tan pronto… después de lo de Sonia Cranston… que Dane nunca le tuvo mucha confianza a esa relación.

Sin embargo, y desde la perspectiva del pasado, le convino a Daniel. Linda, frágil, delgada, con un aire infantil por su cabello corto y rubio, que nunca dejó que creciera. Su fingida inocencia casi engañó a Dane la primera vez que la vio.

Hasta que la sorprendió mirándolo… No había nada inocente en esas miradas furtivas, nerviosas. Nada.

Tomó aliento y exhaló.

No ayudó el hecho de que también hubiera despertado una cuerda emotiva en su cuerpo… a pesar de que Lily no se parecía a las mujeres que lo atraían… Le gustaban altas, curvilíneas, distinguidas, sin esa fragilidad que emergía de un cuento de hadas.

Sin embargo, sus sentidos se agitaron y no dejaron de agitarse desde entonces.

Tenía veintidós… la misma edad que Daniel. Había formado parte del grupo de su hermano, durante años, hasta que surgió de ese entorno como alguien especial.

—El muchacho al fin prueba que tiene buen gusto —comentó el abuelo, aprobándolo—. Y tú deberías seguir sus pasos y encontrar a una chica indefensa, educada, agradable y dócil, como Lily —el viejo adoró a la chica desde que la saludó por primera vez—. Una niña igual a la novia de tu hermano; te veneraría de rodillas y honraría nuestro apellido hasta el fin de tus días.

Indefensa. El dolor de sus ijares le indicó que Lily distaba mucho de ser indefensa y que, además, podía causar un gran daño.

De repente, la durmiente se movió, como si presintiera que Dane centraba su atención en ella. Luego suspiró y sus senos se elevaron bajo la tela de la sudadera.

No usaba sostén, notó él, observando los oscuros círculos de los pezones pegados contra la prenda. No le devolvió el sostén:., ni las pantaletas. ¿Por qué? No lo sabía. Excepto que a una parte turbia de su mente le gustaba la idea de que su invitada llevara puesta sólo la ropa que él podía ver.

Mark, el amante de Lily , ¿se daría cuenta de que no usaba ropa

íntima? Estuvieron solos en esa casa durante una hora… tiempo suficiente no únicamente para que se notara, sino para que lo comprobara, acariciándola.

Apretó los labios cuando una negra ira caliente le llenó la boca… señal de que odiaba todo lo que esa mujer representaba… una mezcla despreciable y confusa de que ansiaba ser el único en su vida para que lo buscara y le pidiera ayuda y consuelo. De allí que el péndulo de sus emociones lo indujera a herirla un momento y, al siguiente, estar dispuesto a hacer cualquier cosa por ella.

Y lo buscó, recordó Dane con una sensación de triunfo. Sin la menor posibilidad de error, lo prefirió a él durante la hora más oscura de su vida. En él se apoyó, y si no hubiera sido por su estúpida lengua y su ardiente curiosidad, Lily jamás le habría dedicado un sólo pensamiento a Mark Radley.

Mark Radley. Del grupo de la universidad. El callado. El sensible, el artista, el intenso. Dane nunca lo vio cerca de Daniel y Lily, sino hasta que lo descubrió al investigar a su futura cuñada.

Entrecerró los párpados pensativo. Formaban un triángulo extraño. Había algo que siempre tuvo un aire de falsedad, demasiado próximo a la normalidad… lo cual no hablaba mucho de Daniel por no haberlo impedido a tiempo.

Dane suspiró, se enderezó en su asiento y contempló a Lily de nuevo. Después salió del auto, lo rodeó y tomó a Lily en sus brazos. Ella se acurrucó contra su pecho, con la confianza de una niña, escondiendo el rostro en el hueco del cuello de su compañero.

Se dirigió hacia la entrada del edificio, subió por el ascensor, sin que el suave peso de esa mujer lo molestara. Su aliento fresco, tibio, le acariciaba la piel, lo mismo que su cabello rubio y el roce de sus senos contra…

Cerró los ojos con fuerza, despreciándose, odiándola.

Jo-Jo lo esperaba ante el apartamento, listo para servirlo.

—Lo vi llegar —le explicó.

Dane asintió y siguió adelante. Ya en la habitación para huéspedes, la colocó sobre la cama y la necesidad de besarla en la mejilla lastimada lo estrujó con fuerza brutal. Parecía indefensa, recostaba allí, inocente, vulnerable.

¡Qué mentira!

Se enderezó con la mirada dura y la cubrió con una colcha, apretando la boca. No podía dejarla dormir así. Ya estaba bastante adolorida con todas esas heridas y verdugones. Por lo menos le quitaría el pantalón.

Con la mandíbula apretada, le deslizó y le quitó el pantalón por las piernas hasta los tobillos. Entonces se dio cuenta de que la estudiaba, desnuda, sin nada, excepto la sudadera que apenas alcanzaba a

cubrirle las caderas, dejando al descubierto sus largas y cremosas piernas y los muslos, para que él pudiera admirar su belleza, mientras ella dormía sin percatarse de lo que provocaba.

—¡Dios! —se asqueó de sí mismo y la cubrió con la colcha. Luego se volvió para salir de la habitación.

CAPITULO 4

LILY soñaba. Su mente revivió lo sucedido… Daniel la había empujado al otro extremo del auto. Ella se volvió, contemplando con ojos desorbitados los faros que se acercaban de frente a ellos. Después el golpe, el chirrido de los frenos, el gemido de su marido al desaparecer bajo el metal retorcido.

—¡No!

—¡Lily, por el amor de Dios!

Un neumático giró sobre su eje al volcarse el coche. Alguien abrió la puerta y unas manos tiraron de ella con fuerza. Un grito se le escapó al ponerse de píe. Entonces descubrió al muchacho… no mayor que un niño, según su mente atontada. Lo observó, la observó; la sangre empezó a manar de la herida de su cabeza… Después él corrió calle abajo, trastabillando, borracho… ¿y Daniel?… no podía ver a Daniel en medio de ese caos que el muchacho provocó…

Las manos que la apretaban la sacudieron. El dolor le punzó en el hombro y al abrir los ojos Lily se encontró sentada en la cama, contemplando el duro rostro de Dane.

—Oh, Dios —jadeó, marchitándose bajo su mirada y con el cuerpo mojado de sudor frío—. Oh, Dios —repitió.

—Sólo fue un sueño —le dijo Dane impaciente—. Un mal sueño.

—Sí —aceptó—. ¡Pero, oh, Dios, Dane —suspiró—, me parece que pasa un video en mi cabeza, una y otra vez!

—¿Recuerdas el accidente? —el colchón se hundió cuando él se sentó a su lado.

—¡Todo! —empezó a temblar con fuerza—. ¡No debió empujarme con esa violencia! ¡Debió salvarse!

—No puedes culparte por el acto de Daniel, Lily —le previno.

«¿No puedo?», pensó desesperada. Si Daniel no se hubiese detenido para empujarla, si hubiera saltado obedeciendo a su instinto, dejando que a ella la salvaran sus propios instintos, entonces, quizá… La chica se estremeció y Dane refunfuñó algo apretándola contra la solidez de su cuerpo.

—Dane —musitó triste—. Dane… Daniel murió.

Entonces se desmoronó… como Dane lo esperaba. El colapso, que habría ocurrido antes si no hubiera distraído su pena preocupándose por Mark Radley, se reveló en sollozos, en lágrimas que nacían de

muy adentro y que él temió que la ahogaran.

Maldiciendo en voz baja, le pasó un brazo por la cintura para apretarla contra sí; la cubrió con la colcha, tratando de ignorar el hecho de que la sudadera se había deslizado hacia arriba para descubrir unos muslos que le provocaban un placer calenturiento. Pasó saliva, tenso, abrazándola mientras ella lloraba.

—Oh, Dane —jadeó.

—Cálmate —le rogó, pues la emoción también empezaba a dominarlo. Y, porque lo necesitaba, hundió la cara en el cabello corto y sedoso, buscando el consuelo que, no importaba lo que sintiera por Lily, sólo ella podía proporcionarle.

—¿La señora se siente mal?

Dane alzó la cabeza, su rostro reveló la tortura de sus propios sentimientos al contemplar a Jo-Jo titubeando ante la puerta.

—Traeme coñac —le ordenó.

El oriental asintió y desapareció para regresar con una botella y una copa, segundos después. —Pobrecita —murmuró al descorchar la botella y servir una generosa porción de licor—. Lo amaba mucho, ¿verdad?

¿Lo amaba? Dane declinó contestar, aceptando la copa que le ofrecía su sirviente a quien luego despidió con un ademán. Ciertamente sentía algo por Daniel para llorar de esa forma. Pero, ¿amor? No podía aceptarlo. Mark Radley se lo impedía. Mark y la manera en que ella siempre… siempre acababa respondiendo a Dane, aunque la tratara con especial crueldad.

Una mujer enamorada no se apasiona por el cuerpo de otro hombre.

Con rudeza le alzó la barbilla y le puso la copa en los labios. Lily casi se ahogó cuando el licor se deslizó por su garganta, luego lo miró con ojos brillantes y acusadores.

—Esto acaba con la histeria, ¿eh? —se burló Dane, alzando las cejas.

—Algún día me vengaré de todas las crueldades que me has hecho —prometió ronca.

—Me encantará que lo cumplas —replicó.

Ella abrió la boca para atacarlo, pero de repente, cansado de esa pelea absurda, Dane colocó un dedo sobre los labios de Lily para callarla.

—Dejémoslo así por esta noche —sugirió seco—. Ya tuviste bastante. Ya tuve bastante.

—Sí —admitió, aunque las lágrimas le anegaron los ojos de nuevo —. Yo lo vi, Dane —susurró—. Vi… vi lo que ese auto le hizo. ¿Cómo voy a poder vivir con eso, sabiendo que pudo salvarse, si… si no hubiera perdido preciosos segundos para protegerme?

—¡Por el amor del cielo! —gimió; la pena y el horror de lo sucedido, lo hicieron empujarla contra las almohadas para inclinarse sobre ella.

—iEs mi culpa que haya muerto! —insistió Lily y lo golpeó con fuerza, como loca, con la amargura reflejada en sus ojos atormentados.

—No —le pescó las manos y las sujetó—. No, Lily —repitió—. Hablas para sacarte la angustia del sistema nervioso porque tu mente no puede aceptar tu gran dolor —con un dedo le enjugó las lágrimas que le humedecían las pestañas—. Date un poco de tiempo —le aconsejó.

Más lágrimas reemplazaron las que él acaba de borrar. Dane las estudió con oscura fascinación que no surgía de la tristeza que compartían. Entonces hizo lo que anheló desde el momento en que aparecieron por primera vez; inclinó la cabeza y las lamió.

Sintió que ella aspiraba, que su cuerpo se inquietaba en respuesta a ese contacto íntimo. En las últimas horas la acunó, la desnudó, la bañó y la obligó a beber coñac. Le gritó, la insultó, quiso abofetearla y, sin embargo, nada, nada de ese cúmulo de emociones se comparaba con lo que estaba experimentando en ese momento mientras se recostaba sobre ella, paladeando las lágrimas con la lengua.

Durante dos años ansió saborearla de nuevo. Lo ansió del mismo modo que un alcohólico se imagina paladear la próxima copa, sabiendo que envenenará su cuerpo, sabiendo que se trata de un acto prohibido. Y cuando el veneno del sabor de esa mujer lo recorrió, la soltó antes de que fuera demasiado tarde y perdiera hasta el último gramo de decencia que le quedaba.

—No, Dane —lo vio en sus ojos grises; el conflicto del adicto. Y tembló de nuevo, quedándose muy quieta, sin atreverse a respirar para no lanzarlo al precipicio; el captó la tibieza del cuerpo femenino, su suavidad, y recordó que no llevaba nada excepto la sudadera.

Aspiró, mientras el corazón le daba una orden tan vieja como el tiempo. Una de sus manos la posó sobre su muslo sedoso y sintió contra el pecho la presión gemela de los senos. La sudadera se enroscaba en su cintura, una cintura tan breve que deseó medirla con las manos, acariciar la piel, sentirla responder… responder a él, al igual que había respondido a otros hombres.

—Dios, ayúdame —suspiró y luchó contra ese deseo con todas sus fuerzas, mientras ella esperaba para saber qué parte de él había ganado la batalla, demasiado débil por el cansancio y demasiado inhibida por el trauma de sus emociones para ayudarlo.

Ambos temblaron, el aire que los rodeaba vibraba con una tensión casi palpable que se acoplaba al ritmo de su corazón. Dane apretó los dientes y contempló con enfado los hermosos ojos azules, paradespués

descender a la invitadora boca. Entonces, con el último jirón de voluntad, se apartó de ella y salió del dormitorio.

Lily lo vio desaparecer, con azoro. Iba a besarla. No por ira ni por un deseo de castigarla. No porque compartieran un momento de dolor mutuo… sino porque no podía impedirlo. Necesitaba besarla con una pasión cuya llama todavía los quemaba.

—Oh, Daniel —gimió cerrando los ojos—, ¿por qué permito que tu hermano me haga esto?

No recibió respuesta porque Daniel ya no estaba allí para ayudarla. Pero una pequeña voz en su interior replicó: «Te ha hecho lo mismo durante dos años. Entonces, ¿por qué esperabas que ahora fuera diferente?».

La frialdad los distanció al día siguiente, incitados por una actitud defensiva que los obligaba a protegerse para sofocar lo que bullía entre ambos.

—Debo volver a la granja —le dijo Lily a Dane, en voz baja—. Y también recogeré el auto de Daniel… —pasó saliva, controlándose— , en Chelsea.

La contempló al apartar la vista de los papeles que revisaba en su estudio. La joven aún se vestía con la ropa de su hermano y su rostro mostraba la desolación de la noche anterior.

—No puedes ir a ninguna parte —comentó, observando el verdugón de la mejilla, que parecía mucho peor esa mañana. Ella alzó la mano, de modo inconsciente, para cubrirse ese lado del rostro—. Estás hecha un desastre físico y emocional. A lo único que te dedi-caras en los siguientes días será a descansar; a volver a cargarte de energía y prepararte para lo que nos espera.

El funeral de Daniel. Lily se estremeció; su delgada figura pareció encogerse en sí misma, por el esfuerzo de protegerse de la aguda punzada del dolor.

—Habrá que organizar el entierro —susurró, temblorosa—. Y… y necesitaré ropa de luto, yo…

—No te comportes como una tonta, Lily —se burló—. Sabes muy bien que los arreglos para el funeral pueden hacerse desde aquí, por teléfono.

—Daniel quería que lo enterraran en Lefton —exclamó, sin comprender del todo esas palabras.

—Y así se hará —asentó paciente—. Pero hasta tú admitirás que estoy más capacitado que cualquiera para efectuar esos preparativos. Después de todo, he tenido mucha práctica en los últimos cinco años —primero su padre, seguido por su madre; hacía seis meses el

abuelo… Tomó aliento—. Sin embargo, no puedo salir de Londres en este momento —continuó—, y tú no debes conducir a la granja, por lo tanto…

—No quiero quedarme aquí—afirmó, ronca. —Pues no te queda otro maldito remedio —la atajó, obligándola a encogerse. Tenso, se puso de pie y recogió su chaqueta, la cual estaba tirada sobre una silla—. ¿Crees que no me di cuenta del estado en que entraste en el estudio? Apenas podías poner un pie delante de otro. Así que deja de esforzarte por actuar como la viuda independiente que sin duda serás y permíteme organizar el funeral, mientras tú lloras tu pena… por lo menos hasta que enterremos a mi hermano.

—¡Dios, eres un bastardo, tan cruel!… —se ahogó.

—Quizá —concedió—. Pero, verás, no puedo olvidarme de Mark Radley, ni de que corriste al refugio de sus brazos a la primera oportunidad que se te presentó. Así que tal vez tenga derecho a ser cruel contigo… para defender la honra de tu difunto marido.

«No corrí a los brazos de Mark», arguyó Lily en silencio. Se había refugiado en Dane. El… los ojos de la chica recorrieron malévolos, el duro y delgado cuerpo enfundado en un traje de negocios. Ese era su verdadero verdugo, el que la hacía pagar por todos sus pecados.

—Necesito ropa de luto —insistió.

Dane asintió, dirigiéndose hacia el desayunador, como si no pudiera alejarse de ella con rapidez.

—Jo-Jo irá a la granja para traerte lo que necesites —le informó— . Pero tú, Lily… —de repente se volvió para observarla amenazante—… tú te quedas aquí. No quiero que metas a mi empleado en problemas, convenciéndolo de que te lleve… y te prohibo que le llames a Radley en el momento en que Jo-Jo o yo salgamos de este apartamento —luego agregó con dureza—: Ese hombre ya recibió la mala noticia, ahora puede digerirla a su manera… pero sin la ayuda de la flamante viuda de mi hermano.

—Oh, vete… —se sofocó, asqueada de su cuñado y de sus insinuaciones—. Anda… —hizo un ademán despectivo—, continúa con lo que mejor haces, Dane: gana uno o dos millones más, mientras lloriqueas por Daniel, en las pausas del maldito mercado de valores.

El refunfuñó algo soez y luego irguió los hombros para soportar la amargura que permeaba la habitación llena de sol. Ambos debían dominar sus emociones, reconoció Lily, además de la antipatía que explotaba con tanta facilidad entre ambos.

—Regresaré para comer—le advirtió Dane al fin, con voz seca—. Haz una lista de lo que requieres de la granja y dásela a Jo-Jo.

Cuando la dejó, Lily volvió a llorar. «Lloras demasiado», se regañó secándose las mejillas con firmeza; después se levantó para beber una taza de café, lo único en que consistiría su desayuno. A pesar de las

intenciones de Dane de supervisar su vida, llamaría a las personas que debían recibir la mala noticia antes de que apareciera en el periódico. Llamaría a los amigos y los colegas de su esposo; y a sus propios padres, se recordó con el corazón estrujado.

Calculando la diferencia de horario, decidió comunicarse con sus padres tan pronto se fuera Dane. No le gustaba interrumpir su larga estancia en Australia, donde su madre convalecía después de una difícil enfermedad que al fin parecía estar bajo control; sin embargo, pensar que la noticia se publicaría en el diario matutino, al día siguiente, la obligó a actuar.

Su madre lloró al teléfono y Lily tuvo que dominarse para no unirse a su llanto.

—Me necesitas —sollozó—. Regresaremos a casa.

—¡No! —protestó Lily—. No mamá, escúchame. No quiero que vuelvas y que recaigas. Dane me hospeda en su apartamento y, entre los dos, estamos sobreviviendo —explicó de prisa.

—Dane cuidará de ti —los sollozos de su madre disminuyeron un poco. Al igual que la mayoría de las mujeres, no era inmune a la fuerza y al magnetismo que proyectaba ese hombre. Aprobó la situación, como Lily lo esperaba—. Pobre muchacho —añadió—, ya no tiene a nadie en el mundo… excepto a ti, Lily.

—Sí, me tiene a mí —aceptó ronca, pero se preguntó qué diría Dane acerca de ese comentario—. Y yo lo tengo a él. Eso facilita las cosas.

Y, por extraño que pareciera, Lily reconoció la verdad que encerraba esa afirmación… aunque no comprendía la razón. ¡No hacían más que insultarse en el momento en que se ponían en contacto!

—Ay, hijita —suspiró su madre, echándose a llorar de nuevo—, te comunicaré con tu papá…

—Hola, cariño —la saludó su padre, melancólico—. Lo siento muchísimo, Lily. La vida es muy injusta, ¿verdad? Pobre Daniel. —Sí —susurró.

—Ese muchacho significaba, para mí más que un yerno —murmuró—. Era mi salvador y lo voy a extrañar.

—Lo sé —las lágrimas le anegaron los ojos. Era consciente de lo mucho que le debía su padre a su esposo. —¿Cómo te sientes? —preguntó titubeante.

—So… sobrevivo —le dio la misma respuesta que a su madre y se preguntó cuántas veces la repetiría durante los siguientes días.

—Si nos necesitas para algo… para cualquier cosa, no dudes en llamarnos. Llegaremos en un momento y…

—Prefiero que no —le confesó—. Me las arreglaré mejor sin ma…

—«sin mamá bañándome con sus lágrimas», iba a decir, pero lo

cambió por un—: Me las arreglaré mejor sola. Su padre la entendió, sin embargo.

—Todavía está muy emotiva —admitió—. Su enfermedad la dejó así… demasiado vulnerable a las emociones para su propio bien. Pero sabes que te amamos, Lily, y que pensamos en ti.

—Sí —asintió de nuevo con la voz espesa, pues en ese instante deseó que la rodeara un poco de amor—. Gracias, yo también los quiero mucho.

—Entonces cuídate, cariño. Y ofrécele nuestras sinceras condolencias a Dane. —Lo haré.

Colgó el auricular para poder apoyarse en el escritorio de su anfitrión.

—Conmovedor —comentó una voz fría desde la puerta.

Lily alzó la cabeza de inmediato, con los ojos muy abiertos por la sorpresa de ver a Dane con una mano en el picaporte, observándola con expresión despectiva.

—¿Charlabas con tu amante? —se mofó.

—Más bien con mi padre —respondió, poniéndose tensa. La ira abandonó el rostro de su cuñado para reflejarse en el de ella. Estaba harta de que pensara lo peor sobre su conducta—. Como supongo que necesitas esta habitación regresaré a terminar de hacer mis llamadas más tarde.

—Lily… —Dane la detuvo del brazo cuando pasó a su lado—. Lo… lo siento.

—¿En serio? —sus ojos despidieron rayos azules.

—Regresé porque olvidé unos papeles y al oírte hablar en susurros me imaginé que… —se encogió de hombros y ya no habló pues sólo empeoraría la situación—. Quédate y llama —la invitó—. Sólo me quedaré treinta segundos, ni uno más.

La soltó, abrió el cajón del escritorio y sacó lo que necesitaba.

—¿Cómo están tus padres? —indagó, hojeando unos papeles—. ¿Cómo tomaron la noticia?

—Están tristes, desde luego —contestó odiándose por no poder apartar la vista de ese hombre. Aun volviéndole él la espalda, su agresiva masculinidad la estremecía. Con esfuerzo, comentó de manera normal—: Se encuentran en Australia, donde convalece mamá.

Al escucharla, Dane giró, con los ojos llenos de remordimiento.

—Lo siento —repitió—; olvidé la enfermedad de tu madre —suspirando se pasó una mano impaciente por el cabello—. No soy muy considerado en cuanto a ti se refiere, ¿verdad?

—Yo no me quejo —refunfuñó incómoda, ahora que lo había hecho sentir culpable. Dane no estuvo muy lejos de la verdad al lanzarle su acusación inicial. Si hubiera llegado unos minutos después,

la habría sorprendido hablando con Mark. ¡Y sólo Dios sabía lo que hubiera escuchado entonces!—. No puede resultarte fácil tenerme aquí, cuando te desagrado tanto.

—¿Desagradarme? —preguntó seco—. No recuerdo haber dicho que me desagradaras.

—Entonces me odias —se encogió de hombros con indiferencia— . Sólo trataba de decirte que aprecio tu… amabilidad.

—¿Amabilidad? —una actitud sarcástica reemplazó al remordimiento—. No creo que tú y yo vivamos en la misma frecuencia, Lily, si descubres un gramo de amabilidad en lo que digo o hago.

—Entonces, ¿lo haces por deber? —inquirió impaciente—. ¿Qué importa? Sólo intentaba agradecerte tu hospitalidad, al igual que cualquier otro de tus huéspedes.

—Ah —se mofó irónico—, en tal caso acepto tu gratitud. También deberías agradecer que no te di unas buenas nalgadas, como merecías, por abofetearme anoche. Lo único que te salvó —le informó, ante su expresión desafiante—, fue que ese pobre cuerpo tuyo ya había sido bastante vapuleado.

Lily se cubrió con una mano el verdugón de la cara.

—Bastante —repitió Dane—. Ahora, ven —le pidió.

—¿Para qué? —preguntó sin moverse.

—Tengo algo para ti —explicó.

—¿Qué? —insistió sin confiar en el súbito brillo de sus pupilas grises.

—Tu libro de direcciones —contestó con inocencia, tendiéndole una libretita.

Lily se acercó y en el momento en que estiró la mano, Dane retiró la suya y la pescó de la cintura con el otro brazo.

—Ay —se quejó—, ¿qué crees que haces?

—Soy amable —bromeó y retrocedió para apoyarse en el escritorio, pero sin soltarla. De pronto se puso serio y en sus ojos se filtró una extraña suavidad que la conmovió—. Te sentías muy mal cuando entré aquí y yo te ataqué. Discúlpame.

—Ya me pediste perdón dos veces —repuso, bajando la vista pero no hizo ningún esfuerzo por separarse de él, como debía. Dane también captó esa debilidad.

—Lo sé, pero quiero que te des cuenta de que hablo con sinceridad —insistió el magnate.

—Te creo.

—No, claro que no —negó—. Nunca sabrás cuánto siento, Lily, que las cosas no puedas ser distintas entre nosotros.

—Dane… por favor… —las lágrimas le inundaron los ojos al mirarlo suplicante—. ¡Por favor, no seas amable conmigo! —se ahogó

—. Sólo empeorarás esta situación.

—¿A qué te refieres con *empeorar la situación* Lily? —indagó—. ¿A esto? —y acercó la boca hasta sus labios en un tierno beso.

Desde luego. «Esto», era ese abrazo que ella había ansiado desde hacía años; «esto» hacía zumbar sus emociones cada vez que se encontraban en la misma habitación; «esto» impidió que se despidieran la noche anterior para evitar que «esto», ocurriera esa mañana. Y «esto», había convertido los dos últimos años en un infierno, deseando, esperando, sabiendo que no podía ser. «Esto», al final, la llevó a rogarle a Daniel que le devolviera la libertad para que todos volvieran a sentirse completos y puros de nuevo, en lugar de sucios por un engaño que jamás debió existir.

Ambos tenían dificultad para respirar cuando al fin separaron sus bocas.

—Ahora —murmuró él, hablando contra los labios de la joven—, realmente actué con mucha amabilidad, ¿verdad? Beso a la viuda de mi hermano cuando él acaba de morir —Lily se separó entonces, con violencia, odiándolo por sus bromas crueles—. ¿No crees que debes descartar las demás descripciones dulzonas que me ensartaste, como las de compasivo y servicial, ahora que te he recordado que soy una rata?

No le contestó; no podía. Tenía la garganta cerrada por la culpa y la vergüenza. El mencionó a Daniel, pero si se hubiera callado, ella no le habría dedicado un pensamiento a su marido. ¡Ni siquiera uno!

Dane se enderezó, puso la libretita de teléfonos sobre el escritorio y recogió sus documentos.

—¿Por qué? —explotó la joven, cuando Dane se dirigía hacia la puerta—. ¿Porqué persistes en atormentarme de este modo?

—Tú te atormentas, Lily —la acusó con frialdad—. Cada vez que me miras con hambre en los ojos te atormentas. Yo sólo soy un bastardo que se contenta con saborear lo que le ofreces.

—Bastardo, esto te describe con toda justicia —repuso con asco.

—¿Mejor que compasivo? ¿Mejor que amable? —indagó con crueldad desde la puerta.

Ella se volvió y la carcajada de Dane le recorrió la espalda, aún después de que cerró la puerta. Dane la odiaba… pero Lily no entendía por qué su actitud la hería, si siempre supo que la detestaba.

Las lágrimas que aparecieron en sus ojos con tanta facilidad resbalaron por sus mejillas. Sollozó, las enjugó con el dorso de la mano y… de pronto, sintió la tibieza de esa mano que todavía guardaba el calor del cuerpo en que se apoyó.

CAPITULO 5

Lily hizo sus llamadas y luego apretó la boca. Necesitaría dominarse para la siguiente, pues marcaría el número de Mark. No hubo respuesta y eso la preocupó. Dejó que el timbre sonara y sonara con la esperanza de que él estuviera allí y al final accediera a contestar. El teléfono estaba conectado; ella misma lo hizo, obligando a Mark a prometerle que no lo desconectaría ya que ella podría necesitar ponerse en contacto con él. Pero su persistencia no logró el objetivo que perseguía y al final se rindió. Suspirando de cansancio, se prometió insistir a intervalos y luego se concentró en escribir la lista para Jo-Jo y entregársela.

El oriental la tomó y, con una sonrisa, Lily le expresó su agradecimiento.

—Perfecto —dijo él—. Le llamaré a su ama de llaves para que prepare su equipaje. El jefe lo recogerá más tarde.

—Pensé que Dane le ordenó que usted lo hiciera —objetó frunciendo el ceño.

—¿Se ha mirado al espejo, señora Norfolk? —preguntó con suavidad—. El jefe tuvo razón al decidir que no se quedara sola. Se encuentra muy mal.

¿Dane decidió eso? ¿Cuándo?, se preguntó. ¿Antes de humillarla?

—¿Por qué no se mete en la cama —sugirió Jo-Jo—, y deja que el jefe y yo nos encarguemos del resto?

—Sí —susurró—, creo que lo haré.

Lily trató de comunicarse con Mark una vez más, antes de obedecer. Tampoco hubo respuesta, así que se llevó la preocupación a la cama y, al despertar por la tarde, aún seguía pensando en Mark.

Marcó el número varias veces, pero obtuvo el mismo resultado. Quizá debía visitar a Mark de nuevo, pero el miedo de que Dane la descubriera la obligó a recapacitar. No podría soportar nuevas acusaciones por parte de su cuñado. Y Mark, lo sabía, se desmoronaría ante el interrogatorio de Dane; acabaría por contarle todo… aunque sólo fuera para justificar su derecho a sufrir por el ausente.

Sin embargo, ya era demasiado tarde para «lavar los trapos sucios en casa».

Dane no fue ni a comer ni a cenar, alegando problemas de trabajo. Pero Lily adivinó que la presión que juntos generaban lo mantenía

lejos de casa y le agradeció el respiro que le daba.

Ya acostada, se preguntó si su cuñado habría buscado el consuelo de otra mujer. Y ¿por qué no?, se preguntó mientras el aguijón de los celos la torturaba. Judy Masón personificaba la idea que tienen los hombres del consuelo y estaba disponible… más que disponible, a juzgar por su presencia en el apartamento, la noche anterior.

Pasaría toda la noche en brazos de Dane. El la besaría, después de amarla. Lily enterró la cara en la almohada, odiándose por lo que era, por aquello en que se había convertido: una mujer que vivía una mentira.

Se encontraron ante la mesa del desayunador, a la mañana siguiente. Lily asumió que había regresado al amanecer y se moría de ganas por preguntárselo, pero se contentó con lanzarle una sonrisa fría.

—Veo que ya recibiste tu ropa —observó, levantando la vista del periódico que leía y la revisó de prisa.

—Sí… gracias por enviarla —musitó Lily, pasándose una mano nerviosa por la blusa blanca.

Se sirvió café y lo bebió en silencio, pues la actitud de Dane le indicaba que no deseaba iniciar una charla superficial. Después de un rato él la sorprendió observándolo y ella se sonrojó. Las pupilas de Dane eran heladas; sin embargo, ella sabía lo apasionadas que podían volverse, convirtiéndose en profundas llamas de deseo que la taladraban…

—Ya hice los trámites necesarios —informó Dane, sobresaltándola —. El funeral se efectuará el viernes. Le pedí a tu ama de llaves que prepare una comida ligera para aquellos que deseen acompañarnos hasta la granja después del entierro. El cortejo partirá de allí.

Lily asintió, aceptando sus disposiciones sin discutir. Si fuera sincera, admitiría que la tranquilizaba que él se encargara de ese horrible trabajo.

—La señora Jakes me informó ayer que no encontró nada adecuado para que usaras durante el funeral —agregó.

Negro, desde luego. No tenías nada negro. A Daniel no le gustaba ese color. «Es un tono tenebroso, Lily. Me recuerda a los muertos. Y me molesta que te vistas de negro».

La joven se estremeció.

—Así que sal y compra algo adecuado —sugirió poniéndose de pie —. Te dejaré en manos de Jo-Jo. El te conducirá adonde quieras — metió la mano dentro de la chaqueta y sacó una fina billetera de cuero —. Ten —dijo arrojando un fajo de billetes sobre la mesa—. Úsalo para…

—¡No! —repuso levantándose de un salto ante ese insulto—. Yo pagaré por lo que compre —le advirtió, furiosa—. Así que recoge ese dinero.

—¿Te refieres a que pagarás con el dinero de Daniel? —indagó alzando las cejas ante la indignación de la joven.

Ella se sonrojó, no de vergüenza, sino de ira.

—¡Con mi propio dinero! —lo corrigió—. Quizá Daniel era un gran conocedor de caballos, Dane, pero sabes perfectamente bien que yo administraba el criadero, convirtiéndolo en un negocio rentable… por lo que recibía un sueldo bastante elevado. Así que yo pagaré por mí ropa —tomó los billetes y se los arrojó—. ¡Y no te atrevas a humillarme de esa forma de nuevo!

Dane la volvió a observar, pero la expresión del millonario no le reveló nada a Lily. Después asintió, cediendo.

—De acuerdo —afirmó y guardó el dinero en su billetera, antes de caminar hacia la puerta—. A propósito, encontré a Radley en la granja cuando llegué allí, ayer. Estaba haciendo su equipaje.

La inquietud la sacudió y tuvo que luchar por mantener el rostro bajo control.

—¿Qué le dijiste? —algo en su gesto de satisfacción le indicó que no había dejado a Mark solo con su pena.

Su anfitrión encogió sus elegantes hombros y descartó a Mark, como si no importara.

—Pues… le agradecí su tacto —se mofó con ternura—. Después de todo, parece darse cuenta de que se vería muy mal si siguiera viviendo en el criadero, como tu amante, bajo el mismo techo del que fue tu esposo… aunque esa decisión haya llegado demasiado tarde para salvar la honra de Daniel.

Cerró la puerta con suavidad y Lily se hundió en una silla, mientras el alivio se mezclaba con una sensación de impotencia que la debilitaba por completo. Ese arrogante no vio, ni entendió nada, como de costumbre, ciego a lo que no quería comprender.

Por lo menos ahora sabía dónde había estado Mark el día anterior, aunque el enfrentamiento con Dane no la tranquilizaba en lo más mínimo. ¡Oh, Daniel, pensó agotada, pobre de Mark! Pobre de ese perdido y desgraciado hombre.

La pequeña iglesia del pueblo de Lefton estaba atestada. Laspersonas del área fueron a presentarle sus respetos a DanielNorfolk, a quien conocían desde hacía años, ya porque trabajaron con él, porque se relacionaron alguna vez con la familia terrateniente.

El féretro, ante el altar, estaba cubierto por coronas de flores. Lily tembló al acercarse a Dane, buscando instintivamente el consuelo de la persona más cercana. El le pasó el brazo por los hombros, pues a

pesar de lo que sentía contra ella, no le negó su apoyo en esa hora de soledad.

—¿Todo bien? —musitó.

La joven asintió pasando saliva, agradeciendo que el sombrero de ala ancha ocultara su rostro.

—Resiste un poco más —le pidió Dane, alentándola y, para sorpresa de la chica, la tomó de una de sus frías manos.

Por alguna razón, ese gesto la conmovió muchísimo. Las lágrimas, siempre al acecho, le anegaron los ojos, mientras el ministro iniciaba el servicio.

—Nos reunimos aquí, bajo la mirada de Dios, para despedirnos de…

Lily se apoyó en Dane al salir del templo. Confió en él para que la guiara al cementerio y luego a la limosina que los llevó a la granja. Jo-Jo los esperaba en la sala y les ofreció una copa.

—Bebe —le ordenó Dane a Lily, observándola.

—¡Dios bendito! —tosió después del primer sorbo—. ¿Qué es esto?

—Tu bebida favorita antes de dormirte —se mofó su cuñado.

—Aguardiente —se estremeció al reconocer el horrible sabor—. ¿Para todos? —preguntó curiosa.

—No, sólo para aquéllos que lo necesiten. Así que termínatelo, Lily —repuso contemplando el salón que empezaba a llenarse de gente—. Todavía nos quedan dos penosas tareas que cumplir.

Se refería a la lectura del testamento, desde luego, y a… la velada después del entierro. Y realmente fue una tarea penosa charlar con todas esas personas, cuando lo único que ella deseaba era correr a esconderse en cualquier rincón. Sin embargo, una vez más Dane le ofreció su apoyo; la obligó a seguir adelante, conduciéndola de grupo en grupo para que agradeciera las atenciones que recibía y aceptara las condolencias.

La joven pensó que se sofocaría por la tensión y al fin se excusó para subir a su dormitorio a refrescarse.

Lily esperó que Mark apareciera en el funeral, pero éste no lo hizo; aunque él debió asistir, no importaba lo mal que se sintiera, para hacer las paces con el hombre que…

Pasando saliva se volvió de pronto para descubrir a Dane, observándola, a unos pasos de la puerta.

—¿Ya es hora? —preguntó Lily.

—El señor Trent nos espera en el estudio —asintió.

—Yo… —bajó la vista, queriendo llorar de nuevo, aunque no por Daniel, ni siquiera por Mark, sino por sí misma. ¡Amaba tanto a su cuñado, a ese hombre prohibido!—. Dame un momento —le pidió, acercándose al tocador con el pretexto de pasarse un peine por el cabello, pero más bien fue con el fin de aprovechar esa excusa y

recuperar sus fuerzas para enfrentarse a él de nuevo.

—¿Aquí duermes?

—¿Qué? —la pregunta la sorprendió—. Ah, sí —recorrió el dormitorio con la mirada, esa habitación que consideró su hogar durante dos años—. Admito que no es muy moderno —reconoció interpretando el ceño fruncido de Dane—, pero en esta vieja casa no lucen bien los muebles estilizados.

—No pensaba en eso —la atajó—. Sólo me sorprende que tú y Daniel escogieran este dormitorio, habiendo otros más grandes en la parte posterior de la granja. Allí habrían estado más cómodos.

Oh, Lily se volvió hacia el espejo. Nunca se le ocurrió que objetaría la distribución de las habitaciones y ahora se mordió el labio inferior preguntándose cómo le contestaría.

Dane solía visitar la granja durante los fines de semana antes de que ella se casara con Daniel, pero desde ese momento él jamás volvió a hospedarse en la casa. Así que no sabía que…

—Quiero decir, el dormitorio de soltero de Daniel estaba al lado de éste —añadió de pronto—. Así que si preferías la vista del campo, ¿por qué no se quedaron allí?

—Me gusta más éste —murmuró cortante.

—¿Por esa razón Radley se apropió del de Daniel?

Lily frunció el ceño, ignorando qué decir. *¿Eldormitorio de Mark?* ¿Quién le dio esa idea?

—¿El también conocía mucho de caballos?

—¿Quién, Mark? —parpadeó, dominándose y agradeciendo que Dane no insistiera en que le contestara la otra pregunta, pues no tenía respuesta—. Debió ser así o no habría sido capaz de pintarlos con tanta perfección.

Mark era un artista, cuyo talento le proporcionaba un medio agradable de vida, pues los ricos propietarios de los caballos de carreras le pagaban lo que pedía por plasmar en un lienzo a sus campeones.

—No vino al funeral —agregó Dane en voz baja.

—Lo sé —Lily dejó de peinarse para contemplar su propio reflejo; la preocupación por Mark le ensombreció los ojos de nuevo.

—Quizá le remuerde la conciencia…

—O quizá no quiso molestarte —propuso, lanzándose a la defensa de Mark—. A ti no te habría gustado que se presentara aquí.

—Cierto —aceptó—. Lo cual no implica que tuviera que mantenerse alejado —indicó, sugiriendo que Mark era un cobarde. Lily concedió con pesadez que acaso no se equivocaba en ese punto—. Debió venir a apoyarte —la joven apretó los labios, negándose a replicar—. Además creo que se le menciona en el testamento de Daniel.

Otra pulla, que Lily también rechazó, negándose a morder el anzuelo. En lugar de ello, prefirió alisar su vestido negro, pues la hostilidad empezaba a zumbar entre ambos otra vez.

Entonces lo oyó suspirar y a|zó la vista, dulcificando su expresión al descubrirlo apoyado contra la puerta, frotándose la cara, agotado.

Dane apenas había estado en su casa durante los últimos tres días con sus noches, aunque ella ignoraba en dónde había estado durante ese tiempo. Ahora la tensión se le notaba cada vez más y los planos sólidos de su cara se marcaban con la fatiga y el hundimiento de los ojos.

Lily hizo un gesto y se tocó el rostro. Estaba mejor, el púrpura verdugón dio paso a un verde espantoso, aunque ya no le dolía; tampoco el hombro. Físicamente empezaba a recobrarse del accidente.

En el nivel emocional era otra cosa.

Lily abrió un frasquito de su tocador y tiró de un pañuelo desechable húmedo.

—Ten —murmuró, apretando el paño refrescante contra la frente de Dane—. Esto te aliviará un poco…

—¿Por qué te casaste con él, Lily? —inquirió de pronto—. ¿Cómo pudiste proseguir con esta farsa y casarte con mi hermano, cuando desde un principio sabías lo que sucedía entre nosotros?

—Amaba a Daniel, Dane —repuso. Sus dedos temblaban… Y no mentía, se dijo en silencio. Lo amaba a su manera.

—Pero me deseabas.

Lily quiso negarlo, luego se detuvo sonriendo con malicia. ¿Merecía la pena? El comprendería que no podían estar a tres pasos de distancia sin que empezaran a sudar.

—Cabello rubio, ojos azules y una sonrisa dulce —señaló—, rostro de ángel y cuerpo de sirena. Sólo afea el cuadro la ambición mercenaria que te caracteriza. De otra manera te consideraría casi perfecta.

—¿Perfecta? —repitió la palabra para lanzársela con desprecio—. Nadie es perfecto… ni siquiera tú, Dane.

—Nunca te perdonaré por engañar a Danny —continuó como si ella no hubiera hablado—. Nunca te perdonaré que te hayas casado con él a sabiendas de lo que yo podía hacerte sentir. Y nunca, Lily, te perdonaré por descubrirme que mi hermano era un pobre pelele, un hombre patético, por permitir que continuaras con tu aventura amorosa bajo el techo conyugal.

—Por favor, Dane —murmuró, entendiendo al fin—, no te enfades con Daniel. Enfurécete conmigo, pero no con él. ¡Lo amabas mucho!

—¡Oh, Dios! —gimió, empujándola, mientras que con la otra mano se limpiaba los ojos húmedos.

—Dane… —intentó acercársele, pero él le volvió la espalda.

—En cinco minutos —advirtió con un gruñido—. Te esperamos en el estudio en cinco minutos —y salió dejando a Lily temblando con una mezcla de dolor por su desprecio y compasión por el hombre que se consideraba demasiado importante para llorar por la pérdida de su hermano.

Entró en el estudio para descubrir que el señor Trent, alto, delgado y de rostro enjuto, hojeaba nervioso los papeles sobre el escritorio de Daniel.

Lily avanzó con cautela y se sentó en una de las dos sillas colocadas ante el escritorio. Entrelazó las manos y esperó a que Dane ocupara su lugar:

El abogado leyó el testamento; pequeños regalos de agradecimiento a algunos empleados de la granja que trabajaban allí desde tiempos de su abuelo y que permanecieron fieles a Daniel y a la familia.

—A estas personas se les informará por separado —explicó el señor Trent—, pero el resto, lo que constituye el grueso de la fortuna del señor Norfolk, se lo deja a su esposa, la señora Lily Norfolk.

—¿Que? —la joven se puso de pie de un salto—. ¡Eso no está bien! —exclamó. Pequeñas explosiones de alarma se registraban en su cerebro—. Se suponía que todo pasaría a manos de Dane.

—Muy convincente —se burló el aludido, ante esa protesta.

—¡No miento! —se volvió hacia él, con los ojos brillantes por la sorpresa. ¡No podía creer lo que pasaba!—. Hablamos sobre esto… justo después de la muerte de tu abuelo y decidimos… —se interrumpió antes de destruir su propia imagen por completo, ante los ojos de Dane—. Y… Daniel decidió que debía hacer su testamento —se corrigió apresurada—. A mí me daría una suma de dinero… una buena suma de dinero —repitió—. Pero el resto…

—Su esposo fue muy específico, señora Norfolk —presintiendo que se desencadenaría una discusión familiar, el abogado le cortó en seco —. Existen ciertas condiciones, desde luego —continuó—. El criadero de caballos le pertenecerá… hasta que se vuelva a casar. En ese momento pasará a manos de los Norfolk… a las manos del señor Dane Norfolk para ser precisos. A su esposo le preocupaba su seguridad, en caso de que algo le sucediera a su hermano —murmuró tranquilizando a Lily—. En el supuesto caso de que se case de nuevo, se le entregará la suma de dinero que menciona… —nombró una cifra que hizo exhalar a Lily, y Dane gruñó con desprecio—. Esta cantidad la administrará por el momento el señor Dane Norfolk hasta que recupere el criadero de caballos. Recibirá, además, las acciones o

participaciones que poseía su difunto hermano en Empresas Norfolk…

Pero Lily ya no escuchaba. No podía comprender… no captaba por qué Daniel se retractó de todo lo que decidieron juntos y le dejó la granja y el dinero a ella. Sentía que los ojos de Dane la taladraban, duros, cínicos y acusadores, adivinaba lo que pensaba y se ruborizó.

—… y una pequeña propiedad que el señor Norfolk poseía en Chelsea —continuó el señor Trent—, la hereda a su buen amigo el señor Mark Radley, con una suma de dinero.

«¡Oh, Dios!», pensó Lily desesperada. Daniel volteó todo al revés. Creía que ella se quedaría con la casa de Chelsea… Pero, ¿por qué cambió de opinión su marido?

—¿Chelsea? —igual que Lily un momento antes, Dane se puso de pie de un salto, con el ceño fruncido—. ¿Cuál casa en Chelsea? —entonces, antes de que el abogado pudiera contestar, volvió la cabeza para fulminar a Lily con una mirada amarga—. No necesito que me lo digan, ¿verdad? —la retó con acidez.

—No —contestó—. Ya sabes la respuesta.

—Radley —escupió—. El maldito de Mark Radley vive allí.

El señor Trent carraspeó nervioso.

—El señor Norfolk también le deja al señor Radley efectos personales, enumerados en una carta privada en posesión de la señora Norfolk. Con esto concluimos los legados. Como pueden ver —agregó—, no se trata del testamento de un hombre que esperaba morir joven. El sólo pretendía tener cierta seguridad contra una tragedia.

Se levantó de su asiento con una prisa que delataba que era consciente de la explosión que quizás estallaría en el salón, y su deseo por irse antes de que los dos herederos empezaran a pelear. Metió los papeles en un viejo portafolio, rodeó el escritorio y le tendió la diestra a Lily.

—Permítame ofrecerle mis más sinceras condolencias, señora Norfolk —murmuró solemne, estrechando los dedos helados de la viuda—. Si necesita algo… cualquier cosa, por favor, llámeme

—Sí y gracias —tartamudeó Lily consciente, al igual que el abogado, de la hirviente furia de Dane. Le cosquilleaba la espalda que mantenía rígida—. Gracias por todo, señor Trent.

Con una rápida mirada y una breve inclinación de cabeza en dirección a Dane, el abogado salió del estudio y cerró la puerta.

El silencio reinó. Lily cruzó los brazos sobre su pecho y se hundió en la silla. No podía creerlo. No podía creer que Daniel hubiera tomado tales decisiones. Sabía que no quería esa granja. Como también debió saber que ese testamento causaría problemas con su hermano.

—Pues así están las cosas —comentó Dane, sofocando la ira.

Caminó hasta un gabinete, abrió una licorera de cristal y se sirvió una copa—. Sólo tuviste que fingir que eras un ángel dulce y tierno durante dos años antes de sacarte la lotería. No te fue mal, Lily, nada mal…

CAPITULO 6

YO no ambicionaba esa herencia —gritó Lily, abrazándose para dominar los temblores que la sacudían—, ni el criadero de caballos, ni el dinero… ni nada.

—«La dama protesta demasiado, creo yo» —se mofó Dane citando a Shakespeare.

—Es verdad —declaró ella—, y Daniel lo sabía —lo cual no aclaraba esa situación en lo más mínimo. «¡Me ató!», pensó de pronto sobresaltada. «Me ató a este maldito lugar porque adivinaba que yo quería librarme de esto e irme»—. Si quieres que te confiese algo… ¡odio esta granja! —exclamó, poniéndose de pie.

—¿En serio? —se burló con cinismo—. ¿Y desde cuándo eres tan sincera, Lily?

«Desde este momento», replicó en silencio y furiosa.

—Si hubiera una manera de alterar lo que Daniel hizo, la pondría en práctica.

—La hay —dijo Dane observándola, mientras ella se movía por el salón, impaciente. Su agitación lo intrigaba pues no sabía qué la causaba—. Cásate con Radley. Entonces la herencia volverá a mismanos.

—¿Qué? —volvió para contemplarlo, con una expresión tan cómica que él casi se ríe—. ¿Casarme con Mark? —se ahogó, incrédula.

—Ha sido tu maldito amante desde hace demasiado tiempo —se encogió de hombros—. ¿Por qué no legaliza la situación ahora que Daniel murió?

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que Mark no es mi amante? —se exasperó, cerrando los ojos para recobrar un poco de autocontrol.

—Cuantas quieras, pero yo no te creeré de ninguna manera —afirmó Dane—. ¿Cómo le hacías, eh? ¿Esperabas a que Danny se durmiera para escabullirte del dormitorio y meterte en la cama de Radley?

—¡No digas barbaridades! —jadeó.

—Me parece una barbaridad mayor que tu amante haya dormido en la habitación contigua a la tuya.

—Me niego a seguir oyéndote —se volvió hacia la puerta, sentía las piernas temblorosas.

Pero Dane la atajó; cerró la distancia que los separaba, a la velocidad de la luz, y con una mano la tomó del brazo, obligándola a girar.

—Ah, no, no te irás —advirtió amenazante—. No te irás sino hasta que me des una explicación razonable acerca de por qué Radley tenía un dormitorio que se comunicaba con el tuyo.

—¡Claro que no! —exclamó—. Dormía en su estudio cuando se quedaba aquí —una habitación que construyeron en el segundo piso de la casa.

—Te olvidas —persistió Dane— de que lo pesqué con las manos en la masa el otro día —la chica saltó y él apretó la boca con una sonrisa de satisfacción—. El ama de casa dejó la maleta en tu habitación, para que yo la recogiera. Así que entré en tu dormitorio… en lo que asumí que era tu dormitorio y el de Daniel —rectificó con sequedad—. Allí me encontré a Radley, sentado al escritorio, sacando sus cosas.

Lily se humedeció los labios y el corazón pareció salírsele del pecho. Pisaba en terreno muy poco seguro.

—Las cosas de Daniel —lo corrigió, ronca—. Era… era el dormitorio de Daniel. Mark revisaba las pertenencias de Daniel.

—¿De Daniel? ¿Y qué maldito derecho tenía de revisar las pertenencias de mi hermano?

—Ya oíste el testamento de Da… Daniel —repuso nerviosa—. Le dejó ciertas cosas a Mark. El sabía cuáles eran y vino a llevárselas.

—¿Con el permiso de quién?

—Yo… —Dios, cerró los ojos. Con el permiso de nadie, admitió en silencio. Lo hizo para ahorrarle un mal rato a ella. Lo hizo porque ya había decidido no asistir al funeral de Daniel y que esa visita sería la última.

Pero, Dios, ¿cómo aclararle todo eso a Dane sin tener que darle más explicaciones o defenderse de nuevas acusaciones?

Las piernas se le doblaron de pronto y la energía que necesitaba para contraatacar desapareció. Se tambaleó, mareada, sin que él la soltara.

—¿Puedo sentarme… por favor? —murmuró, llevándose una mano temblorosa a la cabeza—. De repente me siento un poco…

—¡Maldición de Satanás! —refunfuñó Dane, apretándola contra sí cuando la joven se desmayó—. ¡Que el diablo te maldiga y te lleve al infierno, Lily!

La levantó en brazos, salió del estudio y la llevó a su dormitorio. La puso sobre la cama.

Sobre la cama de Lily… ¿sobre su propia cama? Algo se le movió en su interior obligándose a abrir la puerta del guardarropa. Ella decía que allí dormía Daniel. Que era la habitación de Daniel. Su mirada recorrió el contenido del guardarropa; la ropa de su hermano la

reconocería en cualquier parte. Los libros de Daniel, en las repisas de las paredes. Se acercó a la cama y vio varias fotografías enmarcadas, sobre la mesita contigua al lecho. Lily con su vestido de novia, riendo con Daniel. Dane mismo, montando uno de los caballos del abuelo.

Dane apretó los dientes, mientras un pozo de emoción se abría en su alma. Alzó otra foto y la ira lo quemó. Lily le sonreía a un hombre que la rodeaba con los brazos; Radley correspondía a esa sonrisa. Colérico, Dane se volvió y lanzó la foto contra el muro observando que el marco y el vidrio se rompían en mil pedazos.

¿Por qué Danny conservaba una foto de ese tipo al lado de su cama? ¿Estaba ciego? ¿Totalmente ciego a lo que pasaba a su alrededor? ¿Por qué él y Lily dormían en habitaciones separadas?

Decidido a contestar esas preguntas, no importaba cuánto asco le inspirara Lily, se dirigió hacia el dormitorio de la joven.

Entonces se detuvo, conmovido por la imagen de Lily, pequeña e indefensa, recostada sobre la cama. El vestido de luto acentuaba la fina calidad de su piel. Los ¡jares se le contrajeron a Dane y cerró los puños, despreciándose por responder de forma instintiva y básica en un momento como ése.

Se paró ante la ventana, con las manos metidas en los bolsillos, para contemplar el jardín, esperando a que ella recobrara el conocimiento.

Un suave suspiro lo incitó a volverse. Lily se frotaba la frente con sus largos y blancos dedos. Lo vio observándola, y entonces recordó.

—Necesito un vaso de agua —murmuró tratando de levantarse, pero el dormitorio pareció girar y ella tuvo que cerrar los ojos de nuevo.

—Espérame aquí —ordenó él—. Yo te lo traigo —Dane se dirigió al baño y Lily se recostó de nuevo.

Dane regresó y se sentó al lado de la joven, le pasó una mano por la nuca y la ayudó a beber. Cuando Lily le indicó que estaba satisfecha él no se movió, contentándose con poner el vaso sobre la mesita de noche.

La miró de pronto y sus ojos se unieron. A ella se le cortó el aliento… la deseaba. Lo deseaba. Eso no cambiaría aunque ambos persistieran en negarlo.

¿Y si cedía, si se entregaba a ese hombre, la necesidad desaparecería?

No lo creía. Quizá en él. Dane era un macho muy sensual. Sólo tenía que ver la larga lista de mujeres que pasaban por su vida para comprobarlo. Pero ella… ¿de qué manera reaccionaría?

—Contéstame una cosa —exigió Dane irritado—. ¿Por qué tú y Daniel tenían habitaciones separadas?

Desesperada Lily cerró los ojos para borrarlo, para hacerlo

desaparecer.

—Tú mismo dijiste, alguna vez, que Daniel no era muy apasionado —contestó sin modulaciones.

—¿Así que por necesidad tomaste a Radley como amante?

No tenía idea de dónde había salido esa ira, a menos que fuera de los pocos momentos de sinceridad que compartieron a través de sus miradas, apenas unos segundos.

—jEstoy harta de que me obligues a justificarme ante ti! —gritó—. ¡Esto no te importa, maldita sea, no te importa un comino¡

—Me importa que hayas engañado a mi hermano —siseó sacudiéndola—. ¡Tú y Radley, contemplándose con adoración, antes de que te casaras con Daniel! —la sacudió de nuevo, lastimándole los antebrazos con los dedos—. !Los dos mirándose a los ojos en la foto que mi hermano guarda al lado de la cama! ¡Eso convierte a mi hermano en un imbécil… un ciego imbécil!

—Oh, Dios —inhaló temblorosa—. Daniel no era ningún imbécil —susurró cansada—. Y tú lo sabes. ¡Tú eres el maldito ciego!

—¿Yo? —se ahogó, incrédulo—. ¿Cómo puedo estar ciego, cuando vi a través de tu disfraz desde el principio?

—Viste lo que querías ver —lo corrigió.

—¿Y qué fue? —la retó.

No. Lily apretó la boca para no decirlo. ¡No lo atacaría!

—Vamos —la retó—. Acabas de hacer una afirmación muy provocativa y quiero que me la expliques. ¡Explícame, maldita sea! —explotó cuando ella continuó sentada, con los labios apretados.

—Suéltame —exigió.

—Primero me refundiré en el infierno y después te suelto —sentenció, oprimiéndola con más fuerza—. Quiero que escupas toda la maldita verdad.

—¿Cuál verdad? —el dolor y la ira marcaban el fin de su control—. ¿Tu verdad o la verdad de la realidad? Tu verdad dice que yo miento, que hago trampas, que duermo con cualquier hombre que me lo proponga. ¿Eso quieres oír, Dane? ¿Eso? ¿Eso?

—Sí —siseó—. Eso quiero oír —se impulsó y la cubrió con el cuerpo, inmovilizándole el cuello con las mano, manteniéndola prisionera mientras su mirada la quemaba—. ¿Te acostarías con cualquiera, Lily? ¿Con cualquiera? Entonces creo que ha llegado mi turno… hace mucho que pasó mi maldito turno.

—No…

Dane inclinó la cabeza, cortando sus protestas, exigiendo una respuesta hambrienta de su víctima. Pero Lily se negó a darla, luchó por no dársela, retorciéndose, golpeándolo con los pies y puños, moviendo la cabeza de lado a lado con la intención de evitarlo.

Dane contuvo cualquier intento de escape. La tensión sexual

aumentó, hirviendo en esa cálida masa de furia indómita.

La forzó a abrir los labios y al apoderarse de su boca se desató una intimidad caliente que la sacudió como una explosión. Ella gimió, después se arqueó con sensualidad, permitiéndose que su cuerpo lo buscara. Dane emitió un gruñido de triunfo.

—Calma, Lily calma —se mofó cuando ella se derritió debajo de sus piernas.

«Sí», reconoció desesperada. «Debo calmarme para no facilitarlelas cosas».

Dejó de luchar, las piernas de ambos se enlazaron con pereza; Lily sintió que los muslos tensos, fuertes, se pegaban a los suyos mucho más sensibles y cortos. La delgada tela del vestido negro no fue una barrera pues captó la dura evidencia del deseo que surgía en su oponente y que multiplicaba su propia pasión.

Exhaló el nombre de Dane, rodeándolo con los brazos, desesperada por palpar su carne desnuda. Pero se lo impedía la camisa. Tiró de la prenda y profundizó el besó, no queriendo perder contacto con ese hombre, aterrada ante la posibilidad de que la realidad se introdujera entre ambos y los golpeara con el hecho duro y frío de lo que estaban cometiendo.

Dane refunfuñó, deslizó la mano entre sus cuerpos para sacar la camisa y desabotonarla. Alzó a su compañera, poniendo la mano bajo su espalda para saborearla con ansia, le lamió el cuello mientras le bajaba la cremallera. Después arrojó el vestido al suelo donde se convirtió en una mancha oscura, al lado de la cama. Siguió el sostén y Lily se enredó en su amante, apretándose más a él, más cerca aun, necesitándolo, volviéndose loca por Dane.

Sí, todo eso era una locura que los atacaba como un animal salvaje y primitivo…

El la besó hasta que a Lily se le hincharon los labios, luego transfirió su hambre a los senos, chupando, jugando, sugiriendo, urgiéndola a gemir de placer, mientras ella le acariciaba ¡a suave piel de la espalda, a veces, casi clavándole las uñas, masajeándolo.

Dane murmuró una maldición contra ambos; contra ella por incitarlo, contra él por perder el control. Poseyó la boca de la joven de nuevo, encendiéndola al mismo tiempo que se aferraba a una de sus manos para deslizaría por su cuerpo hasta colocarla sobre el sitio que más le urgía. Lily jadeó, excitada por esa dulce y latente intimidad. Pero antes de que siquiera pensara en apartarse, él introdujo la diestra entre los sedosos muslos de la joven y ella se perdió en la sensación… que la impulsó a gritar el nombre de Dane, a arquearse y luego a quedarse inmóvil, tensa, mientras pequeñas explosiones de colores empezaban a registrarse en el fondo de sus ojos.

Alguien llamó de manera tentativa a la puerta y ambos volvieron a

la tierra de golpe.

—¡Dios! —se ahogó Dane y se puso de pie sin la menor idea de dónde se encontraba. El torso agitado, cubierto con un tapiz de vellos oscuros, estaba húmedo de sudor. Sus ojos estaban opacos con expresión de desconcierto y sus mejillas mostraban el tono profundo del deseo.

Lily se estremeció solo de verlo. Se volvió temblorosa, al comprobar lo que la vista de ese hombre provocaba en ella, y se acurrucó avergonzada.

El llamado se repitió. Dane se inclinó y cubrió a Lily con la colcha. Entonces la joven se dio cuenta de que casi estaba desnuda.

—Te desprecio —musitó Dane—. Te desprecio por la manera en que usaste a mi hermano… y por la forma en que, con todo cinismo y a sangre fría, lo desplumaste de todo lo que tenía… hasta de su maldito orgullo de hombre, a juzgar por como estaban las cosas aquí —sus ojos recorrieron el dormitorio—. Pero más que nada te desprecio por el modo en que me dejaste tocarte, apenas horas después de que lo enterramos.

—Lárgate —susurró Lily. Ni una palabra más… ¿qué otro insulto podía agregar? Estaba consciente de lo mal que se veía esa situación. Pero al escucharlo caminar hacia la puerta, las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas, calientes y pesadas; esa vez lloraría a solas.

A solas… con las mentiras… con el problema que le dejó la muerte de Daniel.

Cuando al fin reunió valor para enfrentarse a su cuñado de nuevo, bajó por las escaleras para descubrir que Dane se había ido, de regreso a Londres, le informaron. «No, no dejó ningún recado».

Lo cual cerraba ese episodio, concluyó vacía.

Negándose a tomar una cena ligera, como lo sugería la señora Jakes, subió a su habitación y durmió la noche entera. Al día siguiente se despertó y decidió llevar a cabo los planes que aún tenía en mente.

Se dirigió a los establos y buscó a Jack Masón, el administrador de Daniel. Lo encontró en una pequeña oficina situada en el primer patio.

—Necesito su ayuda —anunció, una vez que descartaron las formalidades—. Quiero ausentarme un tiempo, pero antes necesito saber que este lugar quedará en buenas manos.

Eso fue todo lo que necesitó. Esas simples palabras disiparon la preocupación del empleado y entonces se le ocurrió a Lily que quizá temía por su trabajo.

—Dígame qué quiere y trataré de hacerlo —le prometió el viejo, que había ayudado al abuelo de Daniel desde hacía años.

Media hora después Lily regresó a la casa sintiendo que uno de los pesos que el destino había echado sobre sus hombros había

desaparecido.

En sólo unos minutos transfirió todas las responsabilidades de la granja a Jack. Después de eso, se encargaría de llamar a una agencia de viajes y dejaría a la señora Jakes a cargo de la casa.

Volaría a Australia, a visitar a sus padres, tan lejos del criadero de caballos y del apellido de los Norfolk como fuera posible.

Como el avión partía temprano, a la mañana siguiente, la joven decidió pasar su última noche en Inglaterra, en un hotel cercano al aeropuerto. Así de sencillo.

Muy sencillo. Sin embargo, desde el momento en que el teléfono empezó a sonar en su habitación del hotel supo que no era tan sencillo. Un presentimiento, miedo, lo que fuera, le advirtió que era Dane quien llamaba, así que no le sorprendió oír su voz al otro lado de la línea.

—Quiero verte —siseó.

—No —replicó—. Yo… yo no quiero verte a ti.

—No te queda otra opción, Lily—le informó sin comprometerse—, estoy en el vestíbulo del hotel y subiré a tu habitación.

Colgó de golpe, atontándola. La sacó de su insimismamiento el llamado a la puerta, impaciente, brusco.

Lily se acercó a la puerta, contemplándola alelada mientras se preguntaba si debía ignorarlo, negarse a cederle el paso. Después abrió.

—¿A qué juegas, Lily? —preguntó él empujándola como si tuviera derecho a irrumpir en su vida.

Ella parpadeó. No tenía idea de a qué se refería. ¿Qué buscaba?, se preguntó la joven. ¿Qué esperaba encontrar?

Un súbito pensamiento la hizo ver rojo y la ira le bañó la cara.

—No me cité con Mark aquí para pasar al fin de semana, si eso piensas —le advirtió indignada—; en caso de que no lo hayas notado, ya no tengo que rebajarme a esas profundidades.

Cesó de caminar como fiera enjaulada y se volvió hacia la chica, de mal humor.

—Sería muy difícil que pasaran el fin de semana juntos cuando tú estás en Londres y él en Hong Kong —comentó.

¿Hong Kong? Lo contempló alelada.

—¿Qué hace allí? —lo último que oyó era que Mark viajaba por el sur de Francia, ahogando sus penas en una playa de la Riviera.

—No imites a un pescado fuera del agua, Lily —le pidió con sorna —. Sabes muy bien lo que Radley hace allá… básicamente lo mismo que acá, pinta caballos de carreras para los chinos millonarios, mientras espera a que te reúnas con él.

CAPITULO 7

¿COMO sabes en dónde está Mark? —indagó estudiando con curiosidad a Dane—. Y, más aún, ¿por qué te interesa tanto?

—Me interesa por muchas razones —replicó—. Y lo sé porque me propuse averiguarlo.

—¿Del mismo modo que averiguaste mis intenciones? —indagó indignada. Luego suspiro impaciente—, mira —la lastimaba verlo, la lastimaba estar en la misma habitación que él. No sabía a qué había ido, si lo único que deseaba era lanzarle más acusaciones—, no voy a enzarzarme en otra batalla campal contigo, Dane. Así que si a eso viniste, te agradecería que te fueras. Tengo que tomar un vuelo mañana temprano y…

—A Australia —asintió sin moverse—. ¿Acaso te detendrás en Hong Kong por casualidad?

—¿Para qué? —lo atajó—. ¿Para que Mark yo y nos regodeemos de haber conseguido la fortuna de los Norfolk —lo dijo en broma, con un sentido del humor ácido, pero como de costumbre, Dane estaba dispuesto a creer lo peor de ella.

—¿No podías esperar siquiera un mes más para reunirte con él? —inquirió siseando—. ¿Te cuesta un trabajo terrible fingir un pocode pena por mi hermano muerto?

—¿Qué quieres que haga? —inquirió irritada, acercándose a la ventana para no tener que mirarlo.

—Te prevengo, Lily —la amenazó—, antes de que hagas algo de lo que puedas arrepentirte. No quiero que traigas a Radley a vivir contigo a la granja.

—Lo que haga o no haga no te incumbe —¿cuántas veces lo había repetido en las últimas semanas? ¿Cuántas veces había inmiscuido a Dane en su vida?

—Recuerda la cláusula del testamento de Daniel —le advirtió—. Si te casas con Radley el criadero de caballos en el que tanto trabajaste, volverá a ser mío.

¡Así que ahora se iba a casar con Mark!

—¡Qué buena idea acabas de darme! —se motó y giró para regalarle una sonrisa falsa—. Si consigo un nuevo esposo tal vez me libre de ti y de tus malditas insinuaciones.

—Si te casas con Radley, atente a las malditas consecuencias.

—Entonces, regresa a casa y no te preocupes —algún demonio la obligó a decir lo que él esperaba—, porque no tengo la menor intención de poner en peligro lo que Daniel me dejó, casándome con otro.

Dane se tragó el anzuelo y sus ojos centellaron.

—Zorra mercenaria —escupió—. Siempre supe que eras una zorra

mercenaria.

—Pues acertaste —admitió—. Llámame Lily, la buscona optimista —con un suspiro se volvió para atacarlo, llena de amargura. Repetía la misma escena ensayada mil veces—. Me propongo no desilusionarte y hacer que se realicen todas tus sospechas —le prometió con acidez—. Dormiré con un millón de hombres sin poner en peligro mi maravillosa herencia, casándome con uno de ellos.

—Y sin duda empezarás por Radley en Hong Kong.

¡Dios, estaba harta de ese asunto!

—Visitaré a mi familia en Australia, Dane. No en Hong Kong. No cerca de Hong Kong.

Con una explosión de energía, Lily se acercó a las maletas y abrió la bolsa de viaje.

—Singapur —gritó, arrojándole los pasajes—. ¡Me detendré en

Singapur, maldita sea! ¡No en Hong Kong!

Dane los revisó. No podía confiar en la palabra de Lily, debía revisar los infernales pasajes antes de creerle. Con un sonido de disgusto, Lily se apartó de él y volvió a la ventana.

—De acuerdo —refunfuñó Dane después de un momento— Me precipite al sacar mis conclusiones.

—Las conclusiones equivocadas…

—Discúlpame —se removió incómodo.

Sin que esa excusa a regañadientes la ablandara, la joven lo fulminó con los ojos mientras sus senos se agitaban por la ira que bullía dentro de su cuerpo.

—¿Cómo te enteraste de que me iba?

—La señora Jakes me lo dijo. Yo… llamé a la granja y… necesitaba verte.

—¿Para qué? —según ella, ya se habían dicho todo, la última vez que estuvieron juntos.

—Tú sabes para que, Lily —replicó. Ahora fue su turno de volverle la espalda—. La situación no mejora… de hecho, empeora.

Cierto. Sin Daniel para actuar de parapeto contra la tensión sexual entre ambos, los dos explotarían.

—Entonces, quizá sea preferible que me vaya —declaró.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Australia? —inquirió.

—Seis meses, un año quizá —se encogió de hombros, esperando que no percibiera el titubeo en su voz—. Necesito tomarme un descanso.

Dane asintió.

—¿Y el criadero? —persistió.

—Oh, no te inquietes —le pidió con sequedad—. Me aseguraré de que alguien lo administre —mencionó la charla con Jack—. La reputación de ese hombre tranquilizará a los clientes que se preocupan

por la muerte de Daniel. Yo misma sólo resolvía problemas secretariales, así que mi presencia carece de importancia.

Dane la observó sin hablar, mientras la joven cerraba la cremallera de la bolsa de viaje. Sin poder evitarlo sus dedos temblaron.

—Dime una cosa —le pidió de pronto—. Si tuvieras que escoger en este instante entre Radley y yo, ¿con quién te quedarías?

La presión en el pecho le impidió respirar. Se enderezó despacio, negándose a creer lo que oía.

—Yo… no sé —susurró nerviosa.

—Sí, sí sabes —de repente se puso a su espalda y con el aliento cálido le quemó la nuca—. Te pido que me digas si Radley significa más que yo.

El corazón de Lily empezó a estremecerse y la garganta se le secó. Nunca se había permitido esperar… pero en ese momento sí, por un segundo. Podía estar jugando con ella, para calcular si alguna vez la tendría a sus pies… y, sin embargo…

—No… no sé —suspiró al fin—. No es eso…

—Entonces, decídelo en seis meses —la interrumpió—. Seis meses debe ser suficiente para que absorbas todo el consuelo que necesitas de tus padres, llores a mi hermano y decidas qué hacer por el resto de tu vida; si quieres a Radley o a mí. Sólo tú puedes elegir, Lily. Pero si me prefieres, llámame —tomó aliento para luego soltarlo poco a poco —. Te doy seis meses, ni uno más, ¿entiendes?

No, no entendía. Tenía demasiado miedo para entender. Haciendo a un lado sus insinuaciones acerca de Mark, ¿qué quería Dane? ¿Sexo, aventuras?… ¿Amor… permanencia?

—¿Y tú? —quiso saber—. ¿Qué harás durante esos seis meses?

—Lo mismo que tú, espero —se encogió de hombros—. Vivir mi vida, atender mi negocio, igual que siempre. ¿Por qué? —inquirió con burla—. ¿Qué deseas que haga… quedarme en casa, escribirte cartitas de amor?

—Tú no sabes qué es el amor —ironizó—. Posees un saludable apetito sexual, nada más.

Dane refunfuñó y después la pescó del brazo.

—Si sólo se trata de sexo, entonces ambos sufrimos del mismo problema —siseó—; aunque sabemos que esto no resultaría por el momento. Pongamos cierta distancia entre los dos… para que esta cosa que sentimos adquiera una apariencia decente.

¿Cosa? ¿Catalogaba al amor de *cosa?* Pero tenía razón, reconoció. Lo que existia entre ambos no podía ser algo más que un sórdido interludio, hasta que se impusiera la decencia.

Después de todo, era la viuda de su hermano.

—Y… si decido, dentro de seis meses, que te quiero… ¿qué pasará si tú ya cambiaste de parecer?

—Los dos corremos ese riesgo, Lily —señaló—. Y ninguno puede predecir el futuro, ¿verdad?

Entonces, no deseaba irse. Al fin le daba un motivo poderoso para conservar la esperanza y por ello no quería arriesgarse, sino permanecer a su lado. Quería echarse en sus brazos y rogarle que la amara… que la amara a tal grado que no pudiera amarla más. ¡Y al diablo con la decencia!

—Te deseo en este momento —se ahogó, y con un pequeño sollozo se acercó a él para rodearlo con sus brazos y apoyó la cara contra su pecho.

—Oh, Lily… —suspiro y la acarició hasta hacerla estremecer de placer—. Seis meses no es mucho tiempo y, aceptémoslo —agregó—, deberíamos esperar un año. Pero no estoy dispuesto a duplicar el riesgo, aunque el mundo de los negocios lo haga todos los días.

Trataba de aligerar la situación, pero sus pupilas se oscurecieron. Sin embargo, cuando ella entreabrió los labios y exhaló un suspiro titubeante, Dane maldijo y la besó.

Regresaron al mismo punto que la noche anterior; apenas se tocaron sus bocas, Lily sintió que caía en el remolino al que Dane la lanzó desde la cama de la granja.

En un instante una cálida excitación le cubrió el cuerpo quemando cada rincón de su piel. Se aferró a la cintura de Dane, con las manos como si se tratara de un salvavidas, mientras temblaba de pasión y exhalaba un gemido de angustia.

—Prometí no hacer esto —murmuró él, pero su boca caliente y hambrienta no se retiró de la de ella. Le separó los labios con avaricia y la invadió con su lengua eriviando un torbellino de sensaciones. Lily jadeó y supo que Dane sentía lo mismo que ella.

Parecieron fusionarse en ese beso, chocando con las lenguas… sus senos se endurecieron, los pezones se frotaban contra la agitación del pecho de Dane. Las duras caderas presionadas contra las de ella, amenazando desquiciar los restos de control.

—Quédate —le suplicó Lily—. Sólo por esta noche. ¿Te quedarás conmigo? —dejó de importarle que estuviera rogándole que le hiciera el amor.

—Dios bendito —se quejó Dane, pero sus brazos apresaron ese cuerpo que se arqueaba para levantarlo. Ella lo ayudó apretándose contra él, besándolo con ansia mientras la llevaba a la cama que los esperaba.

Una noche, se dijo Lily débil, al caer sobre la suave colcha, ¿importaría mucho que le robara una noche al destino? Necesitaba de ese amor… lo necesitaba a él. Lo había necesitado durante tanto tiempo que predijo que se moriría de hambre si Dane se iba.

Se incendiaron. Dane la besó, la acarició con un ansia que rayaba

en la desesperación. Pero luego se detuvo, convirtiendo el beso en una profunda sensualidad, que la drogaba, de la que no quería salir jamás. La ropa cayó al suelo poco a poco, la camisa, el vestido, el pantalón, los encajes… hasta que sus cuerpos se fundieron. Y con la experiencia que lo hacía famoso, Dane empezó a aumentar un deseo intolerable dentro de ella, más y más, convirtiéndola en un cuerpo suave entre sus brazos, jadeante, pidiéndole piedad. Entonces, y sólo entonces, se deslizó sobre ella, para hacerla suya.

De pronto Dane se detuvo alzando la cabeza para contemplar a Lily, incrédulo.

—¿Lily? —susurró.

—No —le cubrió la boca con una mano—, no importa.

Dane se tensó, inmóvil, el impacto del descubrimiento le dio un tinte cenizo a su rostro. Aterrada porque él se separaría de ella, Lily se movió, obligándolo a romper la barrera de seda, provocándole un gemido en el que se mezclaron el dolor y el placer. Dane pasó saliva, movió la cabeza y cuando el cuerpo virgen se apretó contra el suyo, cedió, cerró los ojos y empezó a impulsarse.

Al principio despacio, hasta que un ritmo sensual, hondo, los dominó. El lo aumentó, endureciéndose, apretando los dientes, exhalando el aliento con un siseó, como si la ira hirviera con la pasión y, en lugar de llegar al climax con ella, la lanzó a ese placer, dejándola azorada, perdida, descendiendo con lentitud a la tierra.

Dane se acostó a su lado y hundió la cara en la almohada para tratar de recuperar los sentidos. Después volvió la cabeza para mirar a Lily, que tenía los ojos cerrados y el rostro pálido con una expresión de fatiga y asombro.

Dane se removió, llenándose de orgullo al saber que él había provocado esa expresión en la cara de su compañera.

El… No otro hombre.

Entonces, ¿en qué posición quedaba su hermano? ¡Dios *del* cielo! Se apartó de la joven como si lo hubiera picado y la observó con los párpados entrecerrados.

—¿Por qué? —exigió saber en el momento en que Lily empezó a recuperarse.

Ella abrió sus hermosos ojos, lánguida, saciada.

—Lo… lo siento —suspiró. Se mordió el labio inferior, sin saber qué más contestar.

—¿Lo sientes? —dijo indignado, ronco, echando rayos por los ojos —. ¿Qué sientes? —explotó—. ¿Qué no le hayas dado a mi hermano lo que acabas de entregarme? ¿O acaso sientes haberte entregado?

—Siento no haberme contenido —replicó, estrellándose contra la realidad de golpe. ¿Otra vez pelearían? Otra vez oiría sus acusaciones, sospechas y, desde luego, las interminables mentiras—. Discúlpame —

intentó empujarlo—, quiero levantarme.

—No irás a ninguna parte hasta que contestes ciertas preguntas —gruñó, aplastándola contra la cama—. Así que empieza a hablar… ¡ahora!

Rindiéndose ante esa batalla perdida, Lily se acomodó entre las almohadas e indagó, mirándolo con frialdad:

—¿Por qué permití que me hicieras el amor? ¡Dios, no lo sé! —suspiró—. Quizá porque creí que también tú lo deseabas.

—¿Por qué Daniel nunca te hizo el amor? —continuó, apretando los labios.

—¿Por qué? ¡Por el amor del cielo, Dane! —musitó impaciente—. ¿Cuántas claves debes tener ante los ojos para comprender lo obvio?

—Daniel te amaba. De eso estoy segurísimo.

—¿En serio? —replicó con escepticismo—. Amaba al criadero de caballos. ¡De eso sí estoy segura!

—¿Qué quieres decir?

—A riesgo de ser repetitiva, interpreta lo obvio por ti mismo. Ahora voy a levantarme. ¿No te molestaría si…?

No llegó más lejos. Con un resoplido de furia Dane volvió a aplastarla contra la cama, echándose sobre ella, de tal manera que casi le sacó el aire de los pulmones.

—No te comportas con mucha amabilidad —le reprochó la joven.

—Jamás pretendí ser amable.

—Eres la antítesis de tu hermano —asintió.

—¿Otra adivinanza críptica? —se burló—. Nunca fui muy bueno con las adivinanzas, Lily. Así que ¿por qué no me dices la respuesta?

—No me corresponde dártela.

—Entonces, ¿a quién?

—A Daniel.

—Está muerto.

—Por lo tanto, no recibirás tus preciosas respuestas.

—¡Zorra!

—Oh, ¿volvemos a los insultos? —furiosa, Lily se hizo a un lado, logrando zafar parte de su cuerpo—. Primero seduces y luego insultas —lo reconvino por librar la otra mitad de su cuerpo—. Si me consideras una prostituta, tú también te rebajaste al amarme. ¡Suéltame! —espetó cuando le tomó las manos que intentaban golpearlo.

—Lo haré si me dices la verdad —advirtió oprimiéndola contra él.

—¿La verdad? —los dos formaron una masa de carne caliente—. Siempre estás buscando la verdad.

Sus ojos azules brillaron de dolor y amarga frustración. Pero él no cambió de expresión.

—De acuerdo, Dane —se rindió cansada—. ¿Qué verdad te

gustaría esta vez… la que prefieres oír o la que sé que detestarás?

—¡La verdad, punto! —repuso furioso—. Sólo existe una verdad que concuerda con la realidad.

—Oh, no —lo corrigió Lily, impaciente—. Nada viene en blanco y negro. Pensé que lo aceptarías después de… de la farsa que ejecutamos sobre esta cama. La verdad tiene distintos tonos de gris entre sus extremos y cada uno se adapta a las necesidades del que los observadores… incluyendo las mías o las tuyas.

—Deja de hablar con acertijos —gruñó, sometiéndola con facilidad cuando ella empezó a luchar de nuevo—. Me parece, Lily, que has pasado la mayor parte de tu vida jugando con los sentimientos de otras personas. Pues conmigo te falló… por completo.

—De acuerdo… —sus pupilas, demasiado brillantes, se iluminaron con una dureza de granito que sorprendió a Dane—. Entonces tendrás lo que quieres… la verdad completa, sorprendente y maldita, hasta la última gota. ¡Y ya veremos lo bien que te hace sentir!, Mark nunca fue mi amante porque era el amante de Daniel —escupió con violencia—. ¿Lo entiendes, Dane? Daniel y Mark eran…

Dane le apretó los hombros para forzarla a guardar silencio.

—¡Mentirosa! —ladró—. ¡No me ensucies con tus asquerosas mentiras! Daniel no era así. ¡Dilo, Lily! —insistió, ronco—. ¡Dilo, por un demonio! Confiesa que dijiste una mentira.

Lily fijó sus ojos, llenos de compasión, en el pálido rostro de su compañero.

—Está bien —murmuró en voz bajísima—. Mentí.

Pero Dane sabía que decía la verdad. Por un momento permaneció inmóvil, contemplándola con una especie de infierno en los ojos. Después, con un gemido sofocado, saltó de la cama, se inclinó para recoger su ropa y se vistió con movimientos torpes y violentos. Luego se pasó los dedos por el cabello despeinado.

Sintiéndose enferma, Lily también se levantó de la cama y se cubrió con una bata de satín. El silencio entre ambos era agobiador.

—Lo siento —musitó—, no quería decírtelo… Estaba decidida a guardar el secreto, pero… —clavó los ojos en la cama y las lágrimas empezaron a quemarle las pupilas—. Por favor —le rogó—, déjame… —«explicarte», iba a decir, pero él la atajó.

—¡No! —gritó, poniéndose de pie, tambaleante—. No agregues otra palabra. ¡Ni una maldita palabra más!

Sin molestarse en mirarla Dane se volvió hacia la puerta.

«Nunca más volverá a verme», pensó Lily con dolor. «Se irá y…»

Invadida por el pánico se lanzó sobre la puerta, bloqueándole la salida. Temblaba, con el rostro blanco y los senos agitados bajo el cremoso satín de la bata.

—¡Quítate de mi camino! —exigió él.

—No… no te irás —tartamudeó, negando con la cabeza—. No, sin que te explique lo que sucedió para que trates de entender.

Apretando la boca, Dane estiró la mano para tomar el picaporte, pero Lily la cubrió con la diestra. Entonces él la apartó, con tanta rapidez que resultó evidente que no deseaba tocarla… un mero contacto físico lo repelía. Y eso le dolió a la joven, le dolió muchísimo.

—Me debes eso —lo acusó—. Me lo debes por soportar tus humillantes insultos y, más que todo, por lo que acabamos de compartir… allí, en esa cama —señaló el lecho y las sábanas arrugadas por el apasionado acoplamiento—. Me debes la oportunidad de explicarte, Dane… —añadió con voz espesa.

El no contestó, pero al menos tampoco intentó salir de la habitación. Metió las manos en los bolsillos y se dirigió al pequeño bar para servirse un coñac. Lo apuró de un trago, antes de enfrentarse a la chica.

Pálida y temblorosa, Lily se pegó contra la puerta, sin saber cómo lograría detenerlo, o qué le diría. De lo único que se daba cuenta era de que las cosas habían llegado demasiado lejos esa vez y que debían hablar.

Esa situación no podía prolongarse. Ella se iría al día siguiente, pero primero Dane se enteraría de muchas cosas acerca del pasado. Estaba harta de las mentiras, harta de que siempre pensara lo peor de ella; no importaba cuánto esperara que él cambiara de opinión.

—¿Y bien? —preguntó Dane con voz cortante—. Parece que crees tener derecho a que te oiga… entonces, habla.

—Daniel no era mi amigo, sino el de Mark —empezó pasando saliva—. Asistimos a las mismas escuelas, pertenecíamos al mismo grupo y, al solicitar la admisión a la universidad, decidimos que sería estupendo que nos aceptaran a los tres, aunque estudiáramos distintas carreras.

—¿Novios de infancia, eh? —se mofó.

—¡No! ¡Amigos de infancia! —lo corrigió—. Siempre entendí las inclinaciones de Mark, desde que conocí algo sobre el sexo; pero no sospechaba nada de Daniel sino hasta que Sonia Cranston entró en escena.

—¿Sonia Craston? —Dane reconoció el nombre al instante—. ¿Qué tiene que ver en todo esto?

—Chantajeaba a Daniel —repuso apartándose el cabello de la frente.

Sonia. Alta, de hermosas piernas y rostro lozano. Estaba loca por los caballos y aun más loca por Daniel.

—Lo persiguió durante las vacaciones del verano en la granja y luego viajaba a Oxford para seguir acosándolo —comentó Lily, con voz neutra.

—Porque Daniel la atraía —admitió Dane, con la satisfacción reflejada en la cara. Al fin había descubierto una falla en el plan de Lily para desacreditar a su hermano—. El abuelo se puso furioso porque le molestaba que jugáramos al donjuán con las empleadas de la casa.

Lily asintió, haciendo que Dane se relajara un poco, pues le pareció que confirmaba la masculinidad de su hermano.

—Hasta amenazó con desheredar a Daniel si ocurría algo semejante de nuevo.

Lily asintió de nuevo, pero esa vez Dane suspiró de impaciencia.

—¿Y qué había de malo en que mi hermano tuviera una aventurilla romántica? —inquirió irritado—. El abuelo maldijo y amenazó, pero no hablaba en serio.

—Habría llevado a cabo su amenaza al conocer la verdad —afirmó Lily, desconsolada.

—¿Qué verdad? —giró para atacarla—. Acabo de decirte la verdad. ¡ Y ahora tú la cambiarás por algo sucio!

—La verdad, Dane, es que Daniel sólo quería que pareciera que se interesaba en Sonia. La usó ese verano, la soportó a su lado por… porque no quería que ustedes se dieran cuenta de que…

—¡No! —avanzó hacia ella, como si intentara golperla—. Ni siquiera insinúes lo que ibas a decir o que Dios me ayude, Lily, te…

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —se ahogó levantando una mano temblorosa para apaciguarlo—. Concedamos, entonces, que Daniel permitió que esos coqueteos progresaran porque no supo de qué manera frenarlos cuando llegó el momento de regresar a la universidad.

Dane asintió, aceptando esa posibilidad, pero nada más. Y Lily cerró los ojos, esforzándose por reunir sus pensamientos. La violencia del hombre al que amaba la desconcertaba, pues le demostraba que no dominaba sus emociones.

—Lo… lo siguió a la universidad —continuó—. Empezó a visitar la casita que varios de nosotros alquilábamos. Al… al principio nos divirtió, hasta que se convirtió en una verdadera peste, uniendo mi nombre al de Daniel o al de otra de las chicas que vivían con nosotros. Todo esto ocurrió cuando la enfermedad de mi madre se agravó; entraba y salía del hospital; mi padre pasaba el mayor tiempo posible con ella y su negocio empezó a declinar. Yo estaba preocupadísima por ambos —se tragó su angustia evocando ese sombrío período de su vida—, así que no seguía los sucesos de cerca, como los demás. Pronto resultó obvio que Sonia tenía malas intenciones, tan malas, de hecho, que atacó a una de nuestras compañeras una tarde, fuera de la casa, escupiéndole toda clase de insultos y acusaciones… —«igual que tú conmigo», quiso agregar pero se contuvo—. La sacó de sus casillas;

entonces la chica, irritada, le gritó a Sonia, con horrible brutalidad que por qué perdía el tiempo persiguiendo a Daniel.

—¡No! —explotó.

—¡Sí! —insistió Lily.

La joven le rogó con los ojos, conmovida por el dolor que se dibujaba en el rostro de Dane. El silencio se prolongó entre ambos y Lily empezó a temblar de nuevo. Si no lograba que Dane aceptara que le decía la verdad, sabía que no tendría otra oportunidad.

—Dane… tienes que aceptarlo. Sonia… amenazó con contárselo a tu abuelo.

CAPITULO 8

DANE puso su vaso sobre la mesa, con fuerza amenazadora.

—Oh, tu hermano era muy discreto —dijo Lily, decidida a no detenerse ahora que había llegado tan lejos—, casi maniático en ese aspecto. Le aterraba que su familia descubriera su secreto. Nos aseguró que lo desheredarían.

¿Un Norfolk? ¿Homosexual? La amarga ironía de Daniel, la hirió al igual que hacía años y repitió sus mismas palabras: «El destino me jugó una broma pesada».

—Explícame lo de esa maldita de Sonia —gruñó Dane, volviéndose hacia el refrigerador para servirse otro coñac.

Lily lo observó apurar su bebida con una inquietud que iba en aumento. La situación ya era bastante desagradable para que además Dane se emborrachara. Cruzó los brazos sobre el pecho y se apartó de la puerta. Con cautela, se sentó.

—Se volvió malévola —tartamudeó la chica—. Peor que una mujer rechazada —se carcajeó con acidez—. En unos segundos cambió el amor que Daniel le inspiraba por un terrible desprecio. Empezó a amenazarlo. Se lo contaría a tu adorado abuelo… se encargaría de que Daniel pagara por su silencio… por mantener callado ese sórdido secreto que desprestigiaría a la familia. Ya era bastante malo tener un hijo con aires de donjuán que se acostaba con cualquier mujer que le salía al paso, para que ahora un nieto hiciera lo contrario.

Dane se encogió y Lily se mordió los labios, dándose cuenta de que hablaba con las palabras envenenadas de Daniel.

—Desde luego, tu hermano le preguntó a esa chantajista cuánto costaría que cerrara la boca. Lo creas o no, le preocupaba que la vergüenza de ese descubrimiento matara a su abuelo. Ya había sufrido dos ataques cardiacos, ¿recuerdas? Y el doctor les advirtió que el siguiente sería fatal —lo cual resultó cierto, pensó. Pero al menos no lo había causado lo que Daniel hizo o dejó de hacer—. Sonia aceptó el dinero y se fue, pero no sin antes presentarse en la granja para tratar de que tu abuelo le pagara un poco más, amenazándolo con referirle a los tabloides cómo Daniel Norfolk la había usado durante todo el verano. Omitió añadir la manera en que *ella* lo usó a él —subrayó Lily con sequedad—. Pero sus insinuaciones bastaron para que tu abuelo también la comprara.

—Vivíamos en una casa de cristal —murmuró Dane.

—¿Qué?

—Me refiero al síndrome de la casa de cristal —explicó con una breve sonrisa—. Mi padre… Sus aventuras hacían que los periódicos amarillistas se vendieran como pan caliente. El abuelo odiaba esos comentarios. Odiaba la pena que le causaban a mi madre. Se avergonzaba de que su propio hijo se comportara de ese modo. Las cosas llegaron al extremo de que esa situación empezó a afectar a la empresa… hasta que mi abuelo le quitó la administración a mi padre y volvió a controlar el negocio. Papá era un donjuán, como bien dijiste —aceptó con asco—. Un donjuán hasta el meollo de sus huesos y no le importaba a quién avergonzara, mientras él se divirtiera. Daniel y yo sobrevivimos porque mi abuelo nos mantuvo bajo su ala protectora mientras crecíamos. Pero el viejo conservó un amargo desdén por los escándalos de cualquier clase. Lo llamaba el síndrome de la casa de cristal. Los escándalos de papá nos obligaban a vivir cuidando las apariencias para que la prensa no se lanzara sobre nosotros. Era nuestra responsabilidad evitar arrojar más piedras al hogar de nuestros antepasados.

De allí nacía la preferencia de Dane por las mujeres de mundo, que sabían a qué atenerse, reflexionó Lily. Esas mujeres que no hacían un berrinche cuando una relación terminaba.

—Pues me alegra que entiendas por qué Daniel estaba, seguro de que su abuelo lo desheredaría si no encontraba una esposa adecuada.

—Pero eso no explica el motivo por el cual tú quisiste ocupar tal puesto.

Lily tomó aliento. Se sentía exhausta, pero al menos había logrado controlar la ira de Dane.

—Ya te recordé lo enferma que estaba mi madre. Lo que no añadí fue, que al pagar las enormes cuentas del hospital, dándole el mejor cuidado que puede comprar el dinero, papá empezó a endeudarse —se encogió de hombros, con un gesto fatalista—. Además de descuidar su negocio, delegó responsabilidades en otros para dedicarle el mayor tiempo posible a mamá. Al enterarse de esos problemas, me aterré, preguntándome de qué modo podía ayudarlo a salir adelante. Hasta había decidido dejar de asistir a la universidad y empezar a trabajar… aceptaría cualquier empleo con tal de poder ayudar. Cuando descubrí el problema de Daniel y él el mío, nos pareció ideal que ambos buscáramos una solución común. Financiaría a mi padre y yo me casaría con él —se encogió de hombros de nuevo—. Se trataba de un arreglo comercial, hasta que tu abuelo… se hubiera ido.

Pasó saliva y luego alzó la vista hacia Dane.

—Habíamos iniciado el proceso de divorcio cuando ocurrió el accidente —le confió, ronca, decidida a sacarse todo del pecho, ahora

que Dane no la interrumpía colérico—. Por tal razón me horrorizó el testamento. No fue lo que… acordamos…

—Era joven, Lily. No esperaba que se llevaran a cabo esas malditas especificaciones —sugirió Dane.

—Sí —susurró, agradeciéndole que no sospechara que ella había influido en la decisión de Daniel. Se mostraba bastante generoso en esas circunstancias ya que, a causa de ellas había perdido una fortuna —. De todos modos… —cansada retomó el tema—, cerramos el trato. Prometimos hacer lo imposible para que pareciera un matrimonio por amor, que deslumbrara a los mirones. Y resultó —agregó con sequedad—. Engañamos a todos… menos a ti.

—Lo cual los convierte… ¿en qué, me preguntó? —se mofó Dane.

—En lo que siempre sospechaste, supongo —admitió con indiferencia—. En un par de mentirosos… de mentirosos eficientes —señaló con toda intención—. Pero mentirosos, al fin y al cabo.

—¿Y sentiste amor por él, Lily? —inquirió con un gruñido.

—Oh, sí —su sonrisa se dulcificó por el genuino aprecio—. ¿Quién no lo habría sentido? Era muy fácil de amar. Amé a Daniel como a un querido, a un queridísimo amigo, como al hombre que salvó a mi familia en el último momento.

—¡Un hombre! —se mofó Dane con desprecio.

—Sí, un hombre —lo fulminó Lily, odiando que se refiriera a Daniel con ese tono—, un buen hombre, amable, generoso, dispuesto a llegar a cualquier extremo para evitar herir a su familia. ¡Y no te atrevas a implicar algo más!

—¡Era un maldito homosexual, Lily! —gritó Dane y al hacerlo escupió todo… todo lo que le lastimaba hasta el fondo del alma.

—No siempre escoges lo que eres o la vida que llevas, Dane —indicó Lily—. Algunas veces se hace la elección antes de que nazcas —una sonrisa le distendió los labios. Dane no lo captaba, pero sus palabras estaban llenas de un fatalismo travieso porque también podían aplicarse al amor que ella sentía por él. Esa fue una decisión que se tomó antes de que Lily naciera, pues jamás la habría aceptado si le hubieran dado la oportunidad de rechazarla—. La clave del asunto, me dijo Daniel alguna vez, es saber cómo vivir con eso cuando ya no te queda otro remedio.

—Por «eso» te refieres a su sexualidad —se burló Dane, sin entender el humor de ese comentario.

—Por «eso» me refiero a su tibieza natural, a su fino sentido del humor, a su amor por todo lo vivo, fuera hombre o bestia *y,* desde luego, a su sexualidad —declaró con paciencia—. Dane… —le rogaba que comprendiera, al levantarse de la silla para acercársele— , ¿acaso cambió la imagen de tu hermano en tu memoria al descubrir su secreto? Piensa —lo urgió—. ¿Su cabeza cambió de forma? ¿Le creció

una extremidad extra o le salió otro ojo? ¿Lo consideras una persona disminuida… o que no merece tu amor… ahora que sabes su secreto?

—No —admitió a regañadientes.

—Entonces temes que no te haya amado y por tal motivo lo rechazas —concluyó—. Pero Dane… el amor que te tenía lo hizo esconder su esencia para no desilusionar a su familia. Odiaba herir a las personas, tú lo sabes; y no habría soportado desilusionarte. Te veneraba, te admiraba… Eras la persona que siempre deseó ser y que nunca pudo imitar… aun sin su homosexualidad.

—No poseo nada especial —murmuró Dane, incómodo.

Lily estaba parada a su lado, con la vista fija en el tenso perfil de ese hombre. No se atrevía a tocarlo, presintiendo que Dane explotaría si lo intentaba. Estaba dolido e igual que cualquier animal que sufría, atacaría a la persona que removiera su herida… es decir, a ella misma.

—Tienes material para convertirte en ídolo —objetó Lily y sonrió, a pesar de la gravedad del tema—. Daniel te consideraba un héroe, el ideal de la mayoría de los hombres: guapo, sensual, con el don de manejar el poder y una especie de carisma espiritual que te separa del común de Tos mortales. Como dije antes, resultas difícil de emular y Daniel ni siquiera lo intentó. Te amaba por lo que representabas y eras, sabiendo que jamás aceptarías su verdadero yo —se encogió de hombros, como si ya lo hubiera dicho todo—. Porque tú eres tú y Daniel, Daniel. Dos individuos diferentes que podían reír, llorar, bailar, cantar, caminar, charlar, dormir, comer… sentir. Daniel alcanzó un gran éxito en la carrera que escogió, igual que tú en la tuya —afirmó con orgullo—. Y, de cualquier manera, esas carreras no eran tan distintas como parecían. Ambos poseían la habilidad de manipular. En el caso de Daniel, a los caballos; en el tuyo, a las personas. Entonces, ¿dónde se separaban? En la cama —concluyó sin titubeos, y observó que Dane hacía un gesto—. ¿Pero dónde y a quién? Cada uno otorgaba su amor sexual, lo considero un acto profundo e íntimo que no incumbe más que a los interesados. Ser homosexual no significaba que tu hermano despreciara a todas las mujeres o que viera en cada hombre a una pareja en potencia. Era tu única familia, Dane, y esperaba que lo amaras como merecía.

—¿Y a ti te amó como una esposa se lo merece, Lily?

El cinismo, duro y cortante, hirió a la joven que se sentía débil por su larga defensa de Daniel. Sin embargo contestó con bastante claridad:

—Me amó como *yo* quería que me amara en mi papel de esposa… con un afecto tibio y hondo. Fuimos felices juntos, Dane. Y nadie, ni siquiera tú con tu amargura, nos puede quitar eso.

—¿Y su… su amor por Mark Radley… no lo consideraste una traición a tu persona? —inquirió serio—. ¿Al casarse contigo, mi

hermano le fue fiel a las promesas que se hicieron?

—Yo… no entiendo a qué te refieres —murmuró, frunciendo el ceño.

—Oh, desde luego que sí —se mofó Dane, volviéndose a mirarla con ojos de un azul oscuro, oscuro y burlón—. Te casaste con mi hermano para salvar a mi familia y a la tuya de un escándalo. Sacrificaste tu vida personal. ¿Acaso Daniel y Mark Radley sacrificaron sus necesidades íntimas por ti?

Lily se enfrió y se enardeció, incapaz de contestar. Con toda sinceridad, admitió que no había visto la situación desde ese ángulo antes. Así que le sorprendió darse cuenta de que Dane tenía un punto válido a su favor.

—No, claro que no —afirmó Dane con cinismo—, puedo ver la respuesta dibujada en tu hermoso rostro —tomándola de la mejilla la obligo a aceptar su amargo desprecio—. Te usaron, Lily —afirmó de manera brutal—. Ambos te usaron para llegar a sus cómodos y seguros fines.

—No fue así —negó.

—¡Claro que fue así! —exclamó soltándola—. Si mi hermano hubiera poseído un gramo de decencia, ni siquiera habría considerado mancharte con sus pecados.

—No considero un pecado ser…

—El pecado consiste en la vergüenza que sentía por sí mismo —la interrumpió—. Pero ¿tenía que manchar a la única persona inocente en ese enredo, para salvar su sucio pellejo?

—Necesitaba la ayuda de Daniel, tanto como él la mía —señaló Lily.

—Tu padre habría salido a flote sin su intervención —se mofó Dane—. En estos momentos ha vuelto a recobrarse y tiene mucho éxito, ¿no?

La joven asintió, incapaz de defender ese punto.

—Y le pagó a Daniel cada centavo que le debía —se sintió obligada a añadir.

Dane también asintió con brevedad, con expresión seria.

—Mi hermano debió recurrir a mí —agregó con un gruñido—. Mostrar un poco de agallas y recurrir a mí… confiar en mí lo suficiente como para que me encargara de Sonia.

—¿Y lo… lo habrias hecho?—preguntó sobresaltada.

—Por lo menos lo habría intentado —refunfuñó.

—Despreciando a Daniel por el resto de tu vida —se ahogó.

—Quizá —admitió Dane—, no lo sé —cansado, se frotó el cuello tenso—. No me dio la oportunidad de averiguarlo, ¿verdad?

—No—. Lily se recostó en la silla. Daniel no le dio ninguna oportunidad, ni su confianza. Sólo entonces se le ocurrió con cuánta

injusticia trató a Dane.

—Y Radley —murmuró—, ¿qué pensaba mientras todo esto sucedía?

Ella respiró con profundidad y pesadez.

—Nunca le gustó este asunto —confesó. De allí las urgentes charlas, mientras bebían café, antes de que ella y Daniel se casaran—. Siempre quiso que Daniel te lo dijera. Creía que amabas a tu hermano lo bastante como para que lo aceptaras.

—Así que uno de los tres tuvo fe en mí…

Lily inclinó la cabeza, avergonzada.

—Mark tenía la idea de que no sólo ayudarías a disuadir a tu abuelo para que no indujera a Daniel a casarse sino que también, si lo solicitábamos, sacarías a mi padre de sus dificultades. Pero Daniel se negó a correr el riesgo de perder tu cariño y yo… pues… ya te había conocido para ese entonces y… —se encogió de hombros, sin saber qué añadir.

No tenía que hacerlo. El millonario adivinaba lo que ella pensaba. El la había asustado a tal grado con su violencia y su atractivo que prefirió huir.

—De cualquier modo, no debiste casarte, Lily —la miró con aire sombrío—. Todo lo que lograste al unirte a mi hermano, a pesar de lo que sentías por mí, fue obligarnos a pasar dos años en el infierno. Habría sido diferente si hubieran mostrado un poco de confianza… Diferente por completo. Dios —suspiró—, tengo que salir de aquí antes de que… —giró de pronto hacia la puerta.

—Pero… ¿a dónde vas? —Lily se puso de pie de un salto, agitada.

—Sólo Dios lo sabe —murmuró—. Tan lejos de aquí como pueda llegar…

—Pero Dane —se apresuró a seguirlo—, no estás en condiciones de ir a ninguna parte —no había digerido la sorpresa, aunque no lo reconociera—. Por favor… —lo pescó del brazo, sintiendo que los músculos temblaban bajo sus dedos—. Quédate conmigo.

—¡Por el amor del cielo, Lily! —se exasperó—. ¿No lo entiendes? En este momento no puedo tomarme más derechos.

—Me voy mañana —le recordó melancólica—. Si sientes algo por mí, no puedes irte, así sin más.

Dane la contempló durante un largo instante, con un infierno todavía orillándole en los ojos. Sabía lo que le pedía, sabía cuánto le costaba rogarle de esa manera.

—No me pidas más de lo que puedo darte, Lily —siseó.

¿Más de lo que podía darle? ¿Eso significaba que lo que compartieron antes de que Daniel se inmiscuyera entre ambos no le bastó? Para ella, fue la experiencia más maravillosa de su vida, ¡y él la descartaba como un suceso sin importancia!

Algo se estremeció dentro de Lily, soltó el brazo de Dane y le volvió la espalda, para que no viera el dolor que se reflejaba en sus ojos. Se abrazó, apretando su cuerpo adolorido con furia, mientras esperaba a que Dane saliera de la habitación… y escapara de su vida para siempre.

Escuchó un sonido hueco a sus espaldas y se puso rígida, preparándose para oír el golpe final de la puerta. Pero no llegó. En lugar de ello sintió que Dane la estrujaba con sus brazos, furioso, y un momento después la cargaba en vilo para besarla con un ímpetu que le quitó el aliento y la llevó de nuevo a la cama.

Lily dejó que hiciera lo que quisiera con ella. Permitió que la arrastrara, débil e indefensa, a través de planos desconocidos de hermosas sensaciones. La hondura de la sensualidad que genera un cuerpo la asombró. Y su respuesta a él pareció inspirarlo a alcanzar otras alturas.

Cuando la luz gris del amanecer se filtró en la habitación, Lily estaba recostada al lado de Dane, que aún dormía, sintiéndose saciada, habiendo perdido hasta el último velo de inocencia. Entonces se obligó a enfrentarse a lo que dejaría atrás, en unas cuantas horas.

Después de todo, ¿qué ganaría si decidía quedarse allí? —se preguntó en el instante en que esa tentación empezó a seducirla. ¿Una semana, un mes… quizá, si tenía suerte, varios meses sumergida en ese exquisito tormento?

«Y no te olvides de que tendrás que esconderte, mientras lo gozas», se recordó. Ni Dane ni su propio orgullo tolerarían sostener esa relación de manera abierta para no escuchar las críticas que provocarían.

Era la viuda de su hermano y nada alteraría la sensación de asco en las personas que los rodeaban, si descubrían la clase de amor que los unía.

«No me pidas más de lo que puedo dar», le rogó Dane. No lo haría.

Aferrándose al último jirón de su fuerza de voluntad, calculó que podría alejarse de él sin revelarle cuánto de sí misma dejaba atrás.

En silencio, cuidando de no despertarlo, se deslizó fuera de la cama, reunió su ropa y se dirigió de puntillas al baño, donde se duchó de prisa, se vistió con un traje azul claro que apartó para el viaje y regresó al dormitorio, esperando poder escabullirse antes de que Dane se diera cuenta de que…

Se paró en seco en el umbral al encontrarlo ya levantado y vestido, esperándola sentado sobre la cama recién hecha.

—Oh —exclamó, desconcertada. «Necesita rasurarse», pensó de manera incomprensible en un momento tan emotivo. La sombra de la barba de un día de crecida le oscurecía la piel.

—¿Te vas sin molestarte en desayunar, Lily? —se burló sarcástico.

No supo qué decir. Esperaba huir sin enfrentarse a esa clase de discusiones. Lo requería para conservar la cordura. ¿Y ahora? Debía aceptar la posibilidad de sufrir un poco más. De angustiarse. Tratando de permanecer tranquila, lo vio de frente.

—Iba a comer un bocado en el aeropuerto —contestó—. Yo… no quería despertarte, así que iba a pedir un auto de alquiler y… — su voz se desvaneció, intimidada por la expresión de los ojos de Dane… dura, fría y amargamente cínica.

Ninguno se movió, ninguno habló y, al fin, el silencio los cercó despacio, mientras el aire mismo empezaba a zumbar.

No sabía lo que él pensaba… también ignoraba lo que le exigía. Pero algo rumiaba en su mente, sin duda; sentado allí, con la boca apretada formando una línea fina.

¿Consideraba si debía pedirle o no que se quedara?, se preguntó Lily. ¿Decidía si el esfuerzo merecía o no la pena? Deseó poseerla durante largo tiempo; ahora que lo había logrado, saboreándola, saciándose, quizás estaba tan satisfecho que podía darse el lujo de permitir que ella se fuera.

—Yo te llevaré —le dijo al fin, en voz baja.

Sí, podía darse ese lujo.

El corazón de Lily se agitó de manera enfermiza en su pecho. Sintiendo que palidecía, bajó la vista. ¿Qué esperaba? se preguntó con amargura. ¿Promesas de amor eterno?

Y ella, ¿no estaba también cansada?

—No —se oyó contestar y se preguntó, mareada, si respondía que no a su ofrecimiento o a sus propios pensamientos—. Estaré bien… no te preocupes. Prefiero…

—¡Dije que te llevaría! —la furia surgió de alguna parte, haciendo brincar a la chica—. Te llevaré, maldita sea —repitió acalorado. Se puso de pie de un salto—. Sólo dame un momento para lavarme —la empujó y se dirigió al baño para cerrar la puerta de golpe.

Temblando por una reacción tardía, Lily contempló el teléfono que la tentaba, al lado del gabinete. ¿Tenía tiempo de llamar a la recepción y salir de allí antes de que él…?

No. Cansada, se dejó caer sobre una de las sillas. Debía pagar la cuenta, recoger su equipaje… ¿De dónde le vino la idea tonta de que podía escapar de Dane? Lo ignoraba, pero ahora tenía tiempo de pensarlo.

—Una locura es lo único que se me ocurre —murmuró para sí.

Dane regresó, pareciéndose más al hombre que ella estaba acostumbrada a ver, ahora que se había rasurado. En ese hotel, la administración proveía de útiles de aseo a aquellos huéspedes que los había olvidado. Y Dane se olvidó de todo, decidió divertida… cuando casi le saltó encima rogándole que se quedara.

Se estremeció, despreciándose de pronto, a la fría luz del día, por haberse comportado de ese modo. Se levantó, tratando de distraerse borrando toda evidencia de la noche que pasaron juntos o metiéndola en su bolsa de viaje.

—¿Lista? —Dane movía las llaves con dedos impacientes. Su expresión inspiraba tanta confianza como un témpano de hielo.

Lily asintió muda. El se acercó para cargar las dos maletas.

—¿Puedes llevar ésa? —le preguntó a la joven, señalando la bolsa de viaje.

Ella volvió a asentir, demasiado emocionada para hablar. Y, sin una palabra más, salieron de la habitación.

Tampoco hablaron mientras descendían por el ascensor. La tensión entre ambos parecía explotar. «Nunca habíamos llegado a estos extremos», decidió Lily angustiada.

Cuando se metieron en el coche y Dane empezó a conducir, el aire entre ambos los sofocaba. Lily se sentó muy erguida a su lado, apenas atreviéndose a respirar por miedo de provocar la explosión que amenazaba desatarse.

Dos veces, durante ese corto y silencioso trayecto, Dane estacionó el auto a un lado del camino. Y cada vez Lily se puso rígida, preparándose para ese ataque… sólo para sentir que la tensión aumentaba, después de varios minutos de permanecer inmóviles, sin pronunciar una palabra. Al fin Dane volvía a poner en marcha el motor y continuaban su camino.

Se marchitaba bajo esa presión, cuando al fin llegaron al aeropuerto. Dane frenó con violencia y la asustó al estirarse para abrir el compartimiento de los guantes. Descubrió que comprimía la boca aún más al observar esa reacción involuntaria; luego sacó una cartera de cuero negro y se bajó del auto.

Deseó que Dane no lo hubiera hecho, prefería que se quedara allí, en el asiento, silencioso y seco, esperando a que ella se perdiera en la distancia, para nunca volver a verla. Así habría sido más fácil.

Pero Dane nunca le facilitó las cosas, se recordó mientras la ayudaba a bajar del coche. Luego el se quedó aguardando, intentando descubrir un carrito vacío para poner allí las maletas.

—No te acompañaré más lejos —la previno sin mirarla. Clavó los ojos en un punto impreciso del edificio del aeropuerto, indiferente.

—Bien… de acuerdo —dijo—. Está bien. Yo… —Dios, estaba resultando peor de lo que calculó. Las lágrimas le cerraban la garganta, causándole dolor—. Gracias —murmuró, terminando con ese martirio.

—No me escribas. No me llames por teléfono —la dureza de su voz la hirió—. Ni siquiera trates de ponerte en contacto conmigo durante los próximos seis meses… Seis meses, Lily —repitió con voz

constreñida.

Entonces se fue; regresó a su auto a grandes zancadas y desapareció sin dignarse verla a la cara.

—Seis meses —musitó Lily atontada. ¿Qué haría en los próximos seis meses? Se quedó allí, aferrada al carrito del equipaje porque era lo único sólido que podía sostenerla, mientras luchaba contra la intención de conseguir un auto de alquiler para seguir a Dane.

Pero, ¿qué obtendría? Ese hombre no era, ni nunca sería suyo.Oh, hablaba de un poco de tiempo, de un poco de paciencia. Sin embargo, ambos sabían por qué se concedieron una noche. Porque era ahora o nunca, porque una vez que la distancia y los días los separaran, él regresaría a sus viejas costumbres sin responsabilidades, sin compromisos, ya que su deseo y su curiosidad desaparecerían al sacarla de su vida.

Ella lo amó casi desde el principio, en tanto que Dane sólo sintió lujuria. Y en la lujuria no había futuro.

CAPITULO 9

Era una noche hermosa. Lily, parada sobre el muelle, en la parte posterior de la casa de sus padres, se apoyaba en la barandilla. Tenía los brazos cruzados, sobre el corpiño del vesti-do de seda que usaba, contemplando a través de la bahía el famoso puente de Sydney… un paisaje que admiró con frecuencia durante los últimos meses cuando necesitaba escapar de la intensa vida social que sus padres se habían esmerado en construir a su alrededor. Sólo así conservaba la cordura.

El aire olía a la dulzura del jazmín y una suave brisa jugaba en la superficie aguamarina de la piscina, iluminada por una tenue luz. Con la luna llena, el terciopelo del cielo oscuro se manchaba de estrellas. Y, detrás de ella, el sonido de las charlas de sobremesa le llegaban por oleadas, filtrándose a través de las puertas abiertas.

Inhaló despacio, soltando el aliento poco a poco, gozando la paz y la tranquilidad del momento. Sus padres vivían tan contentos en ese sitio que habían decidido quedarse allí… comprar la casa, emigrar.

Mark también parecía contento… o tan contento como podía estar de acuerdo con su naturaleza y su situación. Vivía en Hong Kong, donde ella había pasado quince días, hacía un mes y empezaba a recuperarse de la pérdida de Daniel, ayudado sin duda, por el éxito instantáneo de sus pinturas.

Ella, sin embargo, extrañaba Inglaterra. Extrañaba sus verdes campiñas, las líneas de húmedos árboles que flanqueaban los caminos después de un chubasco. Extrañaba el rocío de la neblina en las tardes frías de otoño. Y los días del verano cuando una brisa ligera siempre lograba refrescar el aire, lo suficiente para respirar… a diferencia de allí, sonrió, sintiendo que la atmósfera pesada se le pegaba como un sudario mojado a la piel.

Y extrañaba a Dane… Oh, no como extrañaba todo lo que su patria significaba para su alma. No, extrañaba a Dane con un dolor físico que algunas veces la mantenía paralizada en sus garras, en tanto que los recuerdos que le provocaban nostalgia habían sido introducidos en sus genes, en ese lugar del corazón que se reserva para el hogar.

Dane no representaba su hogar, sino el peligro… fuego, pasión, dolor… Representaba incertidumbre, riesgo, la promesa de que tendría que saborear la amargura de la pérdida por segunda vez.

Dane. Su corazón tembló, arrancándole al aliento de los pulmones

con un suspiro tembloroso. Entre más tiempo permanecía lejos de él, más se convencía de que prefería esa separación. No creía poder sobrevivir al trauma emocional de amarlo y perderlo por segunda vez. Apenas lo logró la primera.

Y otra vez la agobiaban las mentiras. Estaba harta de vivir con ellas. Ahí era la pobre señora Lily Norfolk, la trágica viuda joven. ¡Oh, extrañaba a Daniel, desde luego que sí! pero sólo como se extraña a un amigo querido, muy muy querido. El verdadero luto lo guardaba Mark, quien esgrimía la prerrogativa de su pena en la soledad, mientras pintaba.

En algunas ocasiones, Lily deseaba tener la excusa de esconderse al igual que Mark. Por lo menos a solas lloraría con sinceridad, por ella misma, por lo que no podía ser.

Y también estaban sus padres, tan amantes, tan amables, creyendo que estaba devastada por la pérdida de su esposo. La trataban igual que a una delicada porcelana, cuando realmente, si supieran la verdad, recibirían un terrible choque emocional. Y Dane. ¿Qué pensarían de su relación con Dane?

Una aventura amorosa… ¿con el hermano de Daniel? Casi podía imaginar sus exclamaciones de horror. «Pero Lily… eso es indecencia. Piensa en lo que todos sospecharán… lo que todos dirán».

Casas de cristal, musitó con sorna, dándose cuenta de que también tenía que protegerse contra las murmuraciones de la gente. Malditas casas de cristal.

Así que no les dijo nada de Dane. Y esa mentira se infectaba con todas las otras que había cultivado durante años.

Podía, si se quedaba en Australia, construir una vida agradable, limpia y cómoda para sí misma; crear un nuevo círculo de amigos, de personas amables que la tomarían por quien era y no exigirían más de lo que podía dar, lo cual resultaba muy afortunado, concedió, porque la habilidad de darse parecía que se había secado por completo en ella.

Dane tuvo la culpa. Tomó todo lo que ella tenía para dar y la dejó desnuda, arrebatándole el don de sentir algo más con profundidad, o de *querer* sentir algo más con profundidad. Sus padres lo notaron, aunque no trataron de discutirlo con la joven… lo cual le parecía muy bien, pues no sabía si lograría cambiar la actitud callada, casi introvertida que llevaba consigo al llegar a Australia.

Presentía que, una vez más, había puesto su vida en suspenso, sofocando sus necesidades y deseos para adaptarse a los de otros, reflexionó con pesimismo. Quizás ese era su destino.

—¿Planeas tu escape?

Una sonrisa le distendió los labios de modo automático cuando volvió la cabeza para ver que su padre había salido de la casa y

caminaba por el muelle para llegar a su lado.

—Parecías muy nostálgica —explicó, con cierta burla—. Como si algo, allá en la distancia —señaló el mar con su cabeza rubia—, te atrajera.

—Inglaterra —asintió—. Extraño mi patria —pero fueron las facciones de Dane las que flotaron ante sus ojos.

—Ah—bromeó-,los australianos no son lo bastante civilizados para que los aceptes. Debí imaginármelo.

—Son tan civilizados y cosmopolitas como el resto del mundo occidental, y tú lo sabes —se rió.

—Pues si son tan civilizados y cosmopolitas —replicó en voz baja —, ¿para qué te regresas a Inglaterra?

—A mi hogar —lo corrigió—. Siento nostalgia por mi hogar.

—Entonces, ¿cuándo te vas?

—Quizá no me vaya —se encogió de hombros y luego sonrió—. Una chica puede sentirse un poco nostálgica sin querer abordar el próximo avión para huir de aquí, ¿no?

—¿Aun cuando ha querido escapar de esta isla, desde el momento en que aterrizó? —inquirió alzando las cejas.

Lily apartó la vista, incapaz de sostener la mirada de su padre.

—¿Cuánto tiempo has estado con nosotros, Lily? —preguntó en un murmullo.

—Seis meses —contestó, sin tener que reflexionar. Seis largos y vacíos meses…

—Has contado los días, ¿eh? —bromeó.

Lily se sonrojó, dándose cuenta de que había replicado demasiado rápido.

—He sido muy feliz con ustedes, papá —la irritación ante la suspicacia de su padre agudizó un poco su voz.

—Tan feliz —afirmó sarcástico—… que aun no te veo sonreír con tus hermosos ojos azules… o aceptar una segunda cita con algún afortunado de la fila de hombres que te cortejan esperanzados. Se alejan tristes, porque tu no les haces el menor caso.

—Acabo de perder a mi marido —le recordó.

Su padre lo aceptó con una leve inclinación de cabeza.

—Cierto, pero darle la oportunidad a uno de estos muchachos para que te ayude a olvidar tu pena no va en contra de las leyes internacionales de la decencia, Lily.

¿Decencia? Casi suelta una carcajada al oír esa palabra. Su pobre padre, aunque se consideraba muy de mundo, recibiría un impacto brutal al descubrir al grado ínfimo de decencia al que había descendido su hija. Y, de cualquier manera, pensó con acidez, la línea de la decencia se marcaba a los seis meses de luto, con toda exactitud, pues Dane así lo había establecido. Acababa de llegar a ese término y

ahora…

—No estoy lista para embarcarme en un idilio profundo —le advirtió.

—¿Profundo? —repitió su padre; luego suspiró y le tomó la mano con ternura—. Lily, Daniel era un hombre maravilloso y ambos se amaban; pero ¿no crees que ya es tiempo de que aceptes su, ausencia?

Oh, Dios. Cerró los ojos llenos de lágrimas avergonzadas. Mentiras, malditas mentiras.

—Lo haré —prometió en un susurro—, cuando esté lista —seguía pensando en Dane… siempre en Dane—. Mira… —ya no soportaba esa charla—, estoy cansada. Creo que me iré a dormir. Dale a mamá las buenas noches de mi parte —con un rápido beso en la mejilla de su padre, escapó a su dormitorio antes de que dijera algo de lo que se arrepentiría.

El problema se reducía a que Dane invadía su mente, reflexionó, mientras se preparaba para meterse en la cama. Se reducía a Dane y a seis meses de separación. Seis meses angustiosos que terminaban ese día. Y todavía tenía que librar una lucha reñida para decidir lo que debía hacer.

—Al demonio —murmuró sentándose sobre la cama.

Siguiendo un impulso levantó el auricular y marcó el número telefónico de la única persona en el mundo con quien se sentía en libertad de confiarle todo.

Mark contestó de inmediato.

—¿Te saqué de la cama? —le preguntó cuando lo oyó bostezar.

—¿A las… —debió de consultar su reloj—… nueve de la noche? No, todavía resisto un poco más.

—Bostezaste —lo acusó.

—Estiraba la espalda —le indicó—. Si tienes que enterarte, interrumpiste mi trabajo.

—Pintabas —asumió.

—Pintaba, sí —aceptó—. Pero con una brocha para muros. Estoy decorando mi apartamento.

—Ah —se rió, empezando a sentirse mejor por el sólo hecho de hablar con su amigo.

—Y, ¿a qué se debe esta llamada? —Lily adivinó que se acomodaba en un sofá y ella se acurrucó sobre la cama, apoyando el auricular en la almohada, contra su oreja.

—Pues a nada —replicó evasiva—. Yo… quise hablarte, es todo.

—Ah… —calculó las tres horas de diferencia entre Sydney y Hong Kong… ¿A la media noche? ¿Un viernes? ¿Por larga distancia? —se burló.

—Ajá —admitió, sin comprometerse.

Reinó un breve silencio, mientras él digería esa respuesta

sospechosa.

—¿Ya te hartaste? —sugirió.

—Ajá —murmuró de nuevo.

—¿De Sydney o de la perezosa vida que llevas?

—De las dos cosas —afirmó—. Creo que quiero regresar a casa.

—Entonces, ¿por qué no lo haces?

Una pregunta lógica, pensó Lily. Era una pena que no pudiera darle una contestación también lógica.

—El criadero de caballos te espera —continuó Mark cuando ella no añadió nada—. Todo lo que tienes que hacer es entrar por la puerta de la cocina y, ¡milagro! recuperarás tu hogar.

—No, no en la granja —ese sitió ya nunca sería su hogar—. Bien sabes que nunca quise convertirme en la dueña del criadero. Ni siquiera entiendo por qué Daniel me lo dejó. Sólo me causó más problemas.

—Te lo dejó porque quería estar seguro de que tú lo administrarías —asentó Mark sin titubeos—. Y sólo te causa problemas por culpa de Dane Norfolk.

—¿Dane? —repitió a la defensiva—. ¿Qué tiene él que ver con esto?

—Todo, supongo —replicó Mark—. Siempre te atormentó… y tú a él —agregó con cautela.

—¿Acaso has olvidado que Dane y yo apenas cruzamos palabra?

—No se atrevían a cruzar palabra —se burló—. Pero se delataban apenas sus miradas se encontraban. La habitación temblada. Si hubieran intercambiado un par de frases, las paredes se habrían derrumbado. Daniel solía preocuparse porque comprendía que tú no podrías oponerte a la lamosa experiencia de su hermano como conquistador de mujeres.

—¡No seas ridículo! —lo atajó, desando no haber hecho esa llamada. El problema con Mark era que siempre la desconcertaba con su maldita perspicacia.

—¿Te parece ridículo que él haya volado hasta Hong Kong, hace seis meses, para averiguar qué diablos sucedía entre nosotros tres?

—¡Nunca me lo dijiste! —Lily se incorporó de pronto, con los nervios de punta—. ¿Cuándo… cuándo fue a verte? —inquirió sin aliento. ¡Mark ni siquiera lo había mencionado durante la visita que le hizo el mes anterior! Pero entonces, concedió, ella tampoco le confió nada. De hecho, ambos evitaron hablar de Dane.

—Poco después de que llegaste a Sydney —le reveló.

La chica se echó sobre la almohada, con el estómago anudado.

—¿Qué quería? —suspiró sin saber si deseaba descubrirlo.

—Pues no viajó hasta aquí por motivos de salud —ironizó—. De hecho, yo diría que el hombre sufría. Sufría de muchos males —

agregó, provocativo—. Sin embargo, el mayor era una necesidad angustiosa de poder aceptar lo que su hermano era.

—Oh —el silencio se tornó pesado—. ¿Fue… fue cruel contigo, Mark? —preguntó Lily con voz ronca y se mordió el labio inferior. Sabía, por dolorosas experiencias previas, cuan desagradable podía ser Dane cuando no le gustaba algo.

—No —negó Mark suspirando—. Si acaso estaba… triste. Triste de que Daniel no se lo hubiera confesado. Triste porque se dio cuenta de que realmente no conocía a su hermano. Y quería saber — agregó con un gruñido—, todo lo que yo quisiera contarle. ¿Cómo logró sacarte la verdad, Lily? —preguntó de pronto, curioso—. Porque si pudiera apostar a lo seguro contra Dane Norfolk, afirmaría que no usó medios suaves ni rectos, al contrario, bastante truculentos, para obligarte a contarle todo lo que sabías.

—Pues… discutimos —se escabulló, sin enfrentarse a la verdad— … sobre el testamento de Daniel y… bueno… me enfureció al grado que exploté y ya no me detuve ante nada.

—Yo más bien creo que te sedujo —se burló Mark.

—¡Mentira! —se indignó, mientras un rubor de culpabilidad le teñía las mejillas. Mark acertó con tal precisión en el blanco que Lily empezó a preguntarse si Dane le habría descrito lo que pasó—. Y, de cualquier manera… eso se terminó hace meses. Pero, ¿por qué decidiste sacarlo a colación ahora?

—Por Dane Norfolk —repuso Mark—. Y por la conclusión de que tu nerviosismo e inquietud se los debes a él. Te enamoraste de ese tipo, ¿eh?

—¡Oh, Dios! —exclamó la joven, cubriéndose los ojos, incapaz de ocultarlo por más tiempo. Harta de negarlo. Harta de seguir entretejiendo mentiras. Harta de toda esa maldita situación.

La voz del pintor le llegó a través de la línea, con suavidad.

—Asumo, por tu reacción, que no tienes esperanzas de que te corresponda, ¿verdad?

—Oh, siempre hay esperanza —interrumpió Lily con amargura—. Uno siempre puede aterrarse a la esperanza. Pero la duda que me atormenta es si quiero arriesgarme y confiar en algo tan tenue como la esperanza.

Y se lo dijo de golpe, en voz baja, sin ocultar nada. Le contó todo, hasta los pequeños detalles.

—Los seis meses terminaron —notó el artista, cuando ella terminó.

—Sí —suspiró.

—¿Y…? —insistió él.

—Y nada —se encogió de hombros—. No creo poseer la fuerza suficiente para adentrarme en una vida en la que siempre estaré esperando a que caiga la espada de Democles, al acecho de las señales

que me indiquen que está cansado de mí, del mismo modo que se cansa de todas sus mujeres —se volvió a encoger de hombros, indefensa e hizo una mueca—. Si realmente pensara que existe una pequeña oportunidad de que aprenda a amarme, regresaría a Inglaterra de inmediato.

—Pero Dane no te pide amor—intervino Mark.

—No —sólo sexo… únicamente sexo.

—¿Acaso no afirmó un tipo inteligente que más vale amar y sufrir que nunca haber amado? —filosofó el pintor.

—¿Y crees que tenía razón? —le lanzó.

—Oh, sí —suspiró—. Muchísima razón… aunque confío en Dios en que nunca vuelva a ocurrirme mientras viva. Un caudal de recuerdos de amor son más que suficientes para seguir adelante, créeme.

No había remedio, decidió Lily pesimista. Lo que acaba de darle con una mano, Mark se lo quitaba con la otra.

—Si quieres un consejo, Lily —concluyó el pintor—, arriésgate. Arriésgate con todo lo que tienes o pasarás el resto de tu vida preguntándote qué fue lo que dejaste pasar.

Lily consideró esa proposición, la consideró con mucha seriedad durante los días siguientes. Pero cada vez que la decisión de regresar a Londres y arriesgarse se volvía casi imposible de resistir, se daba un tiempo para reflexionar, se preguntaba qué la aguardaba… ¿Dane, dándole la bienvenida con los brazos amorosos abiertos? ¿O Dane perdido en el abrazo de otra mujer, demostrándole que no había desperdiciado el tiempo durante esos seis meses de separación?

Y también existían las casas de cristal… esas malditas casas de cristal que no le permitían olvidar que, aun si él todavía la deseaba, ante los ojos del mundo ese amor estaba prohibido.

Seis meses no eran suficientes para acallar las malas lenguas. Un año resultaba un poco mejor. Y quizá no habría un período lo bastante largo para que la relación entre ambos se volviera aceptable ante la sociedad.

Dejó que la decisión se prolongara durante varios días… días en que su silencio y su semblante preocupado inquietaron a sus padres. A tal grado, que empezó a pasar más tiempo fuera de la casa, caminando por la playa, sola, melancólica, desesperada y temerosa.

Entonces, dos semanas después de que exploro el plazo de los seis meses y justo cuando había decidido, con la mayor firmeza, que le escribiría a Dane para informarle que permanecería con su familia en Sydney, algo ocurrió que volteó ese propósito de cabeza.

Salió para otra de esas largas caminatas, esforzándose en aclarar el embrollo de sus sentimientos. Estaba cansada, acorralada y sedienta al regresar a la casa, con la intención de entrar en la cocina para servirse una bebida fría. Luego subiría a su dormitorio para bañarse, antes de

enfrentarse a la tarea de escribir la carta…

De pronto su padre la detuvo en el vestíbulo.

—Tengo algo para ti —le dijo y la llevó al estudio que había convertido en una oficina para manejar sus intereses comerciales en Londres, así como los de Sydney—. Ten —le entregó una hoja de papel que estaba sobre su escritorio—. Llegó por fax hace diez minutos. ¿Qué demonios significa, Lily? —preguntó frunciendo el ceño.

Ella también lo frunció, estudiando la hoja. Entonces palideció, sus dedos empezaron a temblar al leer el mensaje escrito con rasgos osados a través de la página.

«¿Qué diablos haces, Lily? ¡Regresa a casa!» Casi decía, sin más. Pero las palabras estaban subrayadas con líneas profundas y gruesas, que indicaban la ira del autor.

Temblorosa, se echó sobre una silla, con la vista opaca por lágrimas débiles y patéticas. *A casa,* había escrito. Y algo semejante a un dique que se rompía en su interior, dejó pasar un río de desesperación que la bañó.

—¿Y bien? —exigió su padre—. ¿Qué pasa? ¿Quién te lo envió?

—Dane —susurró—. Me lo envió Dane.

—¿Norfolk? —su padre parecía totalmente confundido—. ¿Norfolk te ordena regresar a Inglaterra.

No, me ordena regresar a casa, lo corrigió Lily en silencio. A casa.

Pero, ¿a qué? La incertidumbre empezó a torturarla de nuevo. A casa… ¿para experimentar el agridulce tormento de un amor no correspondido? A casa… ¿para aceptar las insinuaciones apenas veladas de los demás… o para ocultar con astucia lo que hacían? A casa… ¿para seguir mintiendo, para continuar engañando?

¡Casas de cristal… casas de cristal! ¡Malditas casas de cristal!

—¿Puedo… enviar una respuesta? —le pidió a su padre.

—Desde luego —aún parecía atontado—. Adelante. Pero no entiendo por qué está tan ansioso de que vuelvas. ¿Crees que surgió algún problema con la herencia de Daniel? Siempre administraste la granja como una máquina bien engrasada, Lily —opinó, a pesar de la impaciencia temblorosa de la joven—. Apuesto a que ahora no la administran con tanta eficiencia.

—Yo… sí —Lily no lo escuchaba—. ¿Te importaría si uso el fax ahora? —titubeando se puso de pie.

—¿Qué? Oh. Sí, desde luego —su padre frunció el ceño, luego se encogió de hombros y salió del estudio.

En el mismo momento en que se quedó a solas, Lily se apoderó del escritorio y empezó a buscar un bolígrafo.

—Casas de cristal —refunfuñó para sí al poner la hoja del fax sobre el escritorio y empezó a garabatear su mensaje, con letras tan grandes

como las de él.

«¿Qué pasará con las casas de cristal?», escribió.

Después giró, metió el papel en la máquina, oprimió los números para enviarlo y apretó con firmeza el botón para iniciar el proceso. Después, mientras el aparato hacía su trabajo, se sentó de nuevo, sintiendo que acababa de escalar el Everest sin detenerse para tomar aliento.

Silencio. La habitación la agobiaba con su silencio. La máquina la agobiaba con su silencio. Aun los latidos de su corazón parecían acoplarse al ritmo del sonido grave de un tambor.

Esperó. Los minutos se deslizaron con lentitud agónica. ¿Cuánto tiempo tomaba enviar un fax y recibir una respuesta, por el amor de Dios? ¿Qué tal si no encontraba a Dane en su oficina? ¿Qué tal si sólo había enviado esa maldita orden y luego salió, seguro de que lo obedecería? ¿Qué tal si…?

La máquina cobró vida, lo mismo que Lily quien se enderezó en su asiento para luego ponerse de pie de un salto y observar el papel que emergía de una ranura del aparato.

Era la misma hoja que ambos habían usado y que contenía los mensajes previos: la orden de Dane, su respuesta apresurada… Y luego palabras nuevas… palabras que le anegaban los ojos de lágrimas.

«¡Al demonio con las casas de cristal!" decía. »Te necesito. ¡Vuelve a casa!".

Su estómago se estremeció. Su corazón también. Empezó a reír… a reír sin control, aun cuando se dio cuenta de que estaba al borde de un ataque de histeria. Pero sentía que un peso enorme caía de sus hombros porque Dane había dicho: «al demonio con las casas de cristal«, y de repente, nada pareció importarle. No le importó lo que las personas pensaran de ellos. No le importó que él hubiera usado las palabras «te necesito» en lugar de "te amo». Por lo menos aceptó que la necesitaba y eso significaba algo, ¿verdad?

«Vuelvo a casa», escribió con audacia y metió el papel en la máquina. Esperó a que enviara su mensaje y luego sacó la hoja para apretarla contra su corazón.

Fue lo más cercano a una carta de amor y, a pesar de que los garabatos apenas eran legibles, la atesoraría hasta el día de su muerte.

Londres la recibió con un climafríoy húmedo, con el cielo emplomado que amenazaba más lluvia. Lily se estremeció bajo su delgada chaqueta de lino que le pareció adecuada para viajar, cuando abandonó el ardiente calor de Sydney dejándolo a sus espaldas. Ahora a pesar del eficiente sistema de calefacción del aeropuerto de

Heathrow, sentía frío, aumentado por una pesada sensación de cansancio que le provocó el largo trayecto.

Esa vez no hizo escalas. Volvió a casa y a Dane por la ruta más directa.

Se suponía que Dane iría a recogerla. El estómago de la chica se encogió al salir de la aduana y detenerse para estudiar el muro de rostros que la observaban.

Quizá no iría al aeropuerto, pensó Lily de pronto. Quizá enviaría a Jo-Jo. Después de todo, podía afirmar «al demonio con las casas de cristal», pero hacía seis meses la había acompañado al aeropuerto para despedirla y eso sólo podía significar que se mostraba reacio a que lo vieran en público con ella.

Allí estaba. Los revoloteos del estómago de Lily se convirtieron en una avalancha. Parado un poco aparte de los demás, tenía los ojos fijos en ella, con el rostro delgado y serio, transformado en una máscara.

Ni una sonrisa de bienvenida. Lily sintió que las manos cubiertas de sudor se le resbalaban de la barra del carrito, donde había puesto su equipaje. Tenía la boca seca, el corazón acelerado y al avanzar, sus ojos jamás se apartaron de la dura penetración de las pupilas grises.

—Hola—murmuró ronca, con una cautela que reveló por la manera en que su sonrisa apenas se dibujó en sus labios.

El no trató de devolvérsela.

—Llegas tarde —refunfuñó.

—No —negó incómoda—. Bueno, quizá un poco. Media hora de retraso no es mucho, si se toma en cuenta la distancia…

Entonces Dane le recorrió el cuerpo con la mirada y ella empezó a sentir cosquillas de la cabeza a los pies, esperando… ansiando que la tomara en sus brazos…

Intentó sonreírle, alentándolo a que le demostrara que estaba contento de verla. Pero él no lo intentó. Si acaso, se puso más serio. Y de repente, toda esa maravillosa excitación que guardaba, atravesando la mitad del mundo, empezó a desaparecer en medio del silencio.

—¿Podemos irnos? —indagó un poco desesperada, preguntándose si estaba destinada a echarse a llorar frente a él.

—Desde luego —posó la mirada en algún punto sobre el hombro izquierdo de Lily y asintió.

De inmediato una mano apareció para empujar el carrito cargado de equipaje. Lily clavó la vista en el rostro familiar de Jo-Jo, que la contemplaba radiante y al fin sus lágrimas descendieron por sus mejillas con toda libertad.

—Jo-Jo —se rió e, incapaz de resistirse, lo abrazó igual que a un gran amigo.

—Bienvenida, señorita Lily —sonrió cuando ella lo soltó—. Es

usted un oasis para mis cansados y viejos ojos…

—Vamonos —los interrumpió una voz tajante y aun ese pequeño placer que Lily recibió ante las cálidas palabras de Jo-Jo, se desvaneció.

Frunciendo un poco el ceño, el oriental se hizo cargo del carrito, abriéndose paso entre las multitudes que llenaban los pasillos para dirigirse hacia la salida.

Lily siguió al sirviente, atontada, con Dane caminando rígido a su lado. Alguien los empujo y el brazo de su anfitrión le cubrió la espalda, protegiéndola. De repente fue consciente de la altura y la fuerza de ese hombre, de su poder agobiador, de su olor, de la innata sensualidad que despedía. El calor la bañó igual que fuego líquido, acurrucándose en sus mejillas.

Entonces él apartó el brazo y el fuego cesó de pronto, de manera abrupta, dejándola perdida, fría, preguntándose confundida qué hacía en ese sitio.

La limosina negra estaba estacionada, como de costumbre, entre dos líneas amarillas y un papelito aterrador los aguardaba, emparedado entre el parabrisas y el limpiador.

Jo-Jo empujó el carrito hasta el portaequipajes, mientras Dane le abría la puerta del auto a la joven. Lily se introdujo en el vehículo sin su ayuda y se acomodó en el otro extremo del asiento, negándose a mirarlo cuando él la imitó.

Sentía ganas de llorar, de gritar. Quería encerrarse dentro de una alcantarilla para expresar su amargo dolor y desilusión, ante la fría actitud que Dane le demostraba.

Suspirando con pesadez, como si también estuviera muy decepcionado de ese maldito encuentro, Dane se apoyó contra el respaldo del asiento, observó a Jo-Jo rodear el auto, pescar el papel de la multa y sentarse al volante.

El oriental arrojó el papel en el asiento contiguo, sin darle importancia miró por el espejo y le sonrió con calor a Lily, antes de iniciar la marcha. La tensión que reinaba dentro del auto habría sido suficiente para sofocar a los tres.

Llovía. Lily sintió la diferencia del clima en el aire fresco, al cual se desacostumbró en Australia… aunque habría preferido morir antes que confesárselo al hombre sentado, tan frío y distante, a su lado. No tenía idea de a qué lugar la conducía. Quizás a su apartamento. Quizás a la granja. O tal vez a Timbuktú… para lo que le importaba:., con tal de que llegaran rápido.

Pero resultó obvio, después de treinta minutos de viajar en ese silencio hostil, que la llevaría al apartamento. Y de repente Lily se dio cuenta de que no quería entrar en ese sitio.

—Me acomodaré en cualquier hotel —murmuró, lanzándole esa

pesada sugerencia.

—¿En serio? —se mofó. Y eso fue todo. Fin de la discusión.

El coche se estacionó ante el lujoso edificio de apartamentos. Jo-Jo los dejó justo ante la entrada y Dane rodeó el auto para ayudarla a descender antes de que ella tuviera oportunidad de abrir la puerta. Sus dedos la tocaron al tomar la mano de Lily y ella la apartó furiosa, pero Dane volvió a atraparla y ya no la soltó, sin que le preocupara, en lo más mínimo, la furia de su invitada.

CAPITULO 10

¿QUE te sucede? —explotó Lily iracunda cuando de repente lasoltó, de manera tan repentina que la hizo trastabillar.

—Nada en lo absoluto —gruñó y oprimió un botón del ascensor con rabia. Las puertas se cerraron. Dane se volvió para verla y las primeras punzadas de alarma recorrieron la espina dorsal de Lily cuando adivinó una rabia ciega en el rostro de ese hombre—. Pero me gustaría saber —agregó, seco—, ¿qué demonios pretendías pasándote dos semanas de la fecha fijada, sin volver a casa?

La joven parpadeó, sin poder pensar en un sólo argumento para defenderse.

—¿Qué inventaste, Lily? —siseó—. ¿Una trampa para obligarme a rogarte antes de que estuvieras convencida de que me tenías a tu merced?

—¿A rogarme? —exclamó—. ¡Me lanzaste una orden real, Dane! Algo que no se parecía, ni en lo más remoto, a un ruego.

Las puertas del ascensor se abrieron y él salió, dejándola allí, contemplando el sitio que Dane acababa de evacuar, mientras empezaba a comprender, despacio, lo que sucedía en la mente de ese arrogante.

¡Dios bendito, su orgullo sufría porque fue el primero en romper ese silencio de seis meses! Nunca se le ocurrió que la autoestima de Dane disminuiría ante sus propios ojos por haber dado el primer paso.

Pero ahora se le ocurría. Y entre más lo pensaba, más furiosa se ponía. Así que le parecía muy bien que se arrodillara ante él… que sacrificara su orgullo… mientras que el «ego» colosal de Dane Norfolk se regodeaba con esas humillaciones.

Al salir del ascensor Lily tropezó y casi cae al suelo en su ansiedad por enfrentarse a ese vanidoso. Abrió la puerta del apartamento con violencia, casi desmarcándola, para encontrarlo en el estudio, de pie, con un vaso de aguardiente en la mano.

—¿A eso se debe… esa… esa helada recepción en el aeropuerto? —preguntó, deteniéndose en el umbral de la habitación.

La mirada de su anfitrión la quemó con su desprecio.

—Quizá pensé que tú debías iniciar la próxima jugada —sugirió con ironía.

Lily exhaló, mientras sus pupilas azules se llenaban de

incredulidad.

—Yo ya hice esa jugada —replicó indignada—. Abordé el primer vuelo que salía de Sydney para volver aquí.

—Dos semanas más tarde de la fecha convenida.

—Oh —Lily no quería entrar en discusiones sobre los porqués de esos quince días de profundas reflexiones—. Yo… tenía mucho que pensar.

—¿No te bastaron seis meses? —se mofó.

—No estaba segura de que todavía deseabas que volviera —le confesó.

—Yo tampoco estaba seguro de que tú quisieras regresar.

Lily se sintió incómoda con esa verdad.

—Te… tenía miedo.

—¿Qué? ¿Miedo de mí? —parecía tan asombrado que la joven casi rió. ¡Desde luego que tenía miedo de él! ¡Siempre tuvo miedo de él! Poseía el poder de hacerla feliz o de destruirla… ¿acaso eso no justificaba sus temores?

—De lo que encontraría a mi regreso —lo corrigió.

—Así que decidiste que no merecía la pena tomarse esa molestia.

Una puerta se abrió. Lily miró hacia el vestíbulo y sintió un enorme alivio al ver que Jo-Jo llegaba con su equipaje. La distracción le ahorraba el riesgo de contestar esa pregunta.

—¿Pongo las maletas en su antigua habitación, señorita Lily?

—Eh… sí, gracias —contestó con apatía. Esperaba guardar su ropa en el dormitorio de Dane, como un preámbulo para compartir su cama.

Jo-Jo hizo un gesto ante la tensión que se filtraba en el aire que respiraban.

—¿Qué quieres beber? —inquirió Dane.

Lily lo contempló. Parecía menos formidable que un toro furioso, pero igual de inaccesible.

—Oh, nada… nada, gracias —repuso. El cambio de horario la desconcertaba. Según su estómago era hora de desayunar, no de beber una copa para iniciar la velada—. Preferiría bañarme y cambiarme de ropa. Dane… —añadió inquieta.

—Ve y date un baño, Lily —la atajó con impaciencia. Luego le volvió la espalda, insinuándole que la charla había terminado y que no aceptaba la disculpa que ella bosquejaba.

Jo-Jo acababa de colocar las maletas al pie de la cama, cuando la joven entró en la habitación. Alzó la vista, captó la torpeza del cuerpo de la viajera y sonrió con travesura.

—¿Quiere que ponga la ropa en su lugar, señorita Lily? —le ofreció.

—No… no, lo haré yo misma, gracias —contestó. Después lo miró,

frunciendo el ceño ante algo que no estaba bien en la manera en que se dirigía a ella—. ¿Porqué cambiaste mi estado civil, Jo-Jo? —indagó —. Aunque no me importa, desde luego —se apresuró a agregar, para que no pensara que la había ofendido—. Nunca te referías a mí como «señorita Lily».

El oriental encogió sus delgados hombros.

—Ordenes del jefe —explicó—. «Nada de señora Norfolk cuando venga», me dijo. Así que… —volvió a encogerse de hombros—… tuve que inventar lo de señorita Lily, ¿verdad?

—Lily a secas sería mejor—murmuró, distraída.

¿Por qué Dane le prohibió a Jo-Jo que la llamara «señora Norfolk»? ¿Porque no le gustaba que tuviera el mismo apellido que él? ¿Porque le recordaba demasiado a Daniel? ¿Porque destacaba demasiado la relación que los unía… la de cuñados, y ese detalle perturbaría a las malditas casas de cristal?

—¿Qué le pasa a tu jefe, Jo-Jo? —suspiró—. ¿Por qué se comporta como un…?

—Oso gruñón —la interrumpió Jo-Jo, sonriendo con sequedad—. Ha estado bajo una gran tensión últimamente —añadió—. Lo cual quizás aclare esta situación.

—¿Por problemas de trabajo? —preguntó preocupada, sintiendo que Dane le inspiraba una gran ansiedad, cuando un minuto antes sólo quería estrangularlo. Pobre Dane, pensó, lo agobiaban los problemas de su negocio y ella le exigía…

—Más bien por el trabajo de estar enamorado —replicó Jo-Jo y salió del dormitorio.

¿Enamorado?

Lily se quedó inmóvil, cerca de la cama, sintiendo como si alguien acabara de golpearla con fuerza en el pecho. ¿Dane se había enamorado? ¿De quién?

Empezó a temblar, una angustia dolorosa creció dentro de su cuerpo, quemándole los ojos, la garganta, rodeándola con una banda de sufrimiento tan sofocante, que le cerró el pecho y apenas le permitía respirar.

¿De Judy? ¿De otra criatura exquisita y mundana con la que ella no podía competir?

¿De quién podía ser? ¿A quién se parecía? ¿Por qué la alentó a volver al apartamento si sabía que alguien más ocupaba un sitio en su vida?

De pronto, el alivio invadió su cuerpo, contraído por el dolor. Se dejó caer como un peso muerto sobre la cama, con la boca seca y el pulso desbocado.

Dane se enfadó porque no se puso en contacto con él el día en que se cumplían los seis meses de separación. Se mostró introvertido y

seco cuando al fin ella regresó a Inglaterra, esperando que Lily hiciera la siguiente jugada… pero, ¿con qué objeto?

Para demostrarle por qué razón había regresado, se dijo contestando su propia pregunta. Lo lastimó que no mostrara la menor impaciencia por volver a sus brazos y ese sufrimiento lo obligó a enconcharse, a la defensiva.

El dolor, no el orgullo impulsó sus actos. El miedo, no la ira. El amor y no sólo la vieja y confiable lujuria, penetró en sus ojos cuando la admiró con intensidad apasionada.

Las pupilas de Lily empezaron a brillar… no por las lágrimas, sino por una excitación azul. Entonces se rió, colocando ambas manos sobre su cabeza, y se echó de espaldas en la cama, con otra carcajada de felicidad.

—¡Me ama! —susurró, diciéndoselo al techo—. ¡Dane Norfolk me ama!

Sintiéndose mareada por el poder de ese descubrimiento, se forzó a sentarse, a darse un baño y a prepararse para verlo, para comprobar con sus propios ojos que era verdad lo que creía.

Pero ¿qué pasaría si se equivocaba? La sonrisa murió de repente en sus labios, lo mismo que esa sensación de dicha. ¿Qué tal si inventaba esa fantasía con el propósito de tranquilizar a su hambriento corazón?

No, se negó a espiar de puntillas esas posibilidades. Entró decidida a la habitación, cubierta con una toalla y otra enredada en el cabello recién lavado. No se consideraba estúpida. Quizás estaba loca, irremediablemente enamorada de ese hombre, pero eso no significaba que su cerebro hubiera perdido la habilidad de funcionar.

Dane, seco y cortante durante sus arrebatos de ira, no era tan cruel como pretendía, decidió sentándose sobre la cama. Se quitó la toalla de la cabeza y empezó a secarse el cabello. No la habría hecho emprender el regreso a Inglaterra sólo para decirle que estaba enamorado de otra.

—Mmm —dejó de frotarse el cabello para saborear esa maravillosa sensación que provocaba el amor… se mareó, igual que si hubiera bebido champaña.

Con la costumbre que había desarrollado durante los seis meses de separación, pescó un cojín y se acurrucó sobre la cama. Apretó el cojín contra su cuerpo, como siempre que pensaba en Dane y dejó que su mente y sus sentidos absorbieran esos nuevos y maravillosos sentimientos.

«Deseo tener una margarita a la mano», fantaseó, para poder ejecutar todos los ademanes románticos, separar los pétalos, cortarlos… «Me ama, no me ama…»

Pero no, frunció el ceño. Decidiendo que no tentaría al destino con pétalos que acaso le dieran una respuesta equivocada, cerró los ojos y

dejó que la fuerza total de la imagen de Dane la invadiera. Su cabello, negro, lacio, suave, la incitó a acariciarlo con los dedos que le cosquilleaban. Su rostro, duro cual granito, pero tan atractivo que le detenía el corazón con sólo mirarlo, la conmovió. Sus ojos grises, sin un brillo plateado, los sintió tibios en lugar de fríos. Así que les añadió tonos de humo, oscuros, perturbadores, como cuando su cuerpo desnudo se amoldó con sensualidad al suyo. Y su boca, cálida y apasionada, incitaba en ella una respuesta lujuriosa… aquélla que ansió experimentar de nuevo durante seis largos y tristes meses.

Mmm, delicioso, bello. Del material con que se tejían los sueños…

El ensueño terminó una hora después, cuando Dane irrumpió, impaciente, en el dormitorio y se paró en seco. La ira quemante con que llegó allí, para regañar a Lily por su tardanza, se convirtió en un dolor entre los ijares cuando la vio acurrucada sobre la cama, dormida, apretando un cojín contra su pecho.

No pudo resistir el cansancio. Mientras él caminaba como fiera enjaulada por el estudio, hirviendo de ira y pasión, Lily se bañó con toda calma y luego se durmió.

Despacio se aproximó al lecho y se quedó mirándola durante largo tiempo, escuchando el suave susurro de una respiración lenta… el único sonido en esa habitación llena de paz.

La toalla que la joven usaba para secarse el cabello, estaba sobre el colchón, debajo de uno de los pies desnudos y Dane se inclinó para tirar de ella con lentitud. Sus dedos rozaron la piel satinada, bastante fría. Pescaría una pulmonía si la dejaba dormir sin cubrirla.

Incapaz de resistir la tentación, le acarició una pierna con los dedos, gozando con la sensación de esa piel contra la suya, hasta que tocó la toalla húmeda que todavía le cubría el cuerpo. Entonces, con enorme suavidad para no despertarla, desdobló la toalla, tirando hasta liberarla. Después trató de quitarle el cojín, pero sintió que ella tensaba los brazos con firmeza.

—Dane —susurró en sueños y una ola de algo parecido a la angustia lo bañó.

La cubrió con el edredón, luego le acomodó el cabello despeinado, apartándolo de la frente. Todavía estaba húmedo y olía a jabón. Se inclinó y le besó los labios, sintiéndolos temblar en respuesta. Entonces se enderezó, con un gesto travieso.

¿Lily tembló porque reconoció sus besos? ¿O fue sólo una respuesta instintiva a ese roce de mariposa sobre su piel? Casi afirmaría que reconoció sus caricias; que pasó seis meses amándolo con el alma y el corazón.

Lo que no entendía era el motivo por el que se mostró tan reacia a regresar.

Lily despertó con un sobresalto; abrió mucho los ojos al contemplar la oscuridad en ese medio desconocido. Entonces recordó y se relajó un poco. Estaba en su hogar, en Inglaterra. En el apartamento de Dane.

Era tarde, lo adivinó por instinto; pero qué tan tarde no tenía idea. Sin embargo, había algo extraño en el silencio que la rodeaba en esa ocasión, ¿al amanecer?

Alguien la metió en la cama. Todavía se aferraba al cojín, pero estaba desnuda debajo de la colcha.

Dane. Una sonrisa distendió su boca adormilada. Dane debió entrar y cubrirla. El calor penetró en su vientre, suave, enredándose en su interior al paladear la idea de que él la vio desnuda, dormida.

El cuerpo de una sirena, solía burlarse… ¿todavía creía que era tan bella? No cambió mucho en los últimos seis meses, excepto por el bronceado que adquirió su piel, por lo general pálida. Sin embargo, estaba segura de que estaba mejor así.

Un sonido semejante a un suspiro la hizo girar. Dejó de respirar por un momento, sorprendida de descubrir que no estaba sola, como creyó.

Dane, estirado sobre el sofá al lado de la cama, con la cabeza morena descansando sobre el respaldo, dormía. Se había quitado la ropa de calle y se había puesto una toalla azul oscuro y un pijama deseda. Con los ojos cerrados parecía muy relajado; apoyaba los pies a unos centímetros de donde ella se acurrucaba. Lánguida, Lily extendió un brazo para tocarlo y acariciarle el muslo tibio y los músculos duros debajo de la fina seda.

Sobresaltado, Dane abrió los ojos de golpe, clavándolos en la joven.

—Hola —lo saludó con timidez.

El no dijo nada durante un largo momento; quizás, al igual que ella, tomaba su tiempo para recordar dónde estaba. Después contestó un «hola» con un sonido sensual, tan diferente de su frialdad anterior que una temblorosa tibieza invadió a Lily y entonces sonrió.

—¿Cuánto tiempo dormí?

Dane consultó su reloj.

—Unas cinco horas —informó con indiferencia—. ¿Te sientes mejor… más descansada?

—Mmm —murmuró, pero fruncía el ceño—. Si dormí

tanto tiempo, debe ser cerca de la una de la mañana. ¿Por qué no te acostaste?

Ninguno de los dos se había movido desde que él abrió los ojos y la miró. La mano de Lily todavía descansaba sobre el muslo de Dane y sus pies seguían apoyados sobre la cama.

—No quise —replicó de manera intrascendente y cerró los ojos de nuevo—. De hecho, estoy muy cómodo así. Vuelve a dormirte, Lily; todavía debes estar cansada.

—¿Debo dormir mientras tú sigues allí?

—Te repito que me siento muy cómodo —asintió.

—Pero hace frío —expresó—. Te dolerán los músculos si no cambias de posición.

—Cambiaré —le prometió—. Y yo no tengo frío. Vuelve a dormirte y olvídate de que estoy aquí.

¿Olvidarse de que estaba allí? ¡Debía bromear!

—¿Por qué insistes en sentarte en ese sofá? —murmuró belicosa.

El se encogió de hombros, sin prestarle mucha atención.

—No quiero que te escabullas al amanecer, antes de que tengamos oportunidad de hablar —le confesó al fin.

—No lo haría —protestó.

—Lo intentaste la última vez que estuvimos juntos —replicó, observándola con sus pupilas duras y brillantes.

—Era diferente —Lily se movió inquieta.

—¿En serio? Yo no lo creo así —cerró los ojos de nuevo—. Como te dije, me quedaré aquí para poder vigilarte, si no te molesta.

Lily se mordió con suavidad el labio inferior, estudiándolo a través de la penumbra del dormitorio. Parecía cansado, no importaba que le asegurara que no sentía frío. Además había una palidez gris en su rostro que sugería que no estaba tan relajado como a ella le gustaría suponer.

Una ola de amor doloroso la sacudió, entibiándole los ojos y enviando su mano, que descansaba sobre el muslo de Dane, a acariciarlo. Debajo de sus dedos, los músculos se pusieron tensos, en una respuesta automática a su contacto. De pronto, Dane abrió los ojos de nuevo, oscuros y cautelosos.

—¿Qué demonios haces? —siseó.

—Te extiendo una invitación —contestó con suavidad.

—¿A qué me invitas? —la atajó.

Con calma, azorada por su propia osadía, Lily apartó la colcha con una mano, descubriendo su cuerpo desnudo.

—Si calculas que debes vigilarme durante toda la noche —murmuró—, sería mucho más cómodo si te metieras en la cama… conmigo.

Los ojos grises recorrieron el curvilíneo cuerpo, medio escondido por el cojín que ella apretaba con un gesto posesivo. Dane pasó saliva y su mirada se unió a la de Lily.

—¿Para qué usas ese cojín? —preguntó—. ¿Para protegerte de mis avances amorosos?

Lily negó con la cabeza, con expresión suave.

—El cojín te representa —le confesó con sencillez—. Te he abrazado, antes de dormirme, durante los últimos seis meses —con toda intención hizo a un lado el cojín, dejando que resbalara al suelo, descubriéndose, permitiéndole ver su piel, que todavía se sonrojaba con el rubor del sueño—. Creo que ya no lo necesito.

—Dios —se ahogó y se puso de pie de un salto—. Dios, Lily, no sabes a qué me invitas… —la tensión endureció su boca y alzó una mano para frotarse la nuca—. Si me meto en esa cama contigo, no te arrullaré para que te duermas.

—Me agrada oírlo —se burló—. Empezaba a preguntarme si habías perdido tus instintos de repente.

—¿Y quieres que duerma contigo? —preguntó ignorando la pulla —. ¿Aun después de haberte tratado tan mal cuando llegaste al aeropuerto?

—Quiero —confirmó, sin cubrirse con la colcha.

—Sin embargo, no habrías regresado si yo no te lo suplico.

—Quítate la ropa y acuéstate a mi lado —murmuró—. Empiezo a tener frío.

—¡Por el amor de Dios, Lily! Necesito saber por qué no te pusiste en contacto conmigo —explotó furioso.

—Te amo —dijo y lo vio ponerse tenso antes de ceder—. Tenía miedo de que ya no me desearas. Así que resultaba más fácil no venir a Inglaterra, a comprobar que ni siquiera recordabas mi nombre.

—¡Lily —musitó, agitado—, *siempre* te he deseado! No merecía la pena que te preocuparas ni un poquito.

—Pero soy tuya, Dane —le recordó, sin andarse con rodeos—. Y, aceptémoslo —suspiró, cubriéndose de nuevo—, no te di otra opción —su sonrisa se burló de sí misma, al evocar la manera en que lo acosó esa noche—. Yo te seduje… no fue al contrario. Tú estabas dispuesto a salir de la habitación de ese hotel sin tocarme. Oh, trataste de disfrazar tus intenciones diciendo que yo necesitaba tiempo, que despertaríamos muchas críticas, pero en realidad, la verdadera y fría razón de tu rechazo fue que tú *podías* haberte ido… en cambio yo no.

—Necesitaba tiempo —insistió—. Maldición, Lily, *ambos* necesitábamos tiempo. ¿No te imaginas lo que sentí durante dos años, deseando a la mujer de mi propio hermano?

—Deseo, lujuria, es todo lo que había —murmuró, con los ojos opacos, al recordar el modo en que se amaron esa noche.

—¿En serio? —alzó las cejas oscuras, dudoso—. Nunca te confié la razón por la que te perseguí hasta tu hotel esa noche, ¿verdad? —ahora él hizo un gesto y de repente su expresión se tornó seria—. Durante tres semanas logré alejarme de la granja. Tres malditas y horribles semanas en que no me cansé de repetirme que no eras buena para nada, que no merecías que perdiera el sueño por ti — suspiró con pesadez—. Entonces, cuando llegué al punto en que ya no podía vivir alejado de la granja, te llamé. Quería verte… pero no allí, no en el criadero de caballos donde la presencia de Daniel estaba estampada en cada rincón de ese maldito lugar… —tomó aliento y luego lo soltó—. Iba a pedirte que vinieras a mi apartamento, aquí en Londres, para seducirte, Lily… esto no lo dudes ni por un segundo. Iba a hundirme en ti, hasta que me saciara. Iba a borrar de una vez por todas la obsesión que sentía por la mujer de mi hermano y librarme de ese martirio, aunque me matara. Y casi morí cuando la señora Jakes me informó que no estabas allí, que te habías ido a Australia a visitar a tus padres. Sólo Dios sabe qué habría hecho si tu empleada no agrega que pasarías la última noche en un hotel cerca del aeropuerto, antes de tomar tu avión al día siguiente.

—Así que te presentaste en mi habitación, escupiendo más insinuaciones acerca de mi relación con Mark —dijo Lily—. No me parece una forma muy efectiva de seducirme.

—Estaba celosísimo de Mark Radley y eso me impedía iniciar otra estrategia —gruñó—. Como vigilaba cada uno de sus movimientos para asegurarme de que no se te acercara, sabía a dónde había ido. Así que resultó muy fácil asumir que tú irías a verlo a Hong Kong de camino a la casa de tus padres. Es la ruta que yo siempre tomo cuando viajo a Australia. Por lo tanto, no se me ocurrió que tú escogerías otra.

—Y estabas demasiado ocupado juzgándome mal para que

pensaras en posibles alternativas —agregó seca.

—Sí —suspirando se sentó al lado de ella. Sus ojos oscuros, perturbadores, la miraban con ternura, con una ternura más profunda que nunca—. ¿Me perdonas? —murmuró.

—No hay nada que perdonar —incapaz de resistirse, lo acarició metiendo sus dedos entre el cabello de Dane—. Existían tantas mentiras —suspiró—, tantos secretos que causaban un cúmulo de amargura y sospechas…

—Traté de actuar de manera honorable, ¿sabes?, permitiendo que te fueras sin que te tocara.

—Hasta que te rogué.

Dane se inclinó y la besó con suavidad.

—Sólo rogaste que te diera lo que yo ansiaba, con desesperación —admitió—. Perdimos el control al unísono, y gocé con cada segundo de esa rendición. Fue la experiencia más sensacional de mi vida.

Después… todo se volvió un poquito loco —serio, se puso de pie—. No me dejaste descansar en toda la noche, Lily. Y me sentí mareado durante días, como si me hubiera emborrachado, recordando lo que me dijiste.

—Discúlpame si te herí, pero las mentiras no podían continuar, Dane. No después de… —no lo expresó, prefiriendo pasar saliva—. Pensé que me odiabas después de escucharme —le confesó, recordando la fría despedida del aeropuerto y la manera en que él no podía mirarla a los ojos.

—Si me lo hubieras propuesto, habría logrado convencerte de que te quedaras —repuso como si leyera los pensamientos de la joven—. Habría sido capaz de capotear la tormenta de especulación que hubiéramos levantado por la clase de relación que pretendemos sostener. Pero no creí que tú soportarías las murmuraciones. Ya habías soportado bastante —agregó con pesadez—, más que bastante, viviendo en un mundo de mentiras. No me atreví a conservarte a mi lado, a obligarte a cargar sobre tus hombros el asco que despertaríamos. Y no podía pedirte que vivieras más mentiras guardando entre ambos otro secreto. Así que decidí dejarte partir. Resultaba más fácil —admitió—, porque al menos, con medio mundo de distancia separándonos, nada me tentaría a cambiar de parecer. Pero recibí una sorpresa brutal al darme cuenta de que no intentabas ponerte en contacto conmigo, cuando los seis meses expiraron —le confesó—. Era algo que no me permití considerar… ni siquiera pensé en que quizá descubrirías que podías vivir sin mí.

—¿Tan seguro estabas de mi amor? —las lágrimas le anegaron los ojos al reflexionar en lo transparente que la volvían sus sentimientos.

—Lily —suspiró Dane—, eres la persona más leal y decente que he conocido. No te habrías entregado a mí si no me amaras con pasión, por lo menos lo suficiente como para hacer a un lado tus principios… de eso, desde luego, estaba seguro.

—Y… ¿todavía me quieres?

—¿Quererte? —el suspiro que exhaló estaba impregnado de dolor —. He muerto poco a poco, ansiándote durante esos horribles seis meses.

—Entonces, acuéstate —lo invitó ronca—. Necesito que me demuestres cuánto me deseas —y esta vez, descubrió su cuerpo con mano temblorosa, mientras sus enormes ojos llenos de lágrimas le rogaban que se acercara.

Dane no necesitaba de más persuasiones. Sus pupilas empezaron a brillar, mientras le sostenía la mirada; sus manos desataron el nudo del cinturón… Se deslizó por su cuerpo, revelando el bronceado de su piel, el pecho tan sólido como una roca, manchado de vellos oscuros. Su mirada nunca dejó la de Lily, echó la bata sobre una silla, se acercó

unos pasos y se detuvo, tocando la cama con sus muslos salpicados de vellos negros.

Con la boca seca y el aire palpitando por la tensión sexual, la chica se hundió en la llama de los ojos de Dane, al mismo tiempo que extendía una mano para tocarle los muslos.

—Quítate esto también —murmuró, apenas rozando el pantalón de seda del pijama, que era todo lo que lo cubría.

El aspiró; su pecho ascendió y volvió a bajar. Después, con dedos no muy firmes, obedeció. Lily tomó su tiempo para contemplarlo con ansia. Luego observó la sonrisa traviesa de su compañero y se sonrojó.

—Ahora sabes cuánto te deseo —se burló y se metió en la cama con ella.

La piel de Dane estaba fría al tacto, pero dura y tersa, igual que el satín. Suspirando con suavidad, Lily se acurrucó contra su pareja; sintió que él hacía lo mismo y volvió a suspirar, mientras ambos se entrelazaban con amor.

Fue un ascenso apasionado. No podía ser de otra manera después de una espera tan, tan larga. Y llegaron al vértice de la absoluta unidad antes de que tuvieran oportunidad de saborearlo.

Regresaron a la tierra despacio, con un placer lánguido y sensual, por medio de una serie de besitos perezosos, embriagadores, y caricias ligeras y amorosas.

—Estoy loco, perdido de amor por ti —murmuró Dane, manteniéndola pegada a su cuerpo.

—Lo sé —lo besó con dulzura, en los labios.

—¿Lo sabes? —repitió, apartándose con brusquedad de su amante —. ¿Cómo puedes saberlo si ni siquiera te lo he sugerido con una palabrita de amor? —parecía tan desilusionado con esa percepción femenina que la chica tuvo que ocultar una sonrisa.

—Dane —se burló—, ¿realmente esperabas que creyera que sin amarme me estarías aguardando durante seis meses? Desde luego que no —le confió cuando él hizo un gesto—. Por esa razón, tú debías hacer la primera jugada. Tú, después de todo —se mofó—, habías estado leyéndome como un libro abierto desde el primer momento en que nos conocimos. Yo no tenía la menor idea de lo que sentías por mí… si sólo era lujuria o compasión por la mujer a quien tu hermano agobió con sus problemas personales. Y además —agregó, delineando su mandíbula con un dedo perezoso—, Jo-Jo me lo dijo.

—¿Qué hizo Jo-Jo? —preguntó tan sorprendido, que trató de apartarse de ella.

Pero Lily se negó a soltarlo.

—Sólo trataba de justificar tu mal humor —exclamó—. Me explicó que todos los hombres se comportan como osos furiosos cuando se enamoran.

—Y tú asumiste de inmediato que si estaba enamorado debía ser de ti, ¿verdad?

—Casas de cristal, Dane —le recordó Lily sin alterarse—. Un hombre con tu sensibilidad hacia la familia no se arriesgaría a que le lanzaran piedras, a menos que hubiera comprometido sus más profundos sentimientos. Lo cual me recuerda… —frunció el ceño de pronto—. ¿Por qué le pediste a Jo-Jo que no me llamara señora Norfolk? ¿Tenía algo que ver con las casas de cristal?

—No —sonrió con timidez al inclinarse para besarla—. Sólo tenía que ver conmigo… y con mi desagrado al oír que te llamaba sin cesar «señora Norfolk», cuando todavía no eras mi esposa. Te puede dar ese título de nuevo, después de que nos casemos —le prometió con ligereza—. ¡Pero no antes!

—Así que vamos a casarnos, ¿eh? —ahora fue su turno de bromear con ligereza, aunque en el fondo de su ser el corazón de Lily se desbordaba de felicidad.

—Desde luego —frunció el ceño—, quiero atarte a mí de manera tan completa e irrevocable como mi hermano te ató a él… mucho más —agregó ronco—. Muchísimo más, porque yo te poseeré por entero… ¿no es así? ¡Y al demonio con cualquiera que intente lanzar piedras contra lo que sentimos el uno por el otro!

—¡Al demonio con las casas de cristal! —aceptó y luego se rió, besándolo en la boca con pasión.